

Prof. MANUEL SOCORRO

# FAROLOGÍA



GOYA - EDICIONES

SANTA CRUZ DE TENERIFE

1952

A mi buen amigo y compañero  
Don Juan Pablo Coto, catedrático  
de la Escuela Industrial, con el  
mayor afecto.

Manuel Torres

FAROLOGÍA

*ES PROPIEDAD — DERECHOS RESERVADOS*

---

*Artes Gráficas — Castillo, 44*

Prof. MANUEL SOCORRO

# FAROLOGÍA



GOYA-EDICIONES

SANTA CRUZ DE TENERIFE

1951



*Ilustraciones del insigne*  
*artista canario*  
**JESÚS ARENCIBIA**

## A MODO DE PRELUDIO

No quiero que mi tratado de los faroles carezca de unas palabras previas, que ayuden a esclarecer mis propósitos al escribirlo. Ante todo, he de hacer constar que mi obra no tiene afán de lucro, pues, de tenerlo, no la hubiera escrito. Tampoco tiene humos doctorales. Jamás he presumido de doctor en *Farología*. ¿Pasatiempo de los lectores? ¡Qué más quisiera yo! Para pasatiempo fué escrito el *Quijote* y ya ustedes saben lo bien que le salió a Cervantes. Puede que alguno sospeche que me propongo instruir o educar; pero se equivoca. Escribo porque me sale de dentro.

En cierta ocasión comentaba yo con un escritor de profesión este asunto. Hablábamos de lo poco que se lee, de la falta de ambiente literario, que no hay estímulo para los escritores... Y me contestó que el escritor escribe porque le sale de dentro escribir, espontáneamente, por vocación. Como crecen las plantas, como retozan los animales, como cantan los pájaros, como pintan y esculpen los artistas de artes plásticas. Creo que tiene mucho de verdad la observación de mi amigo. Cuando uno se acostumbra, de joven, a confiar a las blancas cuartillas sus pensamientos, sus sen-

tires y aspiraciones parece que el escribir es algo así como una función psicológica más de la cual no se puede prescindir.

Surge un tema en nuestra mente. Casi sin darse cuenta comienza a interesarle. Se piensa en él. Se comenta con un amigo. Las ideas engendran el movimiento. La voluntad se pone en acción. Y, poco a poco, va adquiriendo cuerpo el artículo o el libro, hasta constituir una obsesión. Ya en marcha la pluma sobre las cuartillas, no piensa uno en el público, ni en las pesetas que le cuesta la edición, ni en buscar mecenas... sino en satisfacer una necesidad psicológica, que ha creado en nosotros un hábito, al cual en vano se le pondrán obstáculos. Y, por eso, a medida que el trabajo va tomando cuerpo y realidad, parece que el espíritu descansa y se siente satisfecho.

Querrá, sin duda, el lector saber cómo surgió en mi mente la idea de la *Parología*. Y le diré que es una idea muy vieja. Tan vieja como mis lecturas del Kempis. Sabido es el concepto pesimista que nos da el Kempis del hombre y de sus cosas. ¿Qué es el hombre? ¿Qué son las cosas creadas por el hombre? ¿La ciencia, las riquezas, los honores, las artes...? Todo vanidad. Vanidad de vanidades, ante la perspectiva de lo eterno. Entonces, ¿por qué se envanece y se jacta el hombre de sus habilidades, de sus grados doctorales, de ocupar los primeros puestos en la sociedad, de los elogios que se le tributan, de ser el primero en todo? ¿No es ridículo que un político, un catedrático, un orador, un industrial, un nuevo rico... haga ostentación de su habilidad o de sus riquezas dondequiera que se sienta, vista como un pavo real, entable batallas por ocupar un sillón superior al que le han asignado, hable engoladamente y proclame a los cuatro vientos que no hay nadie como él? Y si este hombre tiene algo en su persona de qué envanecerse, puesto que ha pasado toda su vida trabajando para llenar

su cabeza de ideas de las cuales cree él que tiene derecho a hacer ostentación ante los demás, aun podría tolerársele. ¿Pero qué diremos del ridículo que hace aquel fatuo, aquel papelón, aquel pseudo sabio o pseudo artista que, teniendo vacíos todos los aposentos de su cabeza, presume con fanfarronería de las mil cualidades de que carece?

Y como no es cosa de que en cada ciudadano encuentren estos faroles un Don Quijote que a golpes de espada les eche al suelo y haga rodar las figuras de su falso retablo, de aquí que estos maese Pedros, cuando encuentran clima apropiado, surjan por generación espontánea. Pero si no hay quijotes hay socarrones que callan, sonríen y observan el juego, unas veces guiñando el ojo al vecino y otras encogiéndose de hombros, como quien dice: Por mi parte que siga la farsa. Alguien se aprovechará de ella para solaz y pasatiempo de la humanidad.

Y así es como yo he dado un salto muy grande, desde el Kempis hasta los faroles que con gran profusión de luces alumbran las calles y plazas en los tiempos que nos ha tocado vivir. De este paisaje farolero nació el artículo que publiqué en «Arriba España» del SEU de La Laguna, titulado «El farol y los faroles», artículo que hace el primer capítulo del presente libro. La excelente acogida dispensada al mismo me demostró que la *Farología* tenía ambiente. Y este es, lector, el origen y el punto de partida del trabajo que hoy tienes en tus manos.

Algunos de los lectores de «Ratos perdidos» se han sorprendido al verme irrumpir de pronto por los campos del humorismo, y quiero aprovechar la oportunidad que me ofrece este prólogo para desvanecer su sorpresa. No comprendemos—parecen decir—cómo el tono serio de sus anteriores obras ha podido evolucionar en un sentido festivo y humorista. No hay tal evolución. He sido siempre el mismo. Lo que ocurre es que al llegar a cierta edad, al volver



hacia atrás la vista, no puede uno menos de «refugiarse en sí mismo, de meterse en la concha de sus imperfecciones y aparentar tomar todas las cosas en broma».

¿De quién son estas palabras entrecomilladas? Te lo diré para demostrarte que no me gusta vestirme con plumas ajenas. Se trata de «El Humorismo», de J. Antonio Pérez Rioja, y te citaré el párrafo completo, porque en él veo plenamente justificada la orientación de mi obra literaria. La cita es larga, pero merece la pena.

Ya indicamos en otro lugar cómo los mejores humoristas son hombres serios y melancólicos, y que si alguna posición seria se puede adoptar en la vida es la sonrisa del humor, bañada en todos sus matices. Por contraste, no hay nada más humorístico, cómico y grotesco que empeñarse en ver las cosas con la lente de la seriedad o de la tragedia.

Esta peculiar seriedad del humor, que no implica gesto grave ni trágico ademán, enlaza con otro carácter: el oculto sentido moralizador. El humorismo no levanta el látigo ni pronuncia sermones indigestos. Lleva, sin adivinarlo, un místico laico, un invisible aleccionador moral. Su inevitable disconformidad ante las torpezas humanas no le aparta a la cueva o al convento, como al anacoreta y al religioso; el humorista se refugia en sí mismo, se mete en la concha de sus imperfecciones y aparenta tomar todas las cosas en broma. Al poner en la picota infinitos motivos ridículos, produce un efecto moralizador más eficaz que el de algunos predicadores. Se sonríe de la mentira y de la estupidez; arranca una lágrima de ternura y de compasión ante la desgracia; provoca una actitud de cordialidad y de simpatía hacia un personaje ridículo o un trance apurado y grotesco; enseña a despreciar las mezquindades con la elegancia de un gesto o una sonrisa, y siempre despierta y aviva el amor, la bondad y la simpatía. Para todo ello el humorista necesita grandeza de alma. Y tiene, en efecto, cierta superioridad espiritual sobre el nivel medio de las gentes. Se conoce a sí mismo, sabe de sus propias imperfecciones, y por ello puede mirar con una lente luminosa, sin necesidad de exagerados cristales de aumento, con sinceridad, aunque sepa también dulcificar las verdades amargas. Tan habituado está a descubrir en seguida los tipos ridículos o las situaciones grotescas que, lejos de insensibilizarse con irónico desprecio o demoledor sarcasmo, se impregna cada vez más de ternura. Para saber decir las cosas, para cantar las verdades sin que duelan, para sonreírse sin hacer daño, o para esgrimir la burla, la sátira o la ironía sin herir, sólo necesita afinar cada vez más su cordialidad y poner en juego su elegancia de espíritu. No es preciso, como algunos creen, que sea hipócrita. Comprende y penetra los cosas, desconoce el odio, y la envidia, ignora el rencor y la acritud. No se encoleriza ni se muestra cruel. No levanta el tono de la voz ni grita desahogada-

mente. Sabe ser un poco paternal para aquellos mismos de quienes sonríe. Es el gran solidario de las humanas flaquezas. Tiene presente que nada de lo humano le es ajeno, como dijo Terencio... En esa exquisitez de sentir íntimo y hondo dolor hacia aquéllos contra los que se ha derramado la ironía, la crítica o la sátira, reside la elegante ternura del humor. Reconozcamos que no es una ternura de hermana de la Caridad, sino la de un cerebro pensante, la de un hombre de vuelta de las cosas en el que se albergan acaso los mismos defectos que desmascara.

¿Serán acaso, para algunos de mis lectores una revelación, las siguientes conclusiones?

«Los mejores humoristas son hombres graves y melancólicos».

«Si alguna posición seria se puede adoptar en la vida es la sonrisa del humor».

«El humorismo tiene un oculto sentido moralizador».

«El humorista se sonríe de la mentira y de la estupidez».

«El humorista enseña a despreciar las mezquindades con la elegancia de un gesto o de una sonrisa».

«El humorista tiene cierta superioridad de alma sobre el nivel medio de las gentes».

«El humorista sabe decir las cosas, para cantar las verdades sin que duelan, para sonreírse sin hacer daño...».

«El humorista es el gran solidario de las humanas flaquezas... Tiene presente que nada de lo humano le es ajeno...».

Y con esto creo bastante justificada mi *tradicional* seriedad frente a la *actual* actitud festiva y humorística de mi labor literaria.

¿Se ajusta mi *Farología* a los cánones del humorismo? Tales han sido mis intenciones; pero es el lector quien ha de decidir. No ha sido mi propósito herir susceptibilidades. Si alguien se siente herido, desde este momento le pido perdón y le presento mis excusas más sinceras. Lo que sí puede ocurrir es lo siguiente: La sociedad canaria es un estan-

que de aguas tranquilas. No parece sino que todos hemos hecho un pacto, tácitamente, de incensarnos y decirnos palabras dulces los unos a los otros. Todo aquél que se dedica a escritor lleva en su cartera un carnet de *hombre bueno*, es decir, de hombre que se conforma con el parecer y los juicios de los demás, para que, cuando le llegue la hora a él o el turno, se suelte en su favor el grifo de adjetivos laudatorios. Nadie puede tirar una piedra en el estanque de aguas tranquilas, porque las ranas sigan durmiendo su *aplantanamiento* tradicional. ¿Es qué ha llegado a tal grado de decadencia nuestro ambiente social y literario que nadie puede escribir ni un artículo de periódico sin mojar la pluma en empalagosa mermelada? ¿Es qué nadie puede tener un gesto de rebeldía contra esos amanerados convencionalismos y ortodoxias de canariedad sin caer en la nota de hereje o de protestante?

No obstante, amigo lector, no tomes los capítulos de mi *Farología* como piedras arrojadas a una charca tranquila. Me gusta que revienten las ranas; pero no quitarles el sueño. Por lo demás, como soy aficionado a la caza, puede que mis disparos hayan herido algún pingüino, o algún pavo real, pero no tengo yo la culpa de que estos animalitos abandonen su grey y se dediquen a pasear por esos campos a donde suelo ir a cazar de vez en cuando.

Puede ocurrir también que mis disparos hayan roto los cristales de algún farol que se tenía por faro, o que, sin proponérmelo, haya hecho sonar alguna campana, o bailar alguna ridícula danza a algún gigante o cabezudo. ¿Tengo yo la culpa? Créo que no. Preséntese cada cual como es, como Dios lo hizo, y mis tiros jamás tomarían por blanco su inviolable y sagrada personalidad, según lo mandan todas las constituciones democráticas del mundo entero.

Finalmente, si mis razones aun no te han orientado,

buen lector, en el sentido de formarte un criterio claro sobre mi librito, sean estas palabras de Erasmo, en el prólogo de «Elogio de la locura», las que te lleven a formarte un juicio exacto del mismo: «En cuanto a los que se escandalizan—dice—por la ligereza y lo jocoso del asunto digo que será siempre una injusticia que reconociéndose a todas las clases sociales el derecho de divertirse, no se consienta ningún solaz a los que se dedican al estudio, sobre todo si la chanza descansa en un fondo serio y si ésta se maneja de tal suerte que un lector que no sea completamente romo saque de ella más fruto que de las severas y aparatosas lucubraciones de ciertos escritores, como son aquellos zurcidos de retazos de varios autores.

Por lo que respecta al reproche de mordacidad—continúa Erasmo—responderé que siempre se ha concedido al ingenio la libertad de chancearse sin recelo de las cosas humanas... Me admira grandemente la delicadeza de los oídos de nuestros días; casi no pueden escuchar sino los títulos aduladores... Pero yo pregunto: Criticar las costumbres de los hombres sin atacar a nadie individualmente ¿es acaso morder, o más bien enseñar y aconsejar? Por lo demás, ¿no me critico yo mismo desde muchos aspectos? Además, cuando en la crítica no se omite ninguna clase social, no puede decirse que vaya contra nadie en particular, sino contra todos los vicios, y, por consiguiente, si alguno se considerase ofendido, o es que su conciencia le acusa, o, por lo menos, teme verse retratado en ella».

Que tú, lector, no seas de los romos, ni de aquéllos a quienes acusa la conciencia.

## PRE - FAROLOGIA

*Artículo publicado en «Arriba España», periódico del S.E.U. de La Laguna, en enero de 1950, donde el autor da como posible su obra de Farología.*

**N**unca como ahora se ha hablado tanto del farol. No sé por qué. Aquí no hemos sufrido restricciones de flúido. El alumbrado eléctrico no es suficientemente intenso; pero no ha sido preciso acudir al viejo artefacto para remediar esta necesidad.

Es cierto que hay también faroles eléctricos que dan mucho menos de lo que prometen. A primera vista parecen potentes faros, pero, bien mirados, se quedan en faroles. Nadie da lo que no tiene. ¿Por qué se le exige a un farol que tenga más efectividad? Señores, un farol no puede ser sino un farol.

A mí me parece que en nuestra época—que alguien ha dado, sin razón alguna, en llamar la época de los faroles—se está calumniando al farol. El farol, ciertamente, es

aparato modesto en realidad. Y digo «en realidad», porque, de momento, produce una luz que ciega e induce a muchos a hacer juicios precipitados. Sucede con el farol lo que ocurre frecuentemente con otros muchos seres y cosas, e incluso con algunos hombres. Llega un coche, por ejemplo, de una nueva marca, muy bien pintado y que parece tragar kilómetros. La gente se para a verlo. Y no falta quien dice: ¡Magnífico! A eso se llama darse gusto. ¡Oh quién pudiera estraperlear! Pero, a la semana siguiente, el coche comienza a fallar. Al mes, se para cada 100 metros. Hasta que al fin se nota que padece un asma crónica. Llega a la ciudad un señor de mucha fachada, de una «pose» imponente. Sus miradas parecen de ojos geniales, sus pasos, aristocráticos, sus palabras muy silabeadas, su obrar pausado y prudente. Pero así que mi hombre ha tomado tierra, se va desinflando poco a poco y queda convertido en pura estantería. Y entonces la gente no puede menos de exclamar: ¡Vaya farol!

¿Por qué? ¿Tiene la culpa el farol de unos juicios precipitados? ¿Por qué, en lugar de calificar a este hombre de genio, no se ha obrado con prudencia hasta que el humo le saliera por la chimenea? No hay razón alguna para tomar al modesto farol como soporte de figuras de pensamiento.

Claro que el farol tiene un vicio de origen. Es un sustantivo casi vacío. Sólo tiene la menor cantidad de sustantivo. Apenas se usa como sujeto de la oración. ¿Quién dice hoy «el farol alumbra poco», «el farol se apagó», «este farol está muy alto»? Y, como ha caído en desuso la palabra farol, se ha convertido en un adjetivo cualquiera. O sea, que casi no lo usamos sino como predicado. «¿Quién? ¿Fulano? Fulano es un farol». Y a otro que suena a hueco más que una campana le decimos: «No seas farol». E incluso empleamos con frecuencia el verbo «farolear», como si el

pobre farol fuera capaz de dejar la esquina en que está instalado y pasearse por las calles de la ciudad.

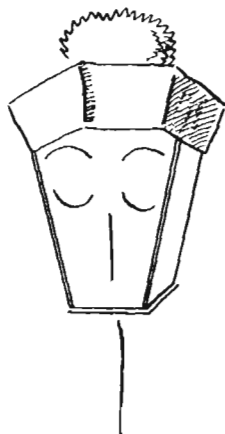
El predicado «farol» y el verbo «farolear» no se nos caen de la boca, hasta el punto de que alguien, que tiene pretensiones de filósofo, está pensando ya en hacer un tratado de «farología». Y parece que lleva razón. Dicen que el existencialismo comenzó así. «Pedro existe». «Juan existe». «Los gatos existen». «Los postes de telégrafo existen». Si todos los seres existen ¿por qué no ha de existir el existencialismo? Lo mismo puede decirse de la «farología». «Pedro es farol». «Juan es farol». «Nicolás es farol». Luego la «farología» es un hecho.

Desde luego, habrá quien no esté conforme con la existencia de la ciencia del farol. Pero convendrá conmigo en que los faroles se multiplican y crecen como espuma. El faroleo es prolífico y tiende al gigantismo y se quedará con todo, si Dios no lo remedia. Porque no se puede dudar de que si cojea en el orden científico, como técnica, como procedimiento, el «farolismo» es de una eficacia imponente. La doctrina de los valores positivos pierde cada día terreno. Los verdaderos valores se van quedando en la sombra, y, si alguno asoma la cabeza acá o allá, viene un farol, le da un mazazo en la frente y se coloca él en su lugar, dándose el caso frecuente de que el vulgo, que ha presenciado el desplazamiento, aplaude el k. o. con mucha frecuencia. O sea que al vulgo—que no hay que confundir con el pueblo—le agradan mucho los faroles. ¿Por qué? ¿Por lo que tiene de necio? De ninguna manera. Al vulgo le gusta muchísimo lo que relumbra y los faroles así que se presentan dan mucha luz.

Para terminar mi tema de faroles—tema fecundísimo por cierto—quiero deshacer una calumnia que corre contra ellos. Me refiero a los faroles eléctricos, pues aunque hay faroles de gas, de gasolina y otros lubricantes, inclu-

so de velas de cera usadas en procesiones, son los eléctricos los que predominan. Pues bien. Se ha dicho que muchos de estos faroles necesitan tres o cuatro enchufes para funcionar. Yo digo que esto no es cierto. Creo que para que funcione un farol basta un soporte y un enchufe. Al menos esto parece lo lógico y lo natural. Un soporte, porque si no tiene soporte ¿quién soporta un farol? Un enchufe, porque sin enchufe no hay luz. Pero más de un enchufe, es decir, un farol con cuatro o cinco enchufes, no parece posible.

—Te engañas—me dijo un amigo a quien hice la consulta—, a más enchufes mejor farol. Con una condición sin embargo, de que el «soporte» sea buen aislador. Y para ello suele usarse madera muy dura y suelas de zapato.





## II

### DEFINICIÓN

¿No ha notado el lector el afán de todos los señores que se dedican a escribir manuales de empezar definiendo la ciencia o arte de que se van a ocupar? A mí ese afán definatorio me parece definitivo. En seguida se imagina uno al escritor en el momento de empezar su obra. Se cala las gafas de doctor, se atusa muy bien los bigotes—si los tiene—, carraspea un poco, se sienta en su trípode y comienza a escribir *ex cathedra*, como un pontífice. No se da cuenta de que, para el que saluda una asignatura, lo más difícil de comprender es su definición. Definir es limitar y para limitar hay que conocer el terreno palmo a palmo. Por eso cuando el lector o alumno se tropieza a las primeras de cambio con una de estas definiciones, o sea, con tres o cuatro líneas de palabras abstractas y generales, va-

cías de contenido, no le queda otro recurso que mandarlas al colete sin comprenderlas.

En eso nos gana la mayoría de los manuales franceses. Comienzan describiendo, citando hechos concretos, y las definiciones las hará el alumno mismo, si quiere, como resultado final de su estudio.

¿A quién debo yo seguir? Como yo no he de hacer la definición de la *Farología*, sino que me la dan hecha, como la *Farología* es una ciencia para gentes bien crecidas, como no pienso dar la más mínima sospecha de antiespañol, empezaré yo también mi obrita dando definiciones. La ciencia de los faroles debe farolear desde el principio.

Ante todo, lector benévolo, te voy a hacer una confesión, a fuer de sincero. Te diré al oído que mis fuentes no son autores alemanes o japoneses, ni del Consejo de Investigaciones, sino nuestra inagotable enciclopedia Espasa. No hay derecho a ir a abreviar al extranjero teniendo aguas tan claras y tan digestivas como las del Espasa. Es una enciclopedia sumamente útil, y muy sabiamente compuesta y difusamente luminosa. Es honra de España y merece toda nuestra admiración y confianza.

Aun te diré más. En cosas de lenguaje creo que no se puede prescindir de la Real Academia Española. Sobre todo si se trata de faroles. Es sabido su magnífico lema: *limpia, fija y da esplendor*. Encaja perfectamente en asuntos de farolismo. Hay faroles no tan limpios, que se balancean y mueven como veletas y aun escasos de esplendidez. Por eso el diccionario de la Real Academia es mi primera fuente.

Veamos la definición de farol de la Real Academia: «Farol. (De faro). m. Caja formada de vidrios o de otra materia transparente con respiradero en la parte superior, dentro de la cual se pone luz para que alumbre y no se apague con el aire». Como se ve, esta definición de farol

es todo un poema. «Se pone luz para que alumbre». Desde luego, dice bien la Real Academia. Hay muchas luces cuya finalidad es producir tinieblas. La del farol es para alumbrar. Y en sentido figurado ¿qué es un farol?: «fachenda, papelón». No sé si aquí la Academia habrá cumplido con la ley de la definición, según la cual la definición debe ser más clara que lo definido. Porque, ¿qué es fachenda? ¿Qué es papelón? «Fachenda (De facha). f. Vanidad, jactancia». «Papelón (De papel). Dícese de la persona que ostenta y aparenta lo que no es». Al fin, como se ve, la Academia ha dado en el clavo. Si unimos la primera palabra con las últimas, podemos obtener una preciosa definición. *Farol* es el que ostenta y aparenta lo que no es. Magnífica conclusión, que resume en una línea todo el asunto de nuestro libro.

Por otra parte, la palabra *farol*, estudiada por la Real Academia, sugiere una buena cantidad de ideas, muy aprovechables. *Materia transparente, respiradero en la parte superior, luz para que alumbre y no se apague, fachenda, papelón, vanidad, jactancia, persona que aparenta lo que no es...* ¡Para que hablen de la Real Academia de la Lengua! Por supuesto no hablan sino los individuos de cara pálida y estirada, que cada vez que vaca un sillón y pretenden sentarse en él se quedan con un palmo de narices o a la luna de Valencia. La Real Academia es una incubadora de ideas y de palabras. Por algo llevan los señores académicos la cabeza gris o blanca. Tal es la combustión continua que transpiran sus privilegiados cerebros.

Y pasamos a la otra fuente. ¿Conocen ustedes el «Diccionario etimológico» de Roque Barcia? Puestos a hacer las cosas, hay que hacerlas bien. O sea, con buenas fuentes, y con algunos humos de investigación científica. He hecho propósito de llenar mis obras de citas, o lo que es lo mismo de todo el aparato científico posible, y creo que lo voy

consiguiendo. Veamos lo que dice el amigo Barcia de los faroles. Claro que no todos son especialistas en farología; pero una simple etimología puede que nos la presente bien. Veamos. «Farol. Masculino. Especie de caja formada de vidrios o de otra materia transparente, en que se pone la luz para que alumbre y no se apague con el aire». ¿Se parece esta definición a la de la Real Academia? Como un huevo a otro huevo o una castaña a otra castaña. No se le ha quitado a la de la Real Academia sino el *respiradero por la parte superior*. Barcia, por lo visto, no está conforme con el *respiradero*. Y puede que tenga razón. Un respiradero es siempre un peligro. En fin, no discutiremos por respiradero más o menos. Cada cual tiene los suyos y, si se constipa, allá él.

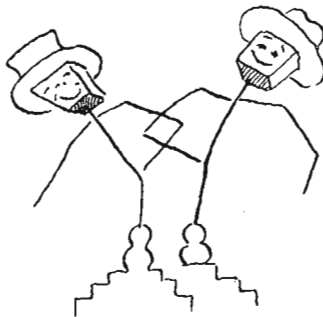
Conviene Barcia con la Academia o la Academia con él en el sentido metafórico. Después de la anterior definición real dice: «Metáfora familiar. Fachenda» y omite lo de papelón, que por cierto, con perdón de Barcia, creemos que en la definición de farol es algo esencialísimo.

Por fin vengamos a la definición etimológica de farol. El mismo Barcia nos dice: «*Farol* viene de *faro*». Y nos añade que en la palabra *farol* se han confundido las formas *faro*, del griego *Pharos*, isla de Egipto y torre de Ptolomeo, y *fanal*, del griego *phanos*, brillante.

Es curioso esto de las etimologías. Desde San Isidoro para acá se han hecho verdaderas filigranas con las etimologías. Para disipar melancolías y pasar un buen rato basta leerse una página de las «Etimologías». Conste que no es la culpa del Santo, sino del tiempo en que escribe. Pues bien, se ve claro que *farol* viene de *faro*. ¿Sí? ¿Qué es el farol? Pues un faro con más o menos modificaciones: Pero hay en la forma de la palabra *farol* una letrita, la *l*, que no explica de dónde procede. Barcia nos saca de dudas, diciendo que proviene de la palabra *fanal*, con quien el fa-

rol tiene ciertos parentescos. ¿Satisface? Fanal, al decir de Barcia, viene del bajo latín *fanale*, forma bárbara. Y *fanal* «es un farol grande que se coloca en las torres de los puertos y el que se pone en la popa de la embarcación para gobierno de los navegantes». Se ve que *farol* y *fanal* tienen casi el mismo contenido semántico y puede que éste le haya cedido a aquél—su razón tendría para tanta generosidad—una *l* final que le faltaba, precisamente para eso, para ser farol.

¡Qué fácilmente se puede convertir un *faro* en un *farol*, si se encuentra un *fanal* que le preste una *l*! Hay fanales que merecen grandes cruces de beneficencia, porque cumplen con las obras de misericordia admirablemente. Esto de farolear y conseguir premios y grandes cruces, pidiéndolo prestado al trabajo y a la ciencia ajena, es algo muy antiguo en la historia de la humanidad.



### III

## MI DEFINICIÓN

No tengo ningún prejuicio contra la Real Academia de la Lengua. Para mí esta respetabilísima corporación está muy bien. Cumple admirablemente con los fines para los cuales se fundó, está en su derecho de no admitir mujeres y hace muy bien en no dar entrada sino a los hombres que le dé la gana.

Ahora que también creo que no todo lo que dice y hace esa docta casa es dogma de fe. Porque los señores académicos se llamen inmortales no debemos pensar que las definiciones que da el Diccionario, por ellos confeccionado, gozan de intangibilidad. Sin embargo, la palabra *farol* parece que ha sido bien estudiada y comprendida. ¡Claro! ¿Quién mejor que los señores académicos puede decirnos que *farol* viene a ser algo así como papelón, o séase «per-

*sona que ostenta y aparenta lo que no es»?* Tenemos, sin embargo, una duda, ¿esta definición no conviene también al hipócrita? El hipócrita aparenta lo que no es. Claro, que el hipócrita aparenta lo que no es para pasar por santo, por persona honesta, para conseguir sus fines egoístas y utilitarios. En cambio el farol aparenta lo que no es por vanidad. El hipócrita proyecta su yo en la sociedad para que la sociedad le pague con aplausos su pseudomoral. El farol pretende deslumbrarnos con los rayos de una ciencia que no posee, para que le demos culto como a un ídolo. El hipócrita es dinámico, se esfuerza en obrar y en hacernos creer que es sincero, sonando a hueco por dondequiera que se le toque. El farol prefiere a veces no moverse ni hablar para que su vaciedad no se le salga por las palabras. El ideal del farol sería la quietud, la de la esfinge, cuyo supremo placer es tener a su servicio un colegio sacerdotal que interpretara el menor de sus gestos, la más banal de sus palabras como una sentencia de los siete sabios de Grecia. El hipócrita es un parásito de la sociedad; el farol la mira de lejos y sólo la necesita para proyectar los rayos de su supuesta personalidad.

Hay, además, un punto de vista desde el cual merece la pena contemplar al farol y al hipócrita. El punto de vista del público discreto y sensato. ¿Cómo se contempla al hipócrita? ¿Cómo al farol? Con una sonrisa. La sonrisa, frente al hipócrita, es una sonrisa de desprecio. «¡Miserable!—solemos decir—. Cree que no le conocemos». En cambio, cuando vemos una farolada, nuestra sonrisa no es hija de la indignación, sino del regocijo; es una sonrisa inocente. «¡Pobre hombre!—decimos—. ¡Qué vacío está!». O, a lo más: «¿Y se creará este tipo que vamos a confiar en sus palabras?».

Por eso creo que la definición de la Academia peca de abstracta y filosófica. Hay que matizar más. En esto de faroles hay que ser impresionista. Hay que descender a lo

plástico y real, como descendió aquel buen canario, que, cierto día, paseaba por Triana, acompañado de un amigo, y con el cual se permitía hablar sin rodeos, llamando a las cosas por sus nombres y a las personas por sus hechos. Mientras se regodeaban en amena charla, acertó a pasar a su lado, muy bien repantigado en un lujoso coche, un señor, a quien la diosa fortuna le ha dado cuanto dicen las gentes que hace dichosos a los hombres.

—¡Adiós, señores!—les dijo el dichoso desde su coche.

—¡Adiós, don Caraculiambro!—le contestó uno de sus amigos paseantes.

Y la charla amical cambió verticalmente, como ahora se dice, sobre el personaje, cuyo coche se perdía a lo lejos en veloz carrera.

—¿Qué te parece nuestro don Policarpo? Chico, ¡cómo se encumbran algunos!

—¿Qué quieres que te diga? Creo que se lo merece. Es hombre inteligente, trabajador...

—¿Quién? ¿Don Caraculiambro? Se ve que vives en la higuera, digo, en el campo. Eres un ingenuo. Dios te conserve esa visión beatífica de los hombres.

—Hombre, no querrás decir...

—Lo que quiero decirte es el Evangelio. ¿Has visto tú alguna vez un edificio esbelto, de grandes puertas y arcadas, de artísticas ventanas, de ornamentación bella y exuberante, en una palabra, de una fachada imponente y perfectamente arquitectónica? Pues ahí tienes a don Caraculiambro. Don Caraculiambro es todo ventanas, todo puertas, todo torres y almenas, todo arcadas, todo ornamentación y hojarasca; pero, si penetras en su interior, lo encontrarás vacío, o a lo más, te hallarás frente a un solar lleno de piedras, de ortigas, de ratas, de despojos y oquedades llenas de aire y ecos cavernosos. Un perfecto, o pluscuamperfecto, farol.

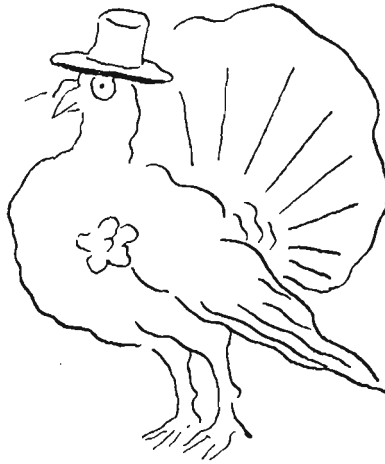




*¡Fiate del frontispicio!*

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! Exagerado. Parece que no eres canario, sino andaluz. Y que me perdonen Sevilla y toda la bella región hispana.

Me cuentan que esta anécdota es rigurosamente histórica. Que ha sucedido, si no en Triana, en otro lugar que ahora no quiero mencionar. Y, si la he traído a cuento, es porque me resulta una definición muy gráfica del farol. Y, además, porque ilustra la definición del farol de la Real Academia Española: *persona que ostenta o aparenta lo que no es*. Es decir, fachada más que edificio.



## IV

### LA CAMPANA Y EL FAROL

Cuentan que en cierta ocasión discutían acaloradamente la campana y el farol. ¿A propósito de qué? De todo. La gente, cuando se acalora, no deja títere con cabeza. Y, si estas gentes son campanas y faroles, te tiran a la cabeza hasta los vidrios rotos.

La discusión comenzó por una nadería. ¿Quién es más útil a los hombres, la campana o el farol? Las razones de la campana, al parecer, no admitían réplica. Sin mí—decía ella—los hombres se olvidan hasta del día en que nacieron. Yo alegro los aires, cuando el hombre nace, cuando se casa, cuando se despierta y cuando se acuesta, cuando debe rezar y dirigirse a Dios, cuando hay una alegría popular, en las festividades religiosas y cuando pasean gigantes y cabezudos por las calles. A veces, para oír mis

alegres sonidos basta que el monaguillo o el campanero retocen de alegría. Nada hay tan humano como el sonido de la campana. ¿Qué sería de una ciudad, de un pueblo, de una villa, de un lugar, sin las campanas? Una ciudad, un pueblo, una villa, un lugar que no vibran, que no pueden expresar los latidos de su corazón.

—Parece que no vas a terminar—dijo el farol—. Ya no te falta decir, sino que sin ti no se puede vivir, no es posible la existencia, ni el existencialismo. ¡Cuándo es precisamente todo lo contrario! Eres como la gallina que cacarea; pero los huevos que los ponga Rita. ¿Como la gallina? Ni aún eso. La gallina, a pesar de sus a veces falaces cacareos, le da por temporadas la humorada de poner huevos más o menos frescos; pero tú... estás completamente vacía, hueca, llena de orgullo y de viento. Además, nos atormentas la vida. Nos quitas nuestro silencio y nuestro pensamiento. Nuestra seriedad y gravedad humana. Eres una loca, y no intentas otra cosa que llevar los hombres a los manicomios. Tus ministros son unos chiquillos u hombres achi-quillados, a quienes llaman campaneros, que osadamente juegan con la tranquilidad y el sueño de las personas. En cambio el farol es luz, es vida, es inteligencia, camino y guía de los hombres.

—Soy toda oídos para oír tu autobombo. Te pareces a algunos poetas y literatos que yo conozco.

—Los bombos los sueñas tú. Dime, ¿qué sentido es más digno, el oído o la vista?

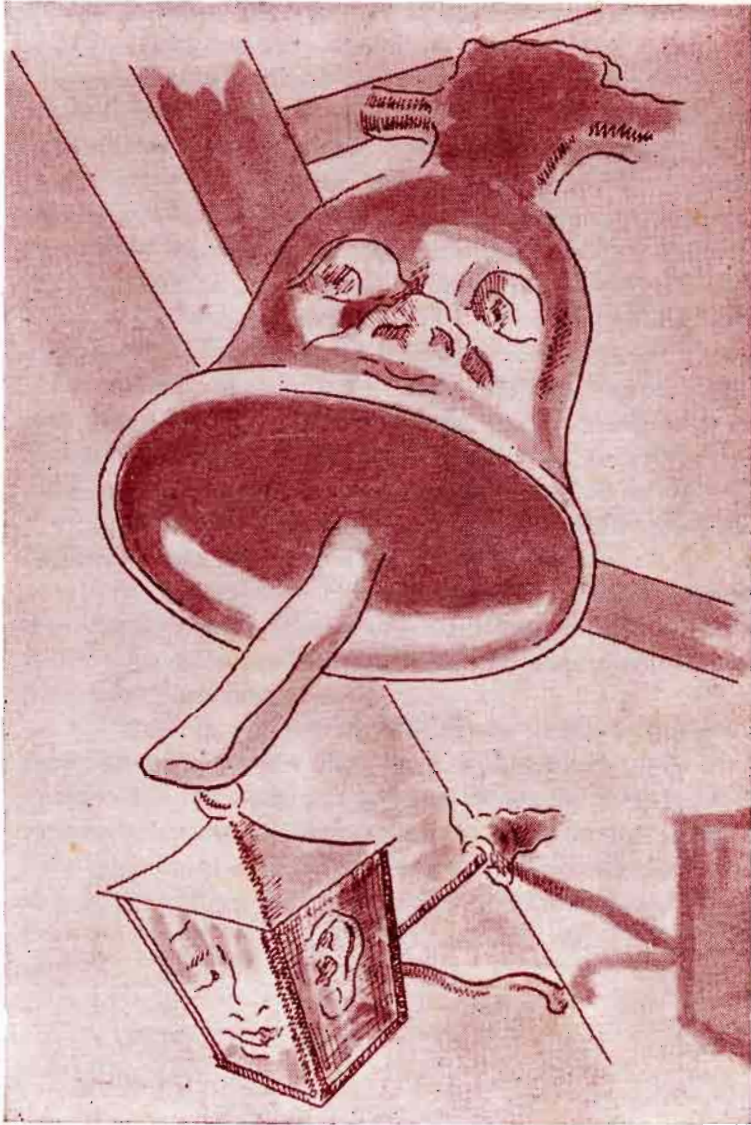
—Filósofo te pones, y Dios quiera que no te despeñes por la sima de la pedantería.

—Es que mi misión no es hacer bulla, sino hacer pensar. ¿No te has fijado cómo brillo en la oscura noche en las plazas, en las calles, en lo alto de las torres o en las manos del hombre que busca el camino en la oscuridad?

—Perdón, ¿y por qué no dices también que brillas sobre los hombros de muchos bípedos?

—Sí, sí. Y en las narices. Claro, tú no te fijas sino en las anécdotas ridículas sobre los faroles. No piensas sino en los hombres faroles, como si estos hombres faroles no fueran grandes bienhechores de la humanidad. Gracias a ellos tenemos guerra fría en lugar de caliente, gracias a ellos impera la más completa cordialidad entre las distintas clases sociales, gracias a ellos el pueblo cuerdo e inteligente no necesita ni ir a los toros ni al cine o el teatro. Es lo que me digo a veces, ¿sería posible la alegría entre los hombres si no hubiesen hombres faroles? Claro, que no todos saben comprender la misión social del farol. Hay quien no se fija sino en ridículas anécdotas, como la del borracho que se tambalea por las calles, haciendo eses y que para no caer se arrima a un farol y empieza a dialogar con él. ¿Es esto razonable? ¿Qué tiene que ver un borracho con un farol? ¿Te ríes? ¡Claro! Pasas por alto las ventajas extraordinarias que a la vida humana proporciona un farol. Estoy por decirte que sin faroles no sería posible la vida humana o al menos la vida de relación. Asómate a la playa. Mira esos barquillos que con su farol buscan en el mar los peces que tanto codicias. Mira esos trasatlánticos que caminan gracias a sus faroles, y que no pueden llegar al puerto sin que los guíen los faroles. Pero aún sin salir de la calle en que vives. ¿Sería posible el tránsito por las calles, si éstas estuviesen completamente a oscuras? ¿Pueden circular sin faroles los autos que las cruzan? ¡Oh, cuántas vidas han salvado los faroles! Y tú, mientras tanto, señora campana, estática y embobada, esperando desde lo alto de una torre que alguien tire de tu ridículo badajo...

—¡Ah, querido, mi vida es pasiva y contemplativa! *Pasiva*, porque necesito que alguien actúe sobre mí. *Contemplativa*, porque me paso día y noche viendo lo que pasa y



*Ambos estamos vacíos y llenos de aire.*

lo que no pasa. Pero ¡cuánto lirismo duerme en torno mío!  
¿No has visto cómo me cantan los poetas?

—También a mí me cantan. Pero la humanidad no vive de lirismos. El progreso humano vive más de luz que de romanticismos sentimentales. Nadie como yo ha estimulado los esfuerzos e ideales del hombre. Si no, fíjate. Cuando alguien está realizando una gran empresa y empieza a desmayar, los demás, los que desean que sus esfuerzos sean coronados por el éxito, no le dicen: ADELANTE CON LAS CAMPANAS, sino ADELANTE CON LOS FAROLES. ¿No es el farol un gran puntal del progreso?

—¡Bueno, bueno! Si a frases y retóricas vamos, me parece que no nos debemos nada. Porque creo que no te has olvidado de esta otra frase muy expresiva, cuando alguno muy fachendoso cree que ha puesto una pica en Flandes, y, en realidad, no ha dicho sino una vaciedad: NO SEAS FAROL. O esta otra: ESTA ES UNA FAROLADA.

—Tal vez, tal vez, hemos llegado en nuestro diálogo a una zona neutra. ¡Claro, uno no puede ser del todo perfecto! Y la gente es maliciosa y de las cosas más inocentes hacen sus frasecitas.

—¿Quieres, campanita mía, que te sea sincero por una vez? Tal vez tengamos algo en común y esto puede ser la vaciedad. Ambos estamos vacíos y llenos de aire. Y de ahí que se hable de hombres campanas y de hombres faroles. Pero que conste que aun en esto tú debes tener en cuenta tu sexo, cosa nada despreciable en las faroladas.

## V

### LA PEDAGOGÍA DEL FAROL

¿El farol nace o se hace? He aquí una pregunta que tiene una rápida solución. No ocurre con el farol lo que ocurre con los poetas. El poeta, para ser poeta, necesita vena, ingenio, naturaleza. El solo pulimento, la sola educación, apenas nos da poetas torpes o poetas mediocres y, de vez en cuando, poetas afarolados, de los que tal vez me ocupe, si Minerva me ayuda.

Desde luego, para ser farol se necesita cierta predisposición natural; pero en la confección de faroles la educación tiene, a mi entender, un papel esencial. Incluso podríamos hablar de viveros de faroles. El medio ambiente de la casa y de la familia comienza por darnos unos farolitos de una luz gris e indecisa. De la casa pasan al vivero y la luz farolera va agrandándose, los cristales circundan-



tes se van clarificando, y hasta la abertura superior, tan substancial, según la Academia, a los efectos de expeler gases y vanidades.

De un farolito sale un farol con tiempo y maña. Y no es que los pedagogos del vivero se propongan hacer faroles. Sino que los hacen sin ellos darse cuenta. Hay profesor que, explicando su clase, hace pajaritas de papel. Y hay profesor que le da durante las clases por hacer de sus alumnos excelentes faroles.

¿Se da cuenta el lector cómo empieza a perfilarse la pedagogía del farol? Sin embargo, estamos empezando. Hay que penetrar en la misma raíz. Todo farol, para alumbrar, necesita un soporte. Algo que le yerga, para, desde cierta altura, expandir sus rayos lumínicos. ¿Cómo se obtiene la esencia de la farolidad? Muy sencillo. Todo pedagogo tiende a imprimir en el educando ciertos principios que den a su estatua, carácter y personalidad. Hay una pedagogía que, para obtener este carácter y esta personalidad, se afana en infundir en la misma esencia del espíritu los principios básicos de la moralidad, de la ciencia, y buenas maneras sociales. ¿Razones? Porque el alma, el espíritu es lo subsistente, lo que da constancia y continuidad al ser humano. Se crean virtudes y hábitos morales, porque éstos se encargan de dirigir las acciones y estados diversos de la personalidad.

El farologista no procede así, aunque él afirme lo contrario. El farologista educa, no procediendo del interior al exterior, sino del exterior al interior. Es decir, parte de la forma, tomándola como esencia y nervio de la personalidad.

Para más claridad, digamos que toda obra de arte, según la preceptiva tradicional, distingue el fondo, la forma interna y la forma externa. Hay una pedagogía que se cuida más del fondo que de la forma, o, al menos, busca el

equilibrio entre ambos. Estima que el educando es como la cera o el yeso, que adoptan la forma del molde propuesto. En la pedagogía del farol las cosas ocurren en sentido inverso. La forma lo es todo, el contenido no tiene mayor importancia. Hay que enseñar al niño a tener buenas formas, a respetar los convencionalismos sociales, a disimular y ocultar sus sentimientos y pensamientos, a tomar la pose que las circunstancias exigen *hic et nunc*. ¿Doctrinas, ideas, sentimientos humanitarios y cristianos? En tanto, en cuanto. Ante todo hay que parecer sabio, hay que parecer bueno, hay que parecer santo, hay que parecer discreto. ¿Si no se es ni sabio, ni santo, ni aun bueno, ni discreto? Ya lo será. ¿Cómo? Obligándole a parecerlo. Ofreciéndole premios e imponiéndole castigos para que aprenda a guardar las formas. De una manera externa. Hay viveros que hacen sabios, no haciendo asimilar a sus alumnos las ciencias, sino haciéndoles aprender «clisés», llenando sus cabezas de párrafos y discursos, haciendo colecciones de sentencias de hombres ilustres, haciendo resúmenes de asignaturas en papeles de fumar, atiborrando sus cabezas de esquemas.

Para ellos no hay más facultad que la memoria. Tanto se sabe cuanto sea retenido en la memoria. Eso de enseñar a pensar por cuenta propia es una filfa. Cada cerebro es una colección de discos. La inteligencia es una facultad nociva. Lo mismo ocurre en el orden moral y en el de los sentimientos humanos. ¿Que la sociedad exige hombres sinceros, que practiquen el bien honesto, porque con ello creen que cumplen con su deber? ¡Historias! Ante todo, el hombre desde que nace se siente metido dentro de una red de convencionalismos que no puede romper. ¿Qué debe hacer entonces? Procurar vivir del mejor modo posible dentro de ese círculo de hierro. No se debe obrar contra el prójimo, no se debe hacer mal a nadie, no se debe mentir, hay que practicar la misericordia, hacer el bien que se pueda. ¿Por

convicción? No. Porque la sociedad nos lo exige sopena de echarnos de su seno. Se obra por temor. Lo que no se siente debe aparentarse. ¿Qué más da? Y aun la religión llega a confundirse con estos convencionalismos. Hay que cumplir los preceptos religiosos. ¿Con plena conciencia de lo que se hace? Lo importante es cumplir y dar buen ejemplo. Hay que ponerse a tono con las circunstancias. No hay que ser excéntrico. Hay que cumplir las prácticas religiosas, o por parecer bien o por esquivar leyes penales que puedan caer sobre la cabeza del educando. Es decir, que el buen farol se hace por el fetichismo de la forma.

La pedagogía del farol se basa también en otro postulado no menos importante. ¿Cómo se concibe la vida en ciertos viveros educadores? ¿La vida, para éstos, es una lucha en la que vencen los más fuertes, física y espiritualmente? De ninguna manera. La vida es lucha; es cierto, pero lucha en la que predominan el arte, el ingenio, la astucia, la diplomacia, el maquiavelismo. De nada sirven los caracteres diamantinos, la formación sólida, la honradez. ¿No dice la experiencia cómo se estrellan éstos a cada momento? Hay que aprender muy bien el papel que se va a desempeñar en la sociedad. La vida es una pura comedia y triunfa el que más hace reír y el más experto en juegos malabares o el más audaz. Es decir, el que mejor guarda las apariencias, el que sabe dar una estocada a tiempo. ¿Consecuencias? Están a la vista. El farolito convertido en *farol* se cree ya un *faro*, que aspira conducir a los mortales por vías de salvación. Y por eso no debe llamar la atención que haga dos vidas. Una *externa*, a la vista de todos, a los cuales deslumbra o pretende deslumbrar con sus faroladas, aunque a veces les hace reír, porque les recuerda a los farsantes de las comedias. Y otra *interna* y privada, regida por el subconsciente pasional y humano, que no reconoce ley ni divina ni humana.

Y es el caso que la sociedad ha llegado a tal grado de perfección y progreso que con tal que el hombre guarde las apariencias se le abren todas las puertas, merece todas las consideraciones, recibe todos los homenajes y banquetes, escala todos los honores y hasta puede que encuentre sepultura en el panteón de hombres ilustres.

Sorprende, a veces, cómo alguno de estos faroles se encumbra en los primeros puestos de la sociedad, mientras hombres de positivo valor pasan su vida ignorados, y sin que nadie se fije en ellos. Pero hay que estar en el secreto. El educado para farol es apto para muchas cosas. Lo mismo para ministro que para prestarse a «estraperlo» de millones.

—¿Verdad que vale Fulanito?

—Sí, es un chico excelente.

—¡Qué modales, qué manera de reaccionar, qué «pose» y qué encanto de chico!

Y el chico que se da cuenta del encanto y simpatías de su profesor se pavonea entre sus compañeros. Los compañeros, incapaces de pensar por cuenta propia, acatan el principado, no sin ciertos asomos de envidia. Y hay que ver cómo el farolito se hace el árbitro en todo. Su opinión decide todas las discusiones. Sus chistes, por sosos que sean, son reídos y celebrados. Y Fulanito sale cada año del vivero cargado de medallas y diplomas.

—¿Has visto qué bien canta Fulanito?

—Como un pájaro.

Y Fulanito cada día y cada minuto nos regala con sus gorjeos de capirote, mientras llena su bella cabeza de humo y presunción.

—Oye, ¿no te has dado cuenta cómo le hace Fulanito la pelotilla al profesor?

—Lo notable, chico, no es eso, sino que el profesor se complace en recibir sus adulaciones.

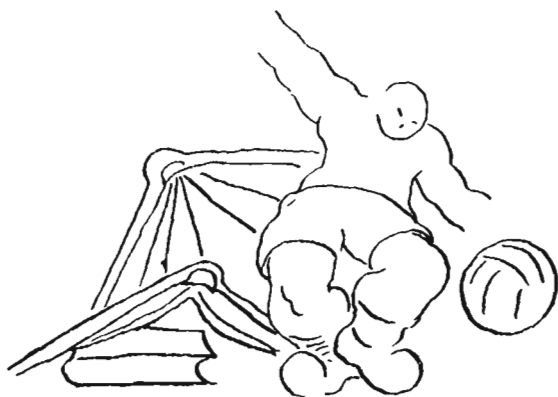
—Como que se ha hecho el amo de la clase.

Y Fulanito mimado, lleno de viento y de gestos de suficiencia, se va poco a poco convirtiendo en un farol.

Sabe decir sí a todo el que se acerca a él. A todo el mundo pone buena cara y después hace lo que le da gana o lo que mejor se le pague. ¿Cómo sube? Nunca falta quien le aupe por la cuenta que le tiene. Algunos se dan tanta maña que siempre encuentran palancas poderosas. A veces, desde el mismo vivero, salen muchos proyectados a los primeros puestos.

—¿Dónde están esos viveros de faroles?—me dirá alguno.

¡Ah! Anuncios no. El que desee nombres concretos que me ayude a pagar la edición de mi *Farología*.



## VI

### IMPORTANCIA DE ESTA ASIGNATURA

Muchos, casi todos mis lectores, habrán asistido a las cátedras los primeros días de curso, y habrán observado que el profesor sube a su sillón pontifical con gran prosopopeya, se sienta con mucho cuidado, echa una mirada por todos los ámbitos de la clase, se quita las gafas, saca el pañuelo, las limpia, se las vuelve a colocar, dispara de nuevo una mirada a su juvenil auditorio y, al fin, después de un grave silencio, suena su voz doctoral: *Señores*.

Los muchachos, al oírse llamar *señores*, no pueden reprimir una ligera sonrisa. Y, antes de esbozar el plan del nuevo curso, el profesor se cree en la obligación de estimular la aplicación de su auditorio, hablándoles de la importancia de la asignatura.

Lo mismo el que explica griego, que el de matemáti-

cas, que el de ciencias naturales, que el de latín... cada cual dice que su asignatura es la más importante del curso.

—Porque, señores—viene a decir—, es tan importante el latín, que sin él la vida cultural queda manca y cojeando toda la vida. ¿Qué no? Yo os podría leer en estos momentos estadísticas de los hombres más representativos de todas las naciones, donde veríais que el 90 por ciento de los mismos han sido excelentes latinistas. ¿Habéis oído hablar de los premios Nóbel? ¿Sí? No lo ha conseguido nadie hasta ahora, lo mismo en Física, que en Química o Medicina que no haya sabido declinar *rosa, rosae*.

Querido lector, lo mismo puedo decirte de la ciencia que nos ocupa, de la *Farología*. Entre las disciplinas humanas ella se levanta con el principado. Reina entre las demás. Es tan útil, tan importante, que sin saber *Farología* no se puede ser ni ministro, ni director general, ni aun alcalde y mucho menos concejal. Si hiciésemos una estadística de todas las personas representativas de una nación, comenzando por los ministros y gobernadores, y siguiendo por los hombres de ciencia, artistas, reyes del acero, del carbón, del hierro o del papel, y jefes y directores de los mil engranajes sociales, todos, absolutamente todos, han estudiado *Farología*, y aquéllos que ocupan los primeros puestos han sacado más matrículas de honor. Cierto que hay algunos que son autodidactas, es decir, que para estudiar esta ciencia no han acudido al vivero de *Farología*, han carecido de profesores que se la enseñen, pero se trata de hombres de excepcionales dotes faroleras, en las cuales la naturaleza exuberante ha suplido las deficiencias del arte.

En todos los tiempos hubo faroles. Hombres soberbios, imponentes papelones, que se creían grandes valores, pero que realmente sonaban a hueco, porque tanto en sus palabras como en sus escritos se hallaban vacíos de ideas. En las épocas de decadencia era una verdadera epidemia.

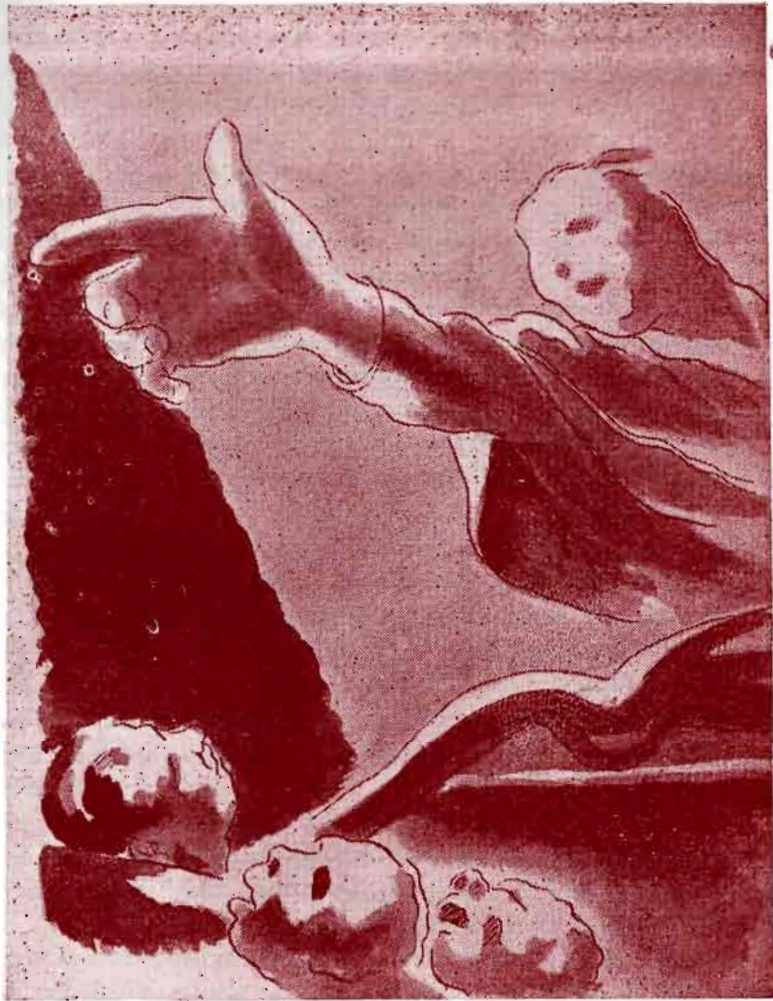
Pero en estos días que vivimos la farolería no es una enfermedad sino que presenta días de lozanía y vigor, hasta el punto de que uno no puede prosperar en ninguna actividad social, incluido a veces el saber, y aun las artes y la literatura, si no aprende la técnica farolera. Y a ello contribuye en gran parte la eficacia de la propaganda por medio de la prensa y de la radio.

Antiguamente era cierto aquello de que el buen paño en el arca se vende. Hoy el que quiere vender tiene que colgar su paño en balcones y ventanas, llevarlos por las plazas públicas a lomos de motores, hacer octavillas para lanzarlas del avión sobre las ciudades, escalar las columnas de la prensa o las estaciones de la radio.

Pero aun hay más. Supongamos que no se trata de un buen paño, sino de una mercancía averiada. No de valores positivos, sino de medianías y calamidades. De oradores campanudos y engolados. De artistas muy mediocres. De poetas adocenados. De libros que no valen ni aun lo que pesan. De lienzos sin arte alguno. De políticos y gobernantes con el seso vacío. ¿Está dotado el público de buen criterio para conocer y distinguir estas mercancías averiadas, que la propaganda le da por buenas y excelentes? No. Son pocos, muy pocos los que poseen sentido práctico. Los demás se dejan llevar por lo que les dice la prensa y la radio. Y como la prensa y la radio de mil veces una, al pan llaman pan y al vino vino, de ahí esa gran estafa de valores que hoy padecemos y que fatalmente nos llevará a la ruina en el orden cultural y espiritual, por muchos esfuerzos que hagan algunas primeras figuras desde sus consejos científicos y literarios.

De ahí la importancia de la *Farología*, o ciencia de la disimulación, de la falsedad, del saber presentarse, del saber brujulear y del saber vivir. Mientras la sociedad viva de apariencias—y el caso va para largo—de buenos mo-





*Es tan importante el latín, que sin él la vida cultural queda manca y cojeando toda la vida...*

dos, y buenas formas, mientras triunfe el imbécil, porque es aupado por buenos padrinos, mientras sean premiados los esfuerzos musculares y el espíritu sea relegado al rincón, mientras el que viste bien y tiene buena figura, es el que medra, y el inteligente es postergado, la *Farología* será una necesidad apremiante.

De seguir las aguas por estos cauces yo espero que la *Farología* no sólo será una asignatura obligatoria en el bachillerato, donde se enseña en algunos viveros con mucho fruto, sino en las mismas universidades, en las cuales puede adquirir rango filosófico y transcendental. No estarían de más también algunas ligeras nociones en las escuelas primarias. Y me apoyo en el parecer de Quintiliano, quien afirma que la oratoria debe enseñársele al niño en los mismos brazos de la nodriza. ¿Por qué no hacer lo mismo con la *Farología* que tantas concomitancias tiene con la oratoria?

De todo lo cual, amigo lector, vengo en concluir y concluyo—si es que existe la lógica aún en esta edad de piedra—que el estudio de la *Farología* es muy importante. Y te lo digo, no sentándome tras la mesa profesoral, después de calarme las gafas, sin necesidad de carraspear un poco, ni con voz engolada ni en tono doctoral, sino llanamente, como suele el vecino hablar al vecino o el amigo al oído del amigo.

Hay, sin embargo, una objeción que a primera vista parece de peso. La *Farología*, hoy, tal cual están las cosas es necesaria. Pero ¿mañana? ¿Es que este estado de cosas no puede cambiar de un día a otro? Desde luego la *Farología* es un arte relativo. Es decir, que el día que reine en el mundo la verdad, la sinceridad, la justicia, las buenas artes y los buenos modos; el día en que el engaño desaparezca, el día en que los hombres se presenten ante los hombres como son, ese día habrá muerto la *Farología*. Pero ¿es-

pera el lector otra nueva edad de oro? La naturaleza humana es imperfecta, imperfectísima, y todos tendemos a ocultar nuestros defectos y a exagerar nuestras cualidades. En unos hombres la modestia modera los ímpetus faroleros y consigue a veces que no lleguen a la categoría de faroles. Un ejemplo. Don Estanislao pertenece al Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Le ha sido encomendada la tarea de averiguar qué lenguaje hablaron Adán y Eva. Empleando el método psicoanalítico descubrió que nuestros primeros padres hablaron el esperanto. Lo natural hubiera sido que lanzara al espacio un jeureka! estentóreo, para alcanzar el premio anual. No ha sido así. Se lo ha callado, porque don Estanislao es un hombre modesto y enemigo de exhibiciones.

Hay otros en cambio que no pueden reprimir los ímpetus de sus descubrimientos. Requieren cuartillas y cuartillas, las mandan a las linotipias, y se ve por esos mundos cada tomo que gracias a la tracción mecánica pueden ser distribuidos en las librerías, donde hacen temblar mesas y escaparates. ¿Quién ha de dirigir la educación e instrucción de estos hombres? La *Farología*. ¿No le parece al lector que ya que los faroles han de ser fatalmente faroles hay que presentarlos en sociedad medianamente educados e ilustrados?

Luego la *Farología* es muy importante.

## VII

### LA CAUSA EFICIENTE

Yo bien sé que esto de las causas eficientes es algo que ya no se lleva. Es como si vistiésemos una señorita con vestidos del tiempo de Isabel la Católica y la obligásemos a pasear por Triana. ¿Esa señorita—dirían todos al verla—se ha escapado del manicomio o estamos en carnaval?

Algo así van a decir mis lectores del autor de *Farología*. ¿La causa eficiente de los faroles? ¡Qué anticuado! ¡Cómo si estuviéramos en pleno siglo XIII!

Sin embargo, para mí las cuatro causas aristotélicas son impenables y de ellas, la eficiente me parece la principal, puesto que aun el descubridor de la bomba atómica no ha podido desmentir que no hay efecto sin causa. O lo que es lo mismo, no hay hijo sin padre. ¿Hay faroles? ¿Damos como un hecho la existencia de faroles? Me gustaría

oír la respuesta de cada uno de los que me leen. ¿Sí o no? ¿Sí? Luego los faroles tienen padre o causa eficiente. Lo que ocurre en este caso concreto de los faroles es que a muchos papás les da cierto pudor de proclamarse padres de tales criaturas. ¡Ah! Y aun a muchos, como veremos luego, les da vergüenza de ser faroleros, o no se dan cuenta de que andan por esas plazas con el mechero en la mano.

Como se sabe, las fuentes creadoras o causas eficientes pueden ser de tipo muy diverso: Dios, la naturaleza, el arte, la artesanía, el acaso... Dios, como se sabe, creó el mundo, hizo al hombre y, de una costilla de éste, a la mujer; la naturaleza, hija de Dios, aunque muchos se han empeñado en decir que se hizo ella a sí misma, ha creado y crea plantas, animales, barrancos y laderas; el arte ha hecho maravillas, como nuestro puente de piedra; la artesanía ha confeccionado los globos aerostáticos y las jaulas de grillos, etc. Pero ¿quién hace los faroles? Atribuir a Dios tales efectos es imposible. Dios ha creado los seres obedeciendo a la ley de horror al vacío. La naturaleza, como hija de Dios, tampoco hace faroles, aunque a veces, la naturaleza hace cada feto, cuando está dormida... Algunos faroles presumen de bellos, de artísticos y quieren pasar como efectos o hijos del arte. Pero yo creo que el arte es algo más substancial, tiene un sello divino. ¿No habíamos quedado en que la inspiración es divina? ¿Ha visto alguien un farol con inspiración? Para mí no queda otro recurso que decir que los faroles, todos los faroles son creados por la artesanía. Es decir, por el mismo nivel creador con que son creados los zapatos, las cucharas, las cacerolas, los azulejos... y los gigantes y cabezudos. Exacto. Los faroles son creados en series, por moldes, como los gigantes y cabezudos. Y a mí esto me parece muy honroso y muy digno. Un gigante o cabezudo que imita un lord inglés o una dama del siglo XVI tiene mucho de similar con un farol. ¿Qué

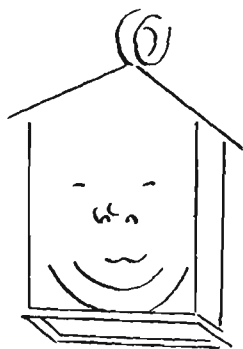
hace el farol por nuestras calles, en las academias, en las cátedras, en las tribunas, en las poltronas ministeriales? Farolear. Aparentar más de lo que es. Engañar, a cuantos les visitan, con su elevada posición, con la prestancia de su alto cargo, con la majestad y elegancia de su figura, con su palabra engolada y persuasiva, con sus ademanes y buenas maneras, con sus promesas falaces, con la hermosura de su rostro, con... Pues eso y nada más que eso son los gigantes y cabezudos. Parecen lores, ladis, reyes, ministros, gobernadores, alcaldes, sabios, catedráticos..., pero, como están huecos, como carecen de seso, no hacen otra cosa que el papel de figuras decorativas o bailar por salas y palacios, contonearse por esas calles, haciendo las delicias de mayores y pequeños.

Y vean ustedes cómo por los efectos se llega a las causas. Cómo mis estudios de escolástica me conducen a conclusiones rigurosamente científicas. ¿Cuáles son aquí los efectos que analizamos? Faroles, gigantes y cabezudos, globos, zapatos, pajaritas de papel, pompas de jabón, etcétera, etc. ¿Conviene en algo todos estos seres y cosas? Desde luego, en su amor al vacío. En tener desalquilados muchos aposentos en su edificio. Su causa, por consiguiente, será la misma. Y como sabemos que los zapatos los hace el artesano, los globos los hace el artesano, los gigantes y cabezudos los hace el artesano..., concluimos que los faroles los hace también el artesano.

Ahora bien, hay faroles y faroles. Gómez de la Serna nos habla de unos faroles que alumbraban su trabajo nocturno. No cabe duda que estos faroles han sido hechos por un artesano y encendidos por un farolero. Pero nosotros, en nuestra *Farología* nos ocupamos de otros faroles. De los *hombres faroles*. ¿Quién es el artesano de los hombres faroles? Creo que Dios los cría y ellos se hacen. El hombre mismo, en el laboratorio de su vanidad, en la artesanía de su

soberbia se hace farol. Los faroles necesitan para vivir y desarrollarse un clima especial, pero su causa eficiente o creadora, no está fuera del mismo hombre. En nuestro poder se halla la facultad imaginativa, vana y pueril, de creernos superiores a nosotros mismos, de ejercer funciones que escapan a nuestra capacidad, de creernos en algunos casos superhombres, de hacernos faroles a nosotros mismos.

Y no crea el lector que al llegar a esta conclusión me he olvidado de las escuelas y viveros de faroles. Hay algunos tan faroles, que no necesitan la educación de los viveros.



## VIII

### CLIMA Y AMBIENTE

**A**l hablar de clima y ambiente de los faroles no parece sino que éstos son seres orgánicos que para nacer, vivir y prosperar necesitan un clima adecuado. Y, sin embargo, es así. ¿Cuál es el clima de los faroles? ¿Frío? ¿Caliente? ¿Templado? El clima moral farolero carece de semejanzas físicas. El clima natural es libre. Es purificado por corrientes de aire en todas direcciones. El sol vierte a raudales su aliento vivificador. El cielo azul o nuboso produce alternativas que no tienen paralelo en orden moral.

¿Por qué el hombre se empeña en desfigurar la vida? ¿Por qué la inteligencia, la razón y la voluntad, sobre todo la voluntad, tuercen o retuercen los caminos tan naturales y espontáneos de la naturaleza? ¿Por qué los animales, las plantas y las mismas rocas lucen sus galas con tanta sencii-



llez y el hombre—ser superior—hace el ridículo al exteriorizar y aparentar cualidades que el Creador no le ha dado?

Pero dejemos de filosofar. ¿No padecen también manía de ostentación las palmeras? ¿Los pavos no se hinchan en presencia de otros animales? ¿Las montañas no se yerguen para dar envidia a los valles? ¿Por qué no ha de ocurrir lo mismo en el hombre? ¿Cuándo? Cuando carece de adversario, cuando cree hallarse solo, cuando considera como ceros a los demás hombres con quienes convive, cuando la tranquilidad social ampara sus fanfarronadas y jactancias, cuando encuentra babiecas y aduladores que exaltan sus desenfados, cuando no encuentra obstáculos a sus expansiones gaseosas. No hay cosa más funesta para las facultades humanas que las aguas tranquilas, la falta de contrincantes, la carencia de opiniones. El hombre cree hallarse entre muñecos de goma y se convierte fácilmente en farol.

Cuando las necesidades sociales imponen un ambiente denso y tranquilo, al amparo de esta calma crecen y prosperan muchos hongos que son verdaderas nulidades. Los faroles nacen por generación espontánea. Las palabras son dogmas por falta de contradictores. La opinión pública se halla como en estado pasivo, y cada cual, con su silencio, contribuye a alimentar el faroleo, a que el farol desde su cátedra pública, desde su posición social a la cual ha llegado tal vez por efecto de inesperados aluviones, siga creciendo en intensidad y despachándose a su gusto. Dicen que la virtud se debilita sin adversario. Pero no ocurre así con la vitalidad del farol, virtud vana y necia, que crece y se hincha oyendo los ecos de su voz en las oquedades del ambiente y las toma como aplausos de sus conciudadanos, cuando, en realidad, le ven actuar con indiferencia o con encogimiento de hombros y sonrisas irónicas, cuando no con glacial desprecio.

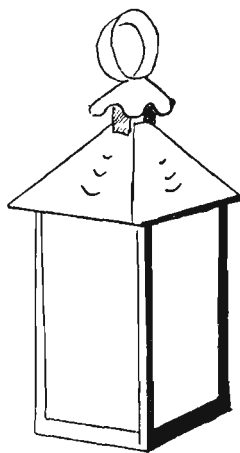
Hay otro ambiente farolero creado por otro estado social enteramente contrario. Me refiero al ambiente demagógico y de exceso de libertades. En cada esquina se tropieza uno con un farol o farolito, que ha tomado a su cargo hacer la felicidad del pueblo. Todo lo fía a la magia de sus palabras y a la tontería de los que los oyen. A veces las mismas masas crean algún farolón, porque necesitan ídolos que adorar. Pero esos farolones son efímeros. Un buen día el farolón alumbra poco y las piedras llueven sobre él, haciendo añicos sus cristales. Los faroles democráticos tienen una vida efímera. Las más de las veces son víctimas de sus faroladas.

Hay, por consiguiente, dos climas que provocan la aparición de faroles. El clima autoritario y el clima demagógico. En el primero nacen, crecen, se desarrollan y no quieren morir, amparándose en la protección oficial, los faroles que hacen, dicen y deshacen a su capricho, siendo adulados y alentados servilmente por una pléyade de estómagos agradecidos y a veces por autobombos de prensas y radios, desgranando toneladas de adjetivos, en catarata interminable. En el segundo caso, el farol sube aupado por las masas populares, ansiosas de profetas y de ídolos que les prometan la luna, el sol y la felicidad. Y cuando un farol de éstos logra hacer su agosto a costa de los sudores del pueblo y de sus desaprensivas fachendosidades, pasándose al campo capitalista, levantan otro sobre sus hombros, sin que la experiencia del primero les sirva para nada.

Mucho, muchísimo se puede decir sobre estos dos climas en que florecen los faroles. Ambiente por cierto de decadencia, de falta de ciudadanía, de valor cívico para quitar la careta a tanto fante. Se respira dulzonería, afeminamiento, blandenguería. Los ciudadanos se encuentran como maniatados, llenos de temor y somnolencia. ¿Cómo los osados no han de hacer su agosto?

No faltan tampoco quienes mirando las cosas desde un punto de vista algo escéptico y egoísta, que puede ser muy bien desde la cómoda butaca de un casino, se retiran a sus casas, se encierran en su concha, se entregan a la fatalidad, o sea, se sientan en la puerta de la casa para ver pasar el cadáver de su enemigo. Se vive—dicen—como se puede o como le dejan a uno. Y, entonces, los que tienen el riñón cubierto, se levantan cada día con la sonrisa en los labios, esperando después del desayuno la visita del periódico, que les hable de Corea y de la O. N. U. y de las incidencias locales, o de las faroladas que vayan alumbrando las distintas efemérides del calendario.

Y, mientras tanto, farolean los faroles por esos mundos de Dios y plazas del diablo, y no ciertamente por amor al arte, sino donde quiera que huele a sólido, y algo, y aún *algos* de líquido.



## IX

### LA PALABRA

No hace mucho se quejaba Pemán en «A B C» del mal concepto que el mundo moderno tiene de la palabra, de la oratoria, de la retórica. Y para ello—dice—no hay razón. Es más, hay razones de mucho peso que nos obligan a sobrestimar la palabra. No usa, por cierto, el escritor andaluz el argumento Aquiles de que en el principio era la *Palabra*. Seguramente, porque tiene mejor concepto del evangelista San Juan que de la misma oratoria. Eso de que el Verbo era al principio se deja para los enigmáticos y *empedralistas* del lenguaje, que cada día hacen el ridículo, profanando lo divino y lo humano.

Pemán dice que los latinos dominaron el mundo antiguo por la palabra, lo mismo que con la espada. Los españoles de otros tiempos «ganábamos muchas batallas—aña-

de—porque decíamos unas cosas tan sonoras como nuestros cañonazos».

A mí me parece también que la palabra tiene un gran poder, al mismo tiempo que es una eximia cualidad. Y, en efecto, toda esta cuestión parece haber nacido porque los modernos concentran todo su interés en las ideas, dando a las palabras un valor secundario. Hoy se tiende a ser muy práctico. Nada de rodeos. Desde el principio se va al grano, sin preámbulos, con todo el ahorro posible de palabras.

A mi entender estamos equivocados. Siento con Pemán, aunque me marchó por otro camino. Los romanos, y su Cicerón, son para mí personas muy respetables. Lo mismo digo de españoles tan conspicuos como Fray Luis de Granada o Calderón, que me encantan con sus cascadas de fuegos artificiales. Creo que la palabra y sus artes, la oratoria y la retórica, tienen en la vida de comunicación del hombre actual un papel esencialísimo. Ya el lector se habrá dado cuenta de que hablo desde el punto de vista de la *Farología*.

Yo no sé lo que piensa el lector del barroco literario y artístico. Para mí un trozo literario barroco es un panal de miel. Me extasío ante un altar profusamente adornado de hojarasca, de columnas rotas o retorcidas. En cambio un monumento de líneas rectas me deprime y llena de desconsuelo.

Lo mismo me ocurre con la oratoria. Un discurso de Castelar me parece una selva virgen, donde apenas se ve el sol de la idea y, al leerlo, queda uno apabullado y, a veces, no ve los árboles, sino que sólo percibe el trinar de los pájaros, el pasear de las sombras, o el silbido de los buhos, símbolo de la sabiduría. ¡Ah, con qué emoción se recuerda aquel comienzo de uno de sus discursos: «Grande es el Dios del Sinaí!» Y en cuanto a los oradores afa-

rolados ¡cómo disfruta uno oyendo sus admirables parrafadas!

Hay señores tan exigentes que creen que todo discurso debe tener un plan. Una unidad. Obedecer a una idea capital, aunque ésta se halle adornada de digresiones, bien relacionadas con el asunto principal. A mí todo esto me parece ñoño. Retórica del siglo XVIII. Y, por eso, para juzgar un discurso se hacen la consabida pregunta: «Bueno, ¿y qué ha dicho este señor? ¿Cuál es el meollo de su discurso?» Tonterías. Quieren que un discurso sea como un limón. Un discurso, lector, no es un limón, que, si es buen limón, se exprime y da zumo. Los discursos no dan zumo. Se oyen, se paladean, se deleita uno oyéndolos y termina por bendecir a Dios, que ha concedido a ciertos hombres, y a muchas mujeres, la extraordinaria facultad de estar hablando hora y media, y a veces más tiempo, haciendo cataratas de palabras, sin el soporte de un plan y de una columna vertebral.

Créeme, lector, yo envidio y admiro este arte semidivino. Eso de hilvanar párrafo tras párrafo, sin tener una idea en la cabeza, es un don extraordinario, sobrenatural.

Y que no me vengan algunos con su anticuada teoría de que las palabras son la expresión de las ideas, o sea, de que las palabras son el medio de comunicación que Dios ha dado a los hombres para intercambiar sus pensamientos, sus sentires, sus proyectos, sus razonamientos, y, así, hacer posibles la convivencia y la misma sociedad. Esa teoría está muy bien para explicar ciertos hechos sociales desde una cátedra de filosofía o sociología. En nuestra ciencia, en *Farología*, no tienen ningún valor.

Y lo pruebo. El mejor farol es el que posee exceso de formas. Entiendo por formas los ademanes, los gestos, la mímica, las palabras, la expresión facial, la tonalidad y ahuecamiento del lenguaje, el silabeo de las palabras, el en-

golamiento y la suficiencia, el atuendo, la *pose*... ¿Para qué quiere un farol las ideas? ¿Para qué los juicios bien meditados? ¿Los razonamientos férreos? Eso está bien en lógica. En esa lógica fósil que aun predomina en algunas escuelas. El mejor farol no es el que siembra ideas, como el mejor arquitecto no es el que tira líneas, ni el mejor pintor el que mejor dibuja. El mejor farol, lo mismo que el mejor poeta o literato es el que hace crucigramas con las palabras, adorna su dicción de figuras retóricas y habla persuasivamente, como oyéndose a sí mismo, y salpica su discurso de rosas y alhelíes.

La palabra, para el farol, tiene un valor substantivo, no un valor instrumental y de medio, como se ha creído erróneamente durante siglos. ¡Ah, cómo suena a lugar común eso de que las palabras son la expresión del pensamiento! La palabra es la palabra, y nada más que la palabra. O sea, que la palabra tiene todo su valor en sí misma y en nada depende de la idea. Por eso no comprendo la teoría que explica el origen del lenguaje diciendo que nació para dar nombre a las cosas. Es decir, que primero existió la cosa, el ser, la idea, y después la palabra para nombrarla. Por ejemplo, primero existió un animal peludo y con dos cuernos, y después se inventó el nombre *cabra* para señalarlo. Yo opino que el lenguaje es contemporáneo de las mismas cosas. Natural al hombre tanto como el comer, el caminar o dormir la siesta. Es algo simultáneo a la idea y al concepto. *Palabra* no precede a *idea*, sino que es paralela a la idea.

Así pues, estimo que el arte de hablar, la oratoria, no debe aprenderse como las demás artes. Lo mismo que ocurre con la retórica, la preceptiva y la literatura. Ese procedimiento se hella ya anquilosado. Supone secar la mente del alumno, metiéndole en la cabeza reglas y más reglas sin fruto alguno. La oratoria, el arte de hablar, debe apren-

derse en sus mismas fuentes. Es decir, en los mejores faroles que nos han precedido. O sea, metiéndose en la cabeza los mejores párrafos de sus discursos y luego recitándolos privadamente—si se quiere ante un espejo y con ejemplar narcisismo—y, por último, en público, pero dándoles vida con gestos, acciones, ademanes. Lo mismo que el que pretende ser buen literato, o poeta, debe arrojar al fuego toda preceptiva. Leer muchos autores y, a medida que lee, debe anotar frases y períodos, y, cuando hace obra propia, ir yuxtaponiendo un párrafo tras otro, hasta llenar páginas y páginas. Si el zurcido está bien hecho, si las junturas son hábiles—como dice Horacio—su obra llamará la atención por lo original.

Es lo que me decía un buen amigo. ¿Qué se puede decir hoy que ya no se haya dicho por los mayores ingenios que en el mundo han sido? Además—añadía—como cada día se lee menos, nadie sabe de dónde ha sido tomada la pieza literaria. Y si se sabe, ¿qué le importa esto a un buen farol? Al contrario, si el farol hiciese obra propia y original se podría llamar farol.

Admiremos, lector amigo, las grandes posibilidades del farol. Puede entrar a saco en una biblioteca, sin que nadie le llame la atención sobre las leyes de la propiedad intelectual. Todo su arte consiste en zurcir bien y pegar retazos riéndose del paño de púrpura de que hablara el ingenuo de Horacio.



## X

### CUALIDADES DEL BUEN FAROL

No sé si en otros lugares de mi obrita he conseguido convencer al lector de que la *Farología* es una verdadera ciencia. Si lo he conseguido, bien; pero si no lo he conseguido, poco me importa. Tampoco lo he pretendido. Ahora vamos a decir algo del arte de la *Farología*. ¿No se han fijado ustedes que todo el mundo trata de probar en sus tratados de agricultura, de biología, de cocina, de puericultura... no sólo que éstas son ciencias, sino también artes?

En mi trabajo me tropiezo con un grave inconveniente. No tengo predecesores que hayan escrito de *farología*. Cuando se tiene esta fortuna, abre uno diez o doce tratados de la materia de que está escribiendo y va espigando de éste una definición, de aquél un párrafo elocuente, del de más allá un esquema, del otro una división, de éste un

argumento, de aquél un titulito... y así, si no se consigue un tratado perfecto, al menos se da al público un mosaico, sin desperdiciar un adarme de materia gris, cuando se tiene. Algo así como el *risum teneatis* de Horacio.

Puede que le ocurra lo que me cuenta un amigo que le ocurrió a un autor,—si autor puede llamarse a un buen zurcidor de retazos—que componía sus escritos citando opiniones de Nietzsche, de Hegel, de Unamuno, de Espronceda, de Menéndez Pelayo... sin que por parte alguna apareciera un cuerpo de doctrina que diera substantividad a su obra y justificara ante el público su labor. Bueno, señor—podría decirse—, Zorrilla y Campoamor y Ruben Darío dicen eso de los cangrejos, y usted ¿qué dice?

Alguien dirá que escribir de una materia, que antes nadie ha tratado, es mayor mérito. ¿Mayor mérito? Eso de mérito y demérito es muy relativo. Hacer una buena síntesis, adornarse con plumas ajenas y de diversos colores, y dar la sensación de un todo acabado y perfecto, demuestra discreción y talento. Y puede que más discreción y talento que el abrirse paso, hacha en mano, entre una selva de gigantes y cabezudos, pues no es nada fácil exprimir esencias y jugos de cabezas vacías, como son los faroles, y hacer con ellos un todo presentable. Y lo peor del caso es que los críticos de uno no suelen apreciar la ley del menor esfuerzo y mucho menos los sudores y fatigas que supone una creación *ex nihilo*.

Sin embargo, alguien debe empezar y en *Farología* me ha tocado a mí, a no ser que en Finlandia o en China le haya tocado a alguien la misma locura. Menos mal que tenemos tratados similares muy apreciables de otras materias y podemos seguir, si no las huellas, al menos la línea paralela. ¿Cuáles son por ejemplo las dotes del buen orador? Los tratadistas, de la antigüedad clásica para acá, nos hablan de cualidades físicas, intelectuales y mo-

rales. ¿Ven ustedes cómo para todo hay precedentes?

Las cualidades físicas del farol casi, casi son semejantes a las del buen orador. Un farol será más farol cuando dispone de un soporte alto, bien torneado y adornado, de cristales transparentes (unas buenas gafas dan siempre mucha prestancia doctoral), de luz potente, de cabeza artística y bien peinada, algo así como de un capitel corintio. Lo mismo exactamente que el orador. Cuando éste es de figura enclenque, bajillo, cabeza hundida sobre los hombros, ojos apagados, voz atiplada o de bajo, ¿cómo podrá prevenir a los oyentes en su favor? En cambio una figura elegante, erguida, cabeza bien peinada y perfumada e inclinada hacia atrás, acción y ademanes de suficiencia que sigan los altibajos de sus pensamientos y de su voz, ya tiene al público en su bolsillo. Lo mismo el buen farol. El buen farol tiene que ganar la primera batalla con su presencia. La segunda con su pose mayestática. La tercera con sus reticencias. La cuarta con sonrisas que dejen adivinar superior comprensión, talento, y hasta genio. La quinta consiste en desplegar su actividad en momentos oportunos.

De lo dicho se puede colegir cuáles han de ser sus cualidades intelectuales. Exigimos al orador talento, memoria fácil, formación sólida, erudición, lógicos razonamientos, que sienta lo que dice para que lo haga también sentir, afectos y sentimientos profundos, unción en sus palabras. El buen farol debe tener todas estas cualidades, pero con el signo *menos* delante. Es decir, debe aparentar talento, pero sin poseerlo. Debe tener memoria y sentido común, no para lucirlos sino para representar mejor la comedia, sin caer en planchas ni repeticiones que pudieran descubrir su vaciedad. Debe tener formación intelectual, no para demostrarla, sino para saber fingir que la posee. (Recuérdese lo que hemos dicho a propósito de la pedagogía del farol). De-

be tener erudición, pero una erudición muy superficial y sin digerir, que muy bien pudiera consistir en unas cuantas sentencias de Sócrates, algún artículo sobre el existencialismo, sin olvidar algún que otro párrafo de Vargas Vila. Debe tener discreción para elegir el momento oportuno para saber encajar su farolada. Debe haber oído hablar de la lógica y de los silogismos en Bárbara y, repetir siempre que pueda, la palabra *lógicamente*. Debe hablar mucho de sinceridad, para que crean que es sincero y siente lo que dice, pero dejando traslucir que es un farsante con buenas palabras en la boca y el corazón más seco que un esparto.

Toda la intelectualidad del farol debe cifrarse, como hemos dicho en otro lugar, en las formas o en las palabras y frases elegantes, en el silencio bien administrado, en la discreción, en los gestos y ademanes que demuestren que los aposentos del cerebro se hallan completamente vacíos... y con alguno que otro respiradero, según define la Real Academia.

En lo que respecta a cualidades morales, ya sabemos cuáles se exigen al orador. Vida intachable, que practique lo que dice, etc., etc. Al farol no se le exige que sea santo ni mucho menos. Al farol solamente se le exige que sepa disimular. Que diga buenas palabras. En su vida privada se le permiten muchas cosas; pero en su vida pública debe ser un buen padre de familia, un buen alcalde, un buen ministro. El farol ante todo no debe ser hombre de una pieza. Como los grandes edificios, debe tener muchos pisos, excelente mirador, frontis grandioso y magníficos subsuelos, donde tres y cuatro veces por semana se ejercite en la esgrima. Siempre que tenga actuaciones públicas debe cuidar de su buena presencia ante un espejo muy grande, donde se vea de cuerpo entero.

El buen farol es muy distinto dentro de casa que fuera de ella. En casa se le puede permitir la verdad, la sinceri-

dad y las confidencias. Fuera de casa hay que vigilar hasta el más ligero movimiento de los ojos y de los pies. No hay que perder de vista que el buen farol se paga mucho de las apariencias.

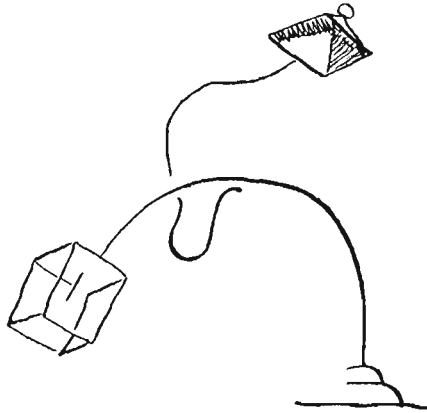
Y llegado a este punto quiero hacer una advertencia muy útil para que mis lectores se formen un buen criterio sobre los faroles. Se dice con frecuencia: *Este señor se paga mucho de las apariencias*. Lo que es como decir: este tío es un farsante de tomo y lomo, que no merece sino el desprecio. ¡Ah, lector amigo! Este criterio es totalmente falso. Esas apariencias, que tú denotas, son en la vida de sociedad, que te ha tocado vivir, absolutamente necesarias, no solo para poder medrar sino para poder vivir. Esas apariencias permiten sortear los mayores peligros en todos los cargos, aun en las altas dignidades sociales. Esas apariencias no sólo te pueden llevar al pináculo de la gloria, del poder y de la riqueza, sino que pueden hacer eternos en sus cargos a individuos inhábiles. Esas apariencias hacen el milagro de que señores que entraron en sus cargos con la noche y el día, pero con un buen bagaje de hipocresías y de simulaciones adquiridas en el vivero desde jovencitos, se encuentren en pocos años con una fortuna que es imposible que haya rendido su trabajo personal. Esas apariencias llevan a unos a figurar en el senado de hombres honorables de la ciudad en que viven, a otros a obtener estatuas en las plazas públicas, a otros a ser tenidos por hombres de ciencia, a otros a comer langosta en sendos banquetes, a otros a ser tenidos como modelo de buenas costumbres. ¡Oh milagros de las apariencias!

Es más, cuando alguno comete algún desliz, el público se indigna. Es el primero que grita: ¡Pero, al menos, que guarde las apariencias!

¿Qué otras cualidades exigirías tú, lector, a un farol bien plantado? Yo, la verdad, sin ser muy exigente le pe-

diría: ecuanimidad. Que ni pinche ni corte. Sonreír a todo el mundo. Muchos barriles de miel y ninguno de vinagre. Paciencia en los errores y las planchas. Escondese a tiempo. Salir oportunamente. Eternizarse en los cargos. A un buen farol no le tumban las más terribles tempestades.

Si tú, lector, conoces otras cualidades, espero que me las dirás para la próxima edición.



## XI

### MISIÓN PROVIDENCIAL

**A**un recuerdo—no sé por qué—el primer día de clase de Historia de la Filosofía, cuando el profesor, mitad en serio y mitad en broma, a manera de introducción, nos decía que esta asignatura era la historia de los errores y disparates humanos.

¿Tenía razón? ¿La historia de la filosofía no es una demostración clara y evidente de los esfuerzos del entendimiento humano para explicarnos las últimas razones de los seres? ¿Este afán continuo, perenne y siempre insatisfecho de nuestro espíritu, a través de los tiempos, cada vez superándose, para descubrir los secretos de la naturaleza, no demuestra su fecundidad, al mismo tiempo que su limitación? ¿Qué importa el error de unos, cuando ese mismo error sirve a otros de experiencia en el camino de la verdad?



*Lo que más me gusta de las fiestas son los gigantes  
y cabezudos.*



Siempre han llamado mi atención los fantasmas. Leyendo a Virgilio y a Dante he hecho poderosos esfuerzos de imaginación para representarme las almas que nos pintan en los lugares infraterrenos que visitaban, dándoles apariencias de cuerpos la luz insegura de la fría luna. También han llamado poderosamente mi atención otros libros de fantasmas, como el de Fernández Flórez y otros escritores de poderosa imaginación. No menos me han hecho meditar los gigantes y malandrines que veía Don Quijote, confundiéndolos a veces con molinos de viento.

¿Tienen estos fantasmas algún parentesco con los faroles? Aquí viene en mi ayuda la historia de la filosofía. Hay una filosofía oriental que nos habla de la reencarnación de las almas. Pitágoras plantea este problema en Grecia y de allí pasó a Roma. El libro VI de la Eneida es una magnífica realización artística de esa teoría. Anquises conduce a su hijo Eneas a través de un verde valle de los Campos Elíseos, donde se complace en mostrarle todos los espíritus que están allí esperando la reencarnación, como descendientes suyos y por consiguiente, dispuestos a caer sobre Roma, como blancas gaviotas, para tomar cuerpo y dar vida y realidad al Gran Imperio Romano. Esto que ocurrió en Roma ¿no ha podido y puede ocurrir también en Francia, Inglaterra, Rusia, Suiza... y España?

Dicen que el mundo de los espíritus es más numeroso que el de los cuerpos. De hecho los cuerpos, como materia que son, representan más uniformidad, menos individualidad, menor riqueza de caracteres. Además, es natural que los espíritus, como seres superiores, deben ser algo egoístas, independientes, refractarios a la ubicación corporal. Se hallan más libres; sin necesidad de trenes, de barcos, de aviones, autos o guaguas, se trasladarán con más facilidad de un lugar a otro. Son invulnerables a las balas, a los gases asfixiantes, a las bombas atómicas, a los ruidos calleje-

ros, a los mosconeos de los humanos. Carecen de pasiones, de las miserias, de los pecados y exigencias de los seres dotados de alma y cuerpo. No tienen que trabajar para obtener el sustento diario. Están libres de inflaciones y crisis financieras. Por consiguiente, en vista de los graves peligros y calamidades que cada día afligen a los humanos, se muestran también reacios cada día a la encarnación corporal. Así se puede explicar que los espíritus superiores abundan menos en nuestros tiempos. Que sólo adquieran cuerpo y vida terrena unos espíritus llenos de odio, ansiosos de vanagloria, de placeres y riqueza. Y, sobre todo, muchos espíritus, muchísimos, que no están llenos de nada, sino de viento, vanidad y soberbia. Así se explica la gran abundancia de medianías, la saturación de plebeyez y mezquindad que hoy trae al mundo de cabeza.

Hay, además, unos espíritus, muy pícaros y ladinos, que no quieren perderse nada. Desean ser espíritus para conservar todas las prerrogativas de los espíritus, y desean ser también cuerpos, porque también la vida corporal tiene sus aventuras agradables y dignas de ser vividas. Recuerde el lector, como ejemplo, la historia de los dioses griegos y romanos, que, siguiendo el ejemplo de Júpiter, anduvieron por la tierra y corrieron sus aventuritas con los hijos y las hijas de los hombres.

Pero este ejemplo, como puede entenderse fácilmente, no nos demuestra otra cosa sino la posibilidad de una vida anfibia, ocasional y oportunista de algunos seres, que pueblan la fantasía, la leyenda y la historia. ¿La historia también?—dirán algunos lectores—. Sí, señores; la historia también. Abran ustedes los ojos y verán aún en nuestros días las ciudades pobladas de seres anfibios. ¿Cuántos y cuántos hacen una doble vida? Una para el público y otra para su uso particular. Una en la superficie y otra en el subconsciente. Hay quienes simultanean la noche y el día.

Pero me desvió del tema. Hay ciertamente algunos espíritus que, o porque se sienten hastiados de la vida monótona que llevan en los espacios, o por saber a qué sabe esta vida, han obtenido del padre de los dioses, el privilegio de asomarse de vez en cuando a este mundo sublunar, y toman el cuerpo de fantasmas y se aparecen con sus cuerpos alargados y espectrales, como figuras del Greco, envueltos en nubes vaporosas o vulgares sábanas, vuelan sobre ciudades, se esconden en las casas desiertas, recorren los campos deshabitados, arrastran cadenas, dan aullidos de perros, emprenden carreras vertiginosas, siendo el terror de hombres, mujeres y niños, a quienes juegan bromas muy pesadas.

Hay finalmente otros espíritus, un poco más prácticos, que han obtenido un privilegio mucho mayor, a cambio de la pérdida de una parte de su independencia, de su agilidad y de su sutileza. Son los espíritus que pudiéramos llamar complementarios. No se encarnan totalmente, recabando para sí exclusivamente un trozo de barro, como los que animan los cuerpos de las plantas, animales y hombres, sino, con esa visión intuitiva que les caracteriza, recorren casas, calles, sociedades, centros de recreo y todas las agrupaciones humanas, Observan cómo hablan y se conducen algunos hombres más o menos imbéciles y desprovistos de materia gris, de seso y sentido común, y, sonriéndose unas veces y lanzando la carcajada otras, se dicen: *éste es mi sitio*. Y unas veces ocupan una parte del cerebro, otras la espina dorsal de un político. Hay quienes anidan bajo la melena de un poeta. Y no faltan quienes se aposentan bajo la blanca testa de un filósofo, de un sabio, de un orador, de un sociólogo o de un catedrático. Y entonces ocurre el milagro. El farol del pseudo-sabio, del pseudo-orador, del pseudo-poeta... comienza a esparcir su falsa luz y los faroles a alumbrar, consiguiendo con frecuencia los aplausos

de la grey humana, dando materia para los chistes de los ingeniosos, produciendo la sonrisa de los que están en el secreto de la fuente lumínica y el desprecio de aquellos hombres de una pieza que, no pudiendo contemporizar con el engaño, le vuelven las espaldas, se marchan a su concha si tienen su morada junto a los mares o a su torre de marfil si son de tierra adentro.

La vida, sin embargo, dicen que decía Shakespeare que tiene dos lados, la risa y el dolor. «Puede que en el humorismo—comenta alguien—esté el sentido exacto de ella y que esa sonrisa que fluctúa entre ambos sentimientos sea como la aguja matemática, leal y segura, que señala el fiel de la balanza». Si esto es verdad, necesitamos de unos seres intermedios, ni totalmente espíritus, ni totalmente cuerpos, que ejerzan sobre los hombres tan alta y útil misión providencial como es la de excitar el humorismo entre los humanos. ¿Han visto ustedes los gigantes y cabezudos que salen por esas calles durante las fiestas, con la algarazara de grandes y pequeños? Son las caricaturas de faroles inspiradas por esos espíritus providenciales. ¿No se han fijado en las pinturas de fantasmas de algunos artistas? Son esos diablillos del humor que están jugando con la inspiración de los artistas. ¿No han contemplado a esos señorones con sombrero de copa que en ciertas solemnidades se pasean por nuestras calles? Son verdaderos faroles que están cumpliendo con el rito de la farolada, obligados por el destino o por la providencia de esos espíritus benéficos.

Si a alguno de mis lectores no le agrada la misión que en nuestra sociedad ha sido encomendada a los faroles, que lo diga. Estoy dispuesto a rehacer este capítulo de la *Farología* e incluso a poner en manos de cada farol una escoba para que barran las calles. Siempre me ha gustado escribir a gusto del lector.

## XII

### ME HE COMPRADO UN LIBRO

He de ser sincero. No es lo mismo comprar un libro que comprar una casa. O comprar un trozo de terreno. O comprar en el mercado local un kilo de calabazas o de zanahorias.

El que compra una casa la ve antes, la mide, la pasea, se tienta el bolsillo... Vacila... Mide y piensa posibilidades y conveniencias, y, al fin, se decide a ir al notario, o dar media vuelta y meterse en casita con el rabo entre piernas.

El que compra un kilo de calabazas lo somete a examen, por si le puede resultar sabroso o no. Y, después de todo, si yerra, ¿qué puede ocurrir? Un par de pesetas menos (¡qué caras están ahora las calabazas!) y asunto concluido.

Pero, ¡ah!, la compra de un libro es algo muy singular.

Es un caso raro. Supongamos que un señor (las señoras no son tan aficionadas a estas compras) pasa por delante de un escaparate de librería, o se mete de rondón en la misma, llevado de su afición o impelido por la enfermedad que padece de ver y comprar libros, y se tropieza con una novedad literaria. Con el libro de que le han hablado los periódicos, poniéndole por las nubes. Con el libro que acaba de obtener el premio nacional o internacional del año. Libro magníficamente editado y espléndidamente presentado. Forma policromada y llena de luces. ¿Qué ha de hacer el hombre de mi anécdota, cuando el librero con su gran espíritu comercial se lo ofrece como una joya preciosa? ¿Cabe rechazarlo? ¿Es posible la vacilación y el juego de motivos? De ninguna manera. La actitud lógica del visitante es caer verticalmente, como la perdiz a quien el cazador ha roto un ala de un disparo certero.

Y ¡hay que ver la alegría, el gozo—ese gozo que solamente sienten los bibliófilos cuando mi hombre marcha hacia su casa con la joya que el librero le acaba de entregar! Ni un general coronado con los laureles de la victoria entra en su ciudad más ufano. Se sienta. Rompe ansioso el celofán que tanto contribuye al fascinador espejismo del libro. Lo abre de par en par. Lee la dedicatoria. Se dirige al índice para obtener una mirada de conjunto y se lleva la primera sorpresa. ¿Pero éste—dice para sí—es el contenido? ¡Dios mío, yo que creía que el plan era distinto! Se fija en uno de los capítulos. El que más atrayente le resulta. Lee. Sigue leyendo. Llega a la mitad del capítulo, y el alma comienza a caérsele a los pies. Se desinfla su optimismo. Pero, en fin,—se dice—veamos otro capítulo. La impresión pesimista sigue acentuándose. No cabe duda—se dice—he sido objeto de un engaño. Lee el prólogo. El prólogo expone el ideal del autor. Suele ser ambicioso y puede producir en el lector gran interés por la obra, aunque ésta, en su rea-

lización, resulte rana. Pero el prólogo no es otra cosa que un empedrado de altisonancias, cuando no de lugares comunes, de campanadas y faroleos. Le da vueltas y más vueltas al precioso libro, hasta que llega a una conclusión:—Me he lucido. ¡Oh, mis dulces y amadas pesetas, dulces y alegres cuando sonabais en mis bolsillos!

O sea en romance claro y paladino. Se trata de un libro farol. ¿Un libro farol? Sí. Un libro de esos que sirven de ornamento a los escaparates. De esos que brillan y deslumbran a los ciudadanos pacíficos que pasean por las calles para tomar el aire y el sol. De esos que sirven de señuelo engañoso para hacer picar a ciudadanos honrados. Mucho celofán, mucho lujo tipográfico, excelente papel y arte decorativo; pero de contenido, ni hablar. Es su contenido parrafadas altisonantes, repletas de citas de grandes escritores, términos huecos, vacíos de ideas, lugares comunes expresados en barroco, adjetivos que parecen flores de papel, por su falta de verdad. Total, un libro que habla mucho a los sentidos y nada a la inteligencia.

Pero como dice nuestro indulgente y humanísimo Cervantes, no hay libro por malo que sea que no ofrezca algo bueno. Y nuestro libro tiene cosas muy buenas. ¿Sí? Sí, señor. Un Gómez de la Serna haría con el libro farol cosas maravillosas. Es sabido que Gómez de la Serna hace acopio de materiales para sus sentidos mientras escribe. ¿No han visto ustedes como tiene tapizadas las paredes de su despacho? ¿De dónde si no salen sus magníficas greguerías? Gómez de la Serna lo primero que haría con un libro farol sería desencuadernarlo. Arrancaría primero sus magníficas portadas y tomando una chinche las pegaría de la puerta de su despacho. Después iría haciendo lo mismo con las láminas de ilustración y acabaría con las letras grandes y cursivas del prólogo, tapizando parte de las paredes de su cuarto de trabajo. Puede que llevara también algunas pági-

nas al dormitorio, al comedor y a otros sitios de mucha menos categoría. Desde luego la página más rimbombante la colocaría sobre su calendario, escribiendo al pie: *Dichoso aquél que tiene a flote su casa y puede imprimir sin restarle un céntimo los engendros de su meollo en tan magníficos tipos. Este es un ejemplo vivo de los caprichos de la antojadiza Fortuna. A veces se enamora de uno de esos postes que dan luz cansina en la calle.*

Yo, la verdad, soy más piadoso. Yo no analizaría tan materialmente el libre farol. ¡Para qué cometer tal descuartizamiento! Para mí un libro es un ser vivo, con personalidad propia y con una misión que realizar. ¡Oh si se pudiese utilizar tan preciosos materiales volviéndolos de nuevo a materia prima para ser utilizados en cumplimiento de sus verdaderos fines! Pero, como esto es irrealizable, me contento con buscarle en mi biblioteca un lugar que tengo preparado para los libros de humorismo.

Gómez de la Serna puede hacer con ellos todas las greguerías que quiera; yo, como Marcial, les suelo colocar sobre un farolito rojo, para que rían a su costa cuantos visiten mi despacho. Y si algún día—Dios no lo quiera—llego a tener alguna autoridad en la república de las letras, mandaría hacer un gran escrutinio de libros faroles, los amontonaría en la mejor y más amplia plaza de la ciudad, haría sonar las campanas de todas las iglesias, atronarían el aire con cohetes, haría pasar por sus últimos rincones un pregón de esos que se usan ahora para las grandes fiestas, precedido de gigantes y cabezudos, obligaría a asistir a todos los ciudadanos y forasteros que casualmente se hallaren en la ciudad, y en presencia de las multitudes y después de haber agotado bastantes bidones de gasolina, daría el espectáculo de una hoguera monumental, en medio de una bullanguera y alegre noche de San Juan.



## XIII

### FAROLAS INSULARES Y ULTRAINSULARES

¿Influye la insularidad en los faroles? ¿Se diferencia un farol de la ínsula de otro farol de la península o del continente? Esta pregunta parece que quiere decir que el nacimiento, la educación, el ambiente influye en los faroles. En realidad el que nace y se educa para farol, farolea lo mismo, o hace las mismas faroladas, nacido en la ínsula que en el continente. Y aunque la farolada requiere un clima y un ambiente apropiado, el farol, el cabeza vacía, donde quiera que actúe, lo mismo en Las Palmas que en Madrid, es el *risum teneatis* de las personas graves y sensatas. Sin que valga el adagio de que en el país de los ciegos el tuerto es rey. Aun los más incultos tienen un certero instinto para distinguir al que da trigo del que no da sino palabras.

También es evidente que el farol que emite sus rayos

en la cumbre de una montaña es muy distinto del colocado en sus faldas o en su base. En el orden farolero la cima es Madrid. Y después, en plano inclinado, las otras poblaciones de importancia, Barcelona, Sevilla, Valencia, Bilbao... hasta llegar al último pueblo de España. Desde la poltrona de un ministerio cualquiera, desde la cátedra de universidad, desde el bufete de un abogado o el despacho de un médico de la capital, hasta la alcaldía de la última aldea hay una gama infinita de farolismo.

Podríamos muy bien imaginarnos el paisaje de la farolidad, si hiciéramos un gráfico compuesto de diferentes círculos y en el centro de cada uno de los cuales colocáramos una figura de orador en plan peroratorio, con cabeza de farol, dirigiendo la palabra a una multitud, más o menos numerosa, según la magnitud del círculo. ¿No es verdad que el círculo que corresponde a Madrid y a un señor ministro sería el mayor de todos? En cambio el farol de Burgo de Osma, de Coria o de Osuna apenas es oído por unos miles de ciudadanos. Como se ve, hay una geografía de faroles y hay categoría de faroles, probándose una vez más, que aun con signo negativo, la igualdad entre los hombres es una mentira.

Pero acerquémonos cada vez más a nuestro tema. Convergamos, desde luego, que el farol de Peñaranda o Peñarroya puede tener la misma categoría social que el de Las Palmas, por la potencialidad de sus rayos, por la extensión social de su auditorio, por la misma naturaleza de farol. Pero ¿no se distinguen por su cualidad, por su carácter? El ambiente continental que da vida al uno no se diferencia del ambiente insular que rodea al otro? A mi modo de ver se trata de un caso de psicología diferencial. Es indudable que el gallego farolea de distinta manera que el andaluz, el castellano que el vasco, el catalán que el extremeño, el valenciano que el canario. Planteada así la cuestión, es tan

evidente, que no hay sino abrir los ojos y ver o abrir los oídos y oír. Otra cuestión sería dilucidar quien farolea más si el vasco o el andaluz, el extremeño o el catalán, etc. Pero como las comparaciones son odiosas, hagamos sobre ellos el silencio. Otro caso nos da el hecho que salta a la vista. Un vasco farolea mejor en Andalucía que en Vitoria, un andaluz farolea admirablemente en Canarias, un castellano farolea más hablando de historia de España que de agricultura, un catalán contando las excelencias de su actividad industrial, un gallego contando lo que vió por las Américas, un canario hablando de las delicias de sus islas Afortunadas. Y todo farol farolea mejor fuera de su tierra, por aquello de que

*El mentir de las estrellas  
es un bonito mentir...*

Y ya en este discurrir de la farología a distancia, los canarios somos testigos de gran autoridad. Nos hallamos a muchas millas de la Península, hemos adquirido a fuerza de tratar a todo el mundo un sentido más aguzado de la sociabilidad, fruto del cosmopolitismo insular, y que se parece mucho a un escepticismo saludable, que nos pone en guardia contra los faroles de las cuatro partes del mundo, y especialmente contra las faroladas de nuestros hermanos de las regiones peninsulares. A veces, al producirse el primer contacto los confundimos con agentes de comercio y comisionistas, que nos quieren colocar sus géneros y artículos a fuerza de una oratoria dulzona, insinuante y ceceante. Luego, corregida esta primera impresión, asoma a nuestro rostro una sonrisa irreprimible cuando comienza la actuación farolera. Quien se nos acerca, deja su casa y su tierra porque tiene necesidad de buscarse la vida, como todo hijo de Dios, de cumplir una misión que se le ha

encargado o simplemente porque tiene derecho, como todo ciudadano español, a vivir en la parte de territorio que le convenga o le dé la gana. Es natural. Si sale uno de su casa, de su región o provincia es porque le obligan, o porque tiene necesidad, o porque le da la gana, o... Pero no para hacer la propaganda de su bienestar anterior, para colocar discos sobre su ascendencia condal o principesca, o para traer la felicidad a los lugares y países que visite.

Imagine el lector la cara que pondrá uno cuando se le mete en la casa de rondón un señor enteramente desconocido, o se le acerca en la calle o en el café o en la tertulia, y a la primera de cambio le espeta a uno el siguiente discurso, alrededor de su *ego*: «Mire usted, yo soy de Extremadura. Allí se está muy bien. Pero que muy bien, ¿sabe usted? Mi padre es muy rico. Tiene diez mil cabezas de ganado, cincuenta mil hectáreas de terreno, bastantes automóviles, muchísimos empleados. Los bancos no le admiten más dinero. ¡Y unas relaciones! Bueno. Es amigo íntimo del ministro de Agricultura. Se tutea con los de Obras públicas y Trabajo. Por cierto, que un día el de Justicia le propuso hacerle marqués, pero mi padre le dijo que no lo aceptaba. ¡Mi padre tiene un ojo! Es que, sabe usted, aunque los condes y los duques han vuelto a usarse en España, hoy, tener un título es un peligro». Y así sigue nuestro hombre desgranando su fachendosidad farolera, mientras el canario, o los canarios que le escuchan, hacen esfuerzos por contener la risa y su habitual socarronería almacena palabras y dichos para reír unas cuantas jornadas. ¡Oh, cuántos duques y condes con alpargatas nos visitan durante el año! Y una vez más nos hemos alejado del tema propuesto. Pero si no discurrimos sobre el farolismo de los extraños ¿cómo dar las notas diferenciales del nuestro, del insular? Hay una nota muy destacada y, por cierto, vulgar de farolismo en los canarios que regresan de las Américas, del extranjero o, simplemen-

te, de la península. Es muy conocido y muy vulgar el tipo del «indiano» que vuelve de América vestido de ropas claras, sombrero de paja, cadena de oro atravesada al pecho, las manos llenas de anillos y una sonrisa de sábelo todo en el rostro, para enseñar su dorada dentadura. Cuenta aventuras maravillosas, se las echa de rico y se deja explotar cándidamente por bares y cafés. Otro tipo de farolada es la de aquél que ha ido al extranjero o llega encantado de su visita a París y Londres, donde ha gozado una vida digna de vivirse, y no esta cochambrosa vida española. En el extranjero se ven las cosas de otra manera, aunque se pasen las noches de claro en claro, en uno de los peores barrios, donde las chinches y olores nauseabundos no dejen pagar los ojos.

Pero la farolada canaria más digna de admiración es la del que regresa de la península y de la villa y corte, donde se ha codeado con las primeras figuras nacionales de la política, de las artes, de las ciencias, del periodismo, sin que le quedara tiempo, entre invitaciones, paseos, cenas y comidas, para arreglar sus propios negocios. No faltando entre estos buenos e ingenuos faroles canarios aquél que ha recibido las más gratas confidencias de las altas personalidades de la nación sobre política, asuntos económicos o financieros, aquél que ha obtenido en las altas esferas del poder promesas y concesiones, hasta el punto de decir muy orondo que se trae en el bolsillo el secreto para hacer de nuestra provincia la más próspera de las provincias españolas. Unas veces, estos personajes isleños difunden la buena nueva entre sus incondicionales, imponiendo el secreto, que da más relieve y verosimilitud a la farolada; otras, dan a sus declaraciones carácter de interviú en la prensa, interviús a que, naturalmente, se ha resistido su habitual modestia y humildad, pero que el atrevimiento y la indiscreción de los periodistas las ha llevado al público contra su voluntad.

Descartando este farolismo que pudiéramos llamar importado, puesto que lo adquiere el canario al regresar a sus islas, o por el natural deseo de justificar sus andanzas fuera de ellas, o por engrandecerse ante sus conciudadanos con los bañitos adquiridos durante su esporádico turismo, creemos que hay también un farolismo netamente insular. Este farolismo, a mi entender, se caracteriza por su seriedad y reserva. No es tan explosivo como el andaluz. Tiene mucho de fachada estática que pretende que la observen, que la admiren y den culto. No toma iniciativa; pero agradece que otros aplaudan sus faroladas. Es el caso del hombre que se cree en posesión de una ciencia, del aficionado a las letras o las artes de formación autóctona, completamente desprovisto de base universitaria y aun de bachillerato, donde los maestros infunden las más sólidas tradiciones e impiden a los que les oyen caer en errores que difícilmente pueden evitar los autodidactos, a fuerza de leer o de revolver papeles o quemarse las cejas en sus investigaciones individuales, por meritorias que sean. Como estos aficionados están dotados de ciertas cualidades naturales, especialmente de gracejo, y han almacenado un par de docenas de anécdotas, que espetan *velis nolis* al primero que topan, van adquiriendo cierto relieve social, llegando algunos a hacerse necesarios en las tertulias y escasas sociedades culturales con que contamos.

Formados en este ambiente de aislamiento que padecemos, o sea por la falta de intercambios culturales con hombres de la península o del extranjero, aupados por estos aplausos semifamiliares que reciben de sus conciudadanos, fáciles al elogio y a la admiración, estimulados por las enhorabuenas que han recibido por algún articulito que han publicado en la prensa local y aun por los elogios de esa misma prensa inhabilitada para la crítica seria a causa de la estrechez del campo social en que vivimos, impulsa-

dos por su osadía que nadie se atreve a contener, aunque muy privadamente y entre amigos les roan y ridiculicen, el farol insular va adquiriendo cuerpo y autonomía, hasta que llega un momento en que la autoridad de un Don Nadie es indiscutible en las ciencias, las artes, las letras, la poesía o la oratoria, la política y el foro. No se hace nada sin consultar su opinión. Y, cuando se le requiere para ello, es de ver cómo recibe a sus visitantes, cómo se balancea en su trípode, cómo carraspea y sonríe, como saca el pañuelo del bolsillo y limpia las gafas, cómo hace preguntas entre silencio y silencio, cómo entrevera sus anécdotas favoritas y siempre repetidas, cómo esgrime la sátira y la censura para sus competidores, especialmente jefes y técnicos de su misma profesión, venidos de otras provincias, cuya fama y autoridad echa por los suelos, cómo responde con frases sibilinas que hacen abrir los ojos y la boca a los papanatas y sugestionados consultantes.

—¿Fuiste a la conferencia de don Antonio?—No, no pude asistir.—Chico, ¡qué cosas! dijo! Figúrate que estuvo hablando dos horas de los pozos artesianos y nos dejó a todos turulatos.

Luego se averiguó que don Antonio había traducido su conferencia de un libro francés que figura en los estantes del Museo Canario.

—¿Has leído el artículo de don Agapito?—Sí, es algo magnífico. ¡Qué estilo, cuantas citas tan oportunas, qué profundidad de ideas, qué párrafos más rotundos!

Y algún mal intencionado, y, con mucha socarronería en el cuerpo, se dió semana tras semana a hojear revistas literarias del tiempo viejo y al fin fué premiado con el hallazgo del gazapo—y aun de la liebre—en una revista llena de polvo del Gabinete Literario.

—¿Has visitado la exposición de don Anacleto?—Aun no; pero he leído los artículos encomiásticos de la prensa.

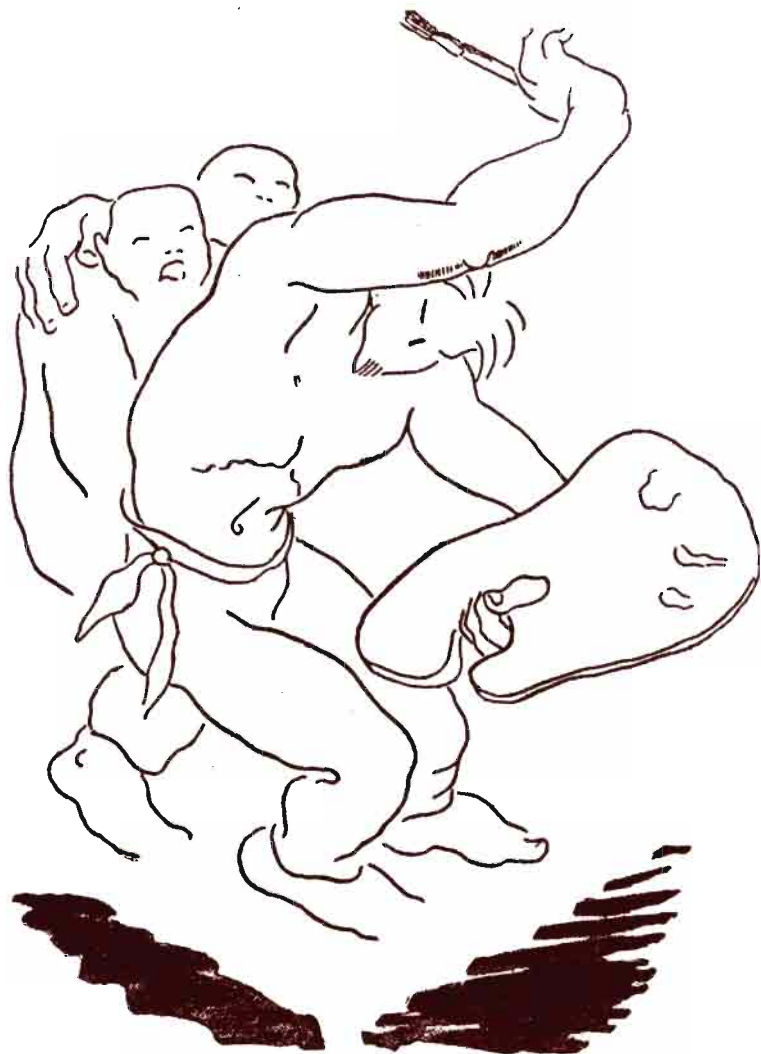
Por cierto debe ser algo sin precedentes, pues se le compara con Sorolla, con Goya y Velázquez. Es una gloria canaria. Figúrate que uno de sus bodegones presenta unas sandías, que sólo con verlas quitan la sed.

Y así podemos ir recorriendo las diversas autoridades-faroles. La de aquel orador que después de haber perorado una hora haciendo dar a sus brazos más vueltas que las aspas de un molino un día de ventolera, si se exprime su discurso todo su jugo cabe en un dedal; la de aquel hombre de ciencia que se pasa todo el día demostrando a los ingenieros que no saben trazar un camino vecinal; la del arqueólogo que debajo de cada piedra encuentra huellas e inscripciones guanches y en cada precipicio se complace en gritar Atis Tirma...

¡Oh, mi buena, mi buenísima tierra canaria! ¡Quién tuviera la inspiración del mejor de los poetas para elogiar las bellezas de tus campos, la magnificencia de tus montañas y tus valles, la fertilidad de tu suelo, el ingenio y el talento de tus hijos, la laboriosidad de tus habitantes, la multitud de tus encantos! Y, si es cierto que produces algún que otro farol, también es cierto que sus faroladas son más bien ingenuas e inocentes, y, a veces, llenas de candidez y hasta de sinceridad y primitivismo que les da cierto encanto poético.

Pero, a mi entender, lo que más caracteriza a los faroles canarios, aparte de su nota más o menos primitivista, es que en su mayoría se trata de *faroles apagados*. ¿Faroles apagados? ¿No se trata de algo contradictorio? Faroles apagados, o, si el lector lo prefiere, inéditos. Es decir, que en medio de este ambiente semicasero que ofrece la sociedad canaria, cada generación nos presenta, en algunas profesiones, hombres que todos hemos convenido en llamar hombres de talento, hombres cumbres, que pasan por la vida aureolados con el fulgor de la ciencia, nimbados con





*Y ¿qué diremos de los artistas? Con frecuencia conjugan también el verbo farolear*

la fama de grandes oradores, de extraordinarios poetas, de egregios periodistas, políticos, humanistas, de grandes ingenieros, abogados y médicos.

—¿No conoce usted a ese señor?—¡Ah, ése que va por la acera de enfrente con paso tardo, prosopopéyico, pensativo?—No, no lo conozco. O mejor, no tengo el gusto de conocerlo. ¿Quién es?—Es uno de nuestros mejores médicos, o una gloria del foro, o del púlpito, o un gran político, o un traductor de Virgilio o de Persio...—¿Ha escrito muchas obras?—No, no ha escrito ninguna; pero es un genio. —¿Dónde lo ha demostrado?—Hombre, en su vida profesional.—¿Qué puentes ha hecho? ¿Qué edificios ha dirigido?—No, no ha hecho ningún monumento, pero tiene mucha fama. Es un pozo de ciencia. Dicen que sabe muchas matemáticas, mucha geología, mucha teología...

Es decir, que todos estos grandes hombres son faroles sin luz, faroles apagados. Y, ¡cómo se les recuerda después que han pasado a mejor vida!—¿Quién? ¿Don Fulano? ¡Qué hombre! De esos ya no se estilan. ¡Qué inteligencia, qué cerebro, cómo resolvía todos los asuntos y problemas!—¿Ha dejado algo donde se pueda apreciar su talento?—No, no ha dejado nada. Y su fama proseguirá faroleando a través de las generaciones.

Y no serían faroles si hiciesen frente con denuedo y sinceridad a un ambiente hueco y vacío de realidad. Pero lejos de eso, lo aceptan, lo fomentan. Se hinchan como ranas, y llegan a creerse unos genios, aceptando los adjetivos mas hiperbólicos.

Es el caso de aquel señor a quien le preguntaba un periodista:—Bueno, Don Aurelio, ya sé que prepara algunas obras.—Sí, sí señor. Tengo en preparación cuatro novelas, algunas comedias, y puede que alguna epopeya.—¿*In mente* o ya próximas a publicarse? *In mente*, es decir, todo lo que he hecho cabe en una cuartilla. Las obras hay que pensar-

las bien para que salgan bien. Y han pasado muchos años y las obras de Don Aurelio siguen muy tranquilas en el limbo de su mente.

Lo mismo ocurre con muchos de nuestros grandes hombres. ¡Cuántas obras se han llevado *in mente* a la tumba.

Y es lo que dirán ellos: ¡Para dar a luz esos fetos que andan por ahí impresos!



## XIV

### ¡NO HAN FLORECIDO LOS FAROLES!

Con este epígrafe leemos en «Destino» un corto lamento humorístico sobre el «abandono» e indiferencia en que los ediles de Barcelona tienen a los faroles de sus calles y plazas. El autor del articulito exhibe una razón potísima. «Estamos—dice—en Primavera—(con mayúscula). Si se llenan de flores y de hojas los árboles de nuestras calles y avenidas y jardines, ¿por qué «el globo de cristal», esa «irrisoria fruta eléctrica de los faroles, que es la bomba de cristal, no remata la verticalidad desnuda de múltiples faroles urbanos?»

No se pueden decir las cosas con más retórica ni más persuasión. Los concejales barceloneses, al leer esto, se habrán dicho: este chico de la prensa no puede decir las cosas con más humor, con más cortesía, con más delicadeza. Hay que atenderle.

¡Cómo cambian los tiempos y los modos! Antes para llamar la atención del alcalde sobre unos faroles que no funcionaban se decía esto, poco más o menos. «Señores concejales, señor alcalde: nuestras calles y avenidas están a oscuras. Los transeúntes estamos expuestos a rompernos a cada paso las narices y las gafas contra una esquina. ¿Es que los ciudadanos no tenemos derecho a que se nos alumbrén nuestros caminos? ¿Es que no estamos en el siglo del progreso y de la luz? ¿Es que no contribuimos todos con nuestro óbolo al municipio para que el municipio a su vez, o sea el procomún, atienda nuestras necesidades mínimas?»

Hoy las cosas marchan por otros caminos. En la edad de los faroles ya no se puede hablar de derechos y deberes ciudadanos. Eso sería una cursilería contraproducente. Hoy, para obtener un resultado eficaz, se acude a esa facultad superior del hombre, al humor, que bien manejada penetra en lo más profundo del alma, moviendo voluntades y jugando con ellas, como un niño se divierte con una pelota. ¿Verdad que es algo peregrino el hecho de que un concejal quede convertido en una simple pelota? Son muchas y divertidas las cosas que se observan en esta edad farolera.

Si no ved cómo nuestro gacetillero le da vueltas a su contundente argumento. ¿No estamos en Primavera? ¿Verdad que sí? Pues en Primavera florece todo. Hasta las piedras. Toda la naturaleza tiene una sola alma. Y cuando esta alma se siente influida por los rayos del fecundo Febo, los árboles, los hombres, los animales, las plantas más humildes, la tierra, las piedras, las cosas y hasta los palos del teléfono se sienten pletóricos del dios, y todos ríen, unos con risas verdaderas, otros con palabras, otros con gritos inarticulados, otros con luces y fosforescencias... entonando todos el himno de la fecundidad y de la alegría. ¿Por qué han de ser, precisamente, los faroles una excepción?

«El Ayuntamiento—dice—debe velar por la primavera

de los faroles» ¡Indudablemente! Todo ayuntamiento es una providencia. Especialmente de aquellos seres que necesitan una tutoría especial. Veamos. El hombre, con su razón, es una providencia de sí mismo, y por eso se cuida él mismo de su propia primavera. De ahí que se vea andando por esas calles tanto hombre verde, algunos verdosos, otros verdeantes, no faltando algunos que, como símbolo de su primavera, se adornan con flores las solapas. El mismo Dios se cuida de la primavera de los animales, de los vegetales y de las piedras y seres inanimados, dando a los unos una alegría retozante, a otros los viste de hojas y de flores, y a los demás les da una tersura y brillantez que encanta nuestra vista. Pero de los faroles ¿quién se cuida? ¿Quién es la providencia de los faroles? No se puede ocupar Dios porque no son criatura suya, ni el hombre, porque no son cosas de su incumbencia, sino del farolero. Luego el ayuntamiento, mediante los faroleros, es la providencia de los faroles.

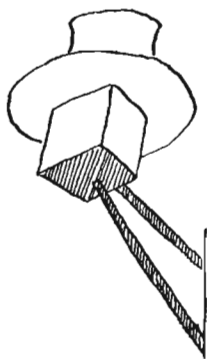
Algunos ayuntamientos resuelven este problema desde el mismo día de su constitución. Es sabido en qué se emplean las primeras sesiones de un ayuntamiento. Se nombran o se divide el ayuntamiento en comisiones. Un grupo de concejales se ocupará del agua, otro de los jardines, otro del barrido de las calles, otro del alumbrado y de los faroles, otro... Es decir que cada concejal, se coloca en la casilla de sus aficiones particulares. De modo que no tiene nada de particular que, al constituirse la comisión del alumbrado, haga el alcalde esta pregunta: ¿Hay algún señor concejal farol, que quiera ocuparse del alumbrado público? Y tampoco tiene nada de particular que le conteste algún novel concejal con una risita conejil, y cuyo fuerte es hacer gracias y chistes, que él tiene aprobada la asignatura de farología y por consiguiente tiene más derecho que ninguno para ocupar un cargo en la comisión de faroles. Y, enton-

ces, el señor alcalde dice cargado de razón: *Esto para que hablen de nuestro vivero de faroles.*

Y, dicho esto, a manera de episodio, sigamos comentando el articulito del periodista barcelonés. «En invierno—dice—tales espectáculos (los faroles sin fruta o sea, sin luz en el pináculo) propenden a ser incluídos en el dramatismo circundante.» (¡Muy bien!) «Los árboles mismos, con su ramaje mutilado, parecen empeñados en correr la idéntica suerte a la del frío y decapitado farol». Exacto. En el drama universal todo debe ser concordante. En invierno todo convida a dolor y tragedia. Las nubes ocultan el sol, la lluvia, cuando la hay, todo lo moja y las cosas pierden blancura y alegría, los árboles mutilados parece que se yerguen amenazantes en el espacio, los transeúntes embozados, los niños reclusos en sus casas, dando que hacer a las mamás, los perros que apenas mueven sus colas, los tranvías chirriantes donde los hay... ¿Qué más puede hacer un farol en invierno sino cortarse la cabeza para no desentonar en drama tan sombrío?

Pero ¡ah! cuando llega la primavera el farol debe recobrar su cabeza. Y, dentro de esa cabeza, debe el ayuntamiento poner una bombilla. ¿Una bombilla? Sí, una bombilla, porque, la verdad, no estamos conformes con nuestro periodista en lo de «fruta eléctrica irrisoria». Si se tratase de otoño, bien. Las frutas en otoño y aún en verano, van bien. Pero en primavera las frutas nos parecen muy prematuras. Claro que hay faroles que dan fruto en todas las estaciones, inclusive en invierno. Ejemplo: el concejal de chistera de que antes hablaba. Pero esto ocurre en Canarias donde la benignidad del clima casi ha borrado las estaciones. Creo que en Barcelona las frutas en invierno serán imposibles. Aquí, sí. Aquí hay faroles muy fecundos y facundos, que dan frutos en cualquier estación del año tan dulces como el almíbar.

Esto de la primavera de los faroles es estupendo. Desafía todas las metáforas y gongorismos de la más florida decadencia.





## X V

### NUESTROS CIGARROS Y EL PAPEL CELOFÁN

No hace mucho leía yo en la prensa una noticia importante. En Burgos, o cerca de Burgos—yo en geografía no ando muy fuerte—se había inaugurado una fábrica de celofán. Y terminaba el gacetillero, como es de rigor terminar en estos tiempos de agudo patriotismo, entonando un himno a la industria española, que sube como el arroz, o, si al lector le parece menos gastada la metáfora, como la espuma.

Tenemos, pues, papel celofán nacional. ¿En abundancia? Es de suponer. Cuando los españoles nos disponemos a hacer algo, lo hacemos bien. Y en abundancia. Ahí está para probarlo la investigación científica que en inventos y originalidades supera a la investigación alemana. Cada día se registran en España cientos de patentes. Le damos

al mundo nuevas teorías y nuevas explicaciones de los fenómenos naturales.

Y lo raro de nuestro poder creador es la celeridad. Otros investigadores se pasan años y años en busca de una fecha, de un microbio o de una causa que se les resiste. Nosotros, no. Nosotros, además de aventureros, somos intuitivos. Nos basta dar un paseo en camello, en burro o en bicicleta, para encontrar al borde del camino, si no la piedra filosofal, algunas de sus hijas o nietas.

¡Una fábrica de celofán! No sé si es de Burgos o de alguna fábrica extranjera el celofán que emplea la industria canaria del tabaco. Desde luego, si no es peninsular, bien puede serlo, pues a los canarios nos pueden ganar en fútbol, pero en patriotas, hasta la fecha, nadie nos ha ganado. ¡Cómo que todo peninsular que arriba a nuestra isla, al marcharse, se cree obligado a hacer esta declaración: «A pesar de la distancia de la Península el españolismo de los canarios se mantiene erguido y perenne».

Como se sabe el celofán ha llegado a ser un símbolo de nuestros tiempos. Un objeto envuelto en celofán no parece sino algo que nos acaba de llegar de Oriente, lleno de ensueños, como un regalo de los Reyes Magos. En otro capítulo he hablado de los libros cubiertos de papel celofán. ¡Cómo resalta su mérito y presentación! No hay libro malo cuya cubierta exterior sea de celofán. ¿Y los ramos de flores? Es el colmo. Las flores, lo más bello de la naturaleza, después de otras muchas cosas que hay también muy bellas, cubiertas de celofán se meten por los ojos, como un encanto mágico. ¿Y los dulces? Los dulces son más dulces y apetitosos. Los escaparates brillan como soles. El celofán, lector, es la varita mágica que exalta hasta lo infinito el valor de las cosas.

Pero he aquí que un buen día cae en mis manos «Destino», la simpática revista barcelonesa, de la que son tan

devotos los periodistas noveles y muchísimas personas de buen gusto, que echó un jarro de agua fría a mi entusiasmo por el celofán. Es que uno de sus redactores—sabido es que un redactor no se puede permitir muchos lujos—se compró una caja de puros de marca canaria. Estos puros estaban envueltos en celofán. Y el celofán los hacía parecer legítimos habanos de Vuelta Arriba. Mi hombre se quedó atónito al saber el precio de los mismos, y se dijo para sí: «¿Será verdad tanta belleza?» Cuando marchaba a su casa con la cajita de puros en la mano, el gozo le reventaba por el cinturón, la boca se le hacía agua y la nariz, toda perfumes y aromas. La tiraba al aire. No se cansaba de mirar y palpar la finura del papel y la policromía exultante de la cubierta. ¡Con qué euforia saludaba a sus amigos y conocidos! Se sienta a la mesa y siente un apetito devorador. La señora se siente aliviada del reuma por tanta alegría e inquiera la causa:

—He comprado una caja de tabacos habanos por poco más de nada. Alguna vez ha de gozar uno también de los placeres que ofrece la vida.

Al fin llegó la hora de encender un puro. Quita el celofán, corta la punta del puro, rasca una cerilla y empieza a chupar con delectación e ilusiones. Ni Winston Churchill se ha sentido jamás tan satisfecho como el redactor de «Destino». Pero, ¡qué poco duran las glorias y placeres humanos! Nunca se ha podido decir con más rigor aquello de que la vida es humo y nada más que humo. Porque el cigarro de nuestro hombre ardía tan velozmente que se iba, se le iba de las manos, de la boca y de la vista. El humo salía de él como de una chimenea mal encendida y el aroma oriental, cuyas delicadezas él presumía tan anticipadamente, era más bien humo de pajas, espeso y mal oliente. La euforia se trocó en desasosiego, primero, y después en indignación. La comida comenzó a indigestársele y de su

boca salían improprios contra las labores canarias, contra los industriales canarios, contra el celofán y contra la mentira, el engaño y el faroleo.

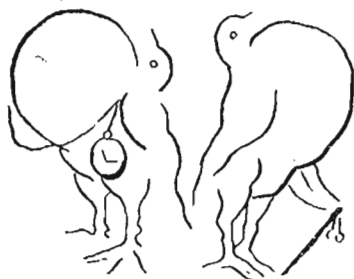
Se ve que el redactor de nuestra anécdota era un buen catalán. Pretendía que por 50 pesetas le dieran 25 habanos de Vuelta Arriba. No, querido amigo. 50 pesetas son 50 pesetas. Y 25 puros con celofán son 25 puros sin celofán. ¡Por Dios, que ya es difícil engañar a un catalán de pura cepa, con el sentido práctico que ellos tienen! Nuestro hombre tenía que ser periodista y mirar las cosas con gafas de celofán. ¡Si la fábrica de celofán no estuviese en Burgos, sino en Barcelona, otro gallo hubiera cantado al periodista de «Destino»!

Y mi hombre comienza a meditar en la revancha. El caso no podía quedar así. Los industriales canarios no se ríen impunemente de los catalanes. Que un francés, un suizo o un italiano presente bien sus productos, nada tiene de particular. ¡Pero los canarios! De ninguna manera. Eso es un pecado mortal. Los extranjeros pueden hacer toda la propaganda de sus productos, aunque éstos no valgan nada. Los canarios, los españoles en general, no. Pero para mí el gran pecado de los industriales del tabaco canario no es envolver en celofán sus puros, sino en venderlos tan baratos. Si la cajita de puros en cuestión le hubiese costado a este señor 300 pesetas, en lugar de 50, la cajita hubiese seguido hasta la fecha en el escaparate, metiéndose por los ojos no sólo de un redactor, sino de todos los directores de periódicos de la ciudad condal; hubiese alcanzado muchos elogios de sus plumas, al contemplarla a tan respetuosa distancia, o, por lo menos, no hubiera sido objeto de burlas de menor cuantía, como ésta de origen antediluviano:

—«Aunque los puros canarios se vistan de celofán serán siempre puros canarios».

¿Te gusta, lector? Pues a mí maldita la gracia que me

hace por muy mona y muy ñoña que sea. Ni el celofán es la seda china, ni los puros canarios son canarios y, mucho menos, monos. En lo que sí estoy conforme es en que los monos son monos, lo mismo en Barcelona que en el centro de África. Y el que no pueda fumar puros de buena marca que oxigene sus pulmones con paquetillos de la Tabacalera.



## XVI

### MÁS SOBRE EL CELOFÁN

Y seguimos con el celofán. El asunto lo merece. Dije en mi artículo anterior que el celofán es un símbolo de la vida moderna y queda la afirmación en el aire, o mejor dicho, suelta al correr de la pluma, ocupada en el desarrollo del tema principal. El industrial acude al celofán para producir el espejismo en sus marcas de habanos. El impresor para deslumbrar al visitante de escaparates de librerías. La florista para marear a los compradores de flores con la policromía de sus confecciones.

¿Son solamente éstas y otras similares profesiones las que emplean el celofán para producir efectos mágicos? Se ha llegado a casos verdaderamente grotescos en el uso del celofán. Hace poco leíamos en la prensa que algunos traficantes de lo divino y lo humano han llegado al extremo

en materias gastronómicas de vender chorizos y jamones envueltos en rico celofán, con una etiqueta que decía: «Jamón especial Jubileo».

¿No ocurre lo mismo en las profesiones llamadas liberales con otro celofán de muy distinta naturaleza, porque no se produce en fábricas, sino que brota espontáneamente en los campos de la vida social? En otras palabras, y llegando ya al nervio mismo que da vida y sistema a nuestro libro de *Farología*, ¿puede un farol, para producir ciertos efectos de luz, cubrir sus cristales de celofán?

A primera vista parece una redundancia hablar de cristales de celofán. ¿No es el celofán un producto afarolado? El celofán se mete en el alma a través de todos los sentidos, produciendo siempre en ellos efectos que exceden en mucho a la causa que los produce. Es decir, los mismos efectos que emanan del farol. El celofán es muy suave al tacto, brillante y penetrable a la vista, sonoro para los oídos, inodoro y delicado para el olfato... Es de una materia espiritual, valga la paradoja, porque, en realidad, carece de moléculas propias, teniendo siempre una misión servil, al incorporarse a otros cuerpos a los cuales da un alma, una resonancia, una espiritualidad que ellos no poseen. Lo mismo que el farol. El farol es la cosa más vacía que se conoce. Un investigador barcelonés ha descubierto hace poco que el farol desarrolla en primavera una fruta. Pero, la verdad, y con perdón de este señor investigador o gacetillero, yo digo con Santo Tomás, si no lo veo no lo creo. Y, aun viéndolo, estoy dispuesto a probar que si alguna fruta se encuentra en el meollo de los faroles, no puede ser sino un trozo de melón o de sandía que ha colocado allí algún sereno o guardia municipal para humedecer la boca en las largas vigiliass. Aunque tampoco sería descaminado que parezcan frutas unos globitos de aserrín que con frecuencia ocupan los vacíos de casi todos los faroles.

Si tanto se parecen el celofán y el farol no me extrañaría que algún poeta vanguardista, surrealista o surrealista de los que ahora privan, saliese cualquier día con imágenes como ésta: *Este celofán de alcalde es un hacha para la urbanización de la ciudad. ¿Han leído ustedes las metáforas celofán de algunos poetas? El orador de ayer usa el celofán de su palabra para colorear los pensamientos de su denso cerebro. Muchos periodistas de hoy son periodistas de celofán.* Como se ve el celofán dentro de poco le va a hacer una competencia enorme al farol.

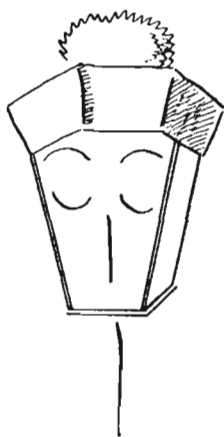
A mí, la verdad, el celofán me gusta mucho. No lo puedo negar. Un caramelo envuelto en celofán me parece más dulce. Pero tratándose de literatura soy clasicista empedernido. No en vano los preceptos de Horacio atormentaron durante un año mi pobre magín, hasta el punto de que algunas noches los compañeros de dormitorio me oían recitar versos enteros de la célebre «Epístola», sobre todo aquél que compara los malos poetas con sanguijuelas que no se desprenden de la piel—lo mismo que el poeta ramplón recitándonos sus malos versos—hasta que no se han llenado de la sangre de nuestras venas.

Pues, como decía, soy clasicista y por eso no sólo seguiré usando como soporte de mis metáforas, al farol, sino que estoy dispuesto a desarrollar en la prensa, en la radio o donde quiera que sea necesario, una campaña, como aquéllas que alegraban mis mejores ratos hace mucho tiempo, contra todo aquél que intente sustituir el farol por el celofán. Porque, vamos a ver, ¿no es más sonoro decir: «*Este señor es un farol imponente*» que «*este señor es un celofán inaguantable*»?

Para mí, simple mortal, tiene un sentido inefable y de ensueño el oír decir: *El farol del archipámpano de las Indias o el farol de investigador que nos ha salido. O qué farol más inaguantable es este orador.* Ahora que no me opondré a



que todos estos faroles y otros más sean adornados con celofán. Así la píldora será menos amarga y la vida será más pasable. Ya que esta época de luz eléctrica nos obliga a alumbrarnos con faroles, que esta luz sea lo más benigna posible.



## XVII

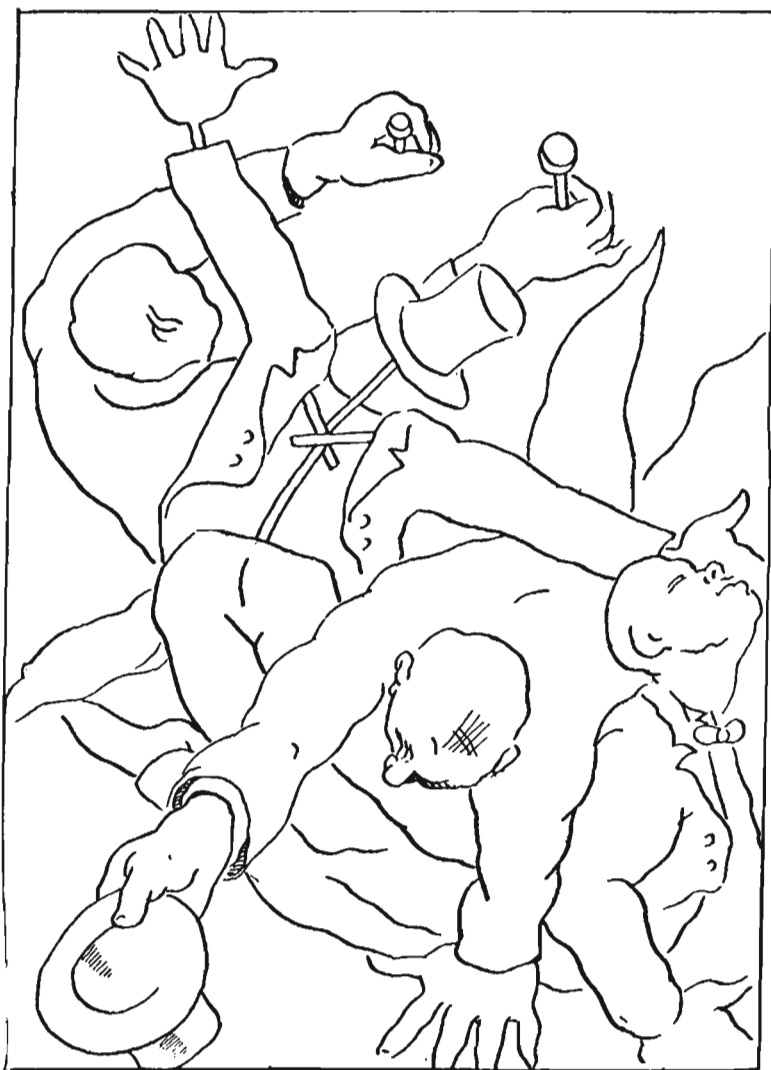
### NOSOTROS, LOS ESPAÑOLES

Aun en las tareas diarias encontramos bastantes síntomas de farolismo. No parece sino que lo llevamos dentro, en la misma sangre de la raza. Hay muchas anécdotas portuguesas de fachendosidad, pero los españoles no nos queremos ver a nosotros mismos. Hoy quiero destacar un síntoma que puede conducirnos a muchas conclusiones. Con frecuencia me hallo en clase hablando a mis discípulos, y me veo obligado a interrumpir las explicaciones por las voces estentóreas de los que pregonan billetes de lotería. Y no he podido menos de hacerme esta reflexión. ¿Para qué estudian estos chicos Latín, Matemáticas, Física..., haciendo un gran esfuerzo de voluntad y con vistas a resolver el problema de la vida, ganada a pulso durante bastantes años de su juventud? Aquel viejo proverbio latino, cada cual es artífice

de su fortuna, ¿tiene hoy auténtica validez y eficacia? ¿Puede un joven en este siglo XX entregarse con todo afán, uniendo a sus dotes naturales el trabajo y la constancia, para abrirse paso en la sociedad? ¿No es éste en nuestros tiempos un concepto histórico que suena ya a hueco y carente de valor?

Son éstas tentaciones intelectuales que el buen educador no puede consentir y apenas puede apuntarlas en broma; pero nunca darlas a los chicos. La educación es optimismo, aunque, a veces, este optimismo se halle algo vacilante en nosotros mismos, por efecto de una experiencia amarga de la vida. Reflexiones que afloran a mi mente y a mis labios cuando el vendedor de lotería interrumpe mis explicaciones. «¡No tenemos remedio!—digo para mí—. España es el país de las loterías, del canto flamenco, de los toros, del fútbol y de la gaudulería.» Y allá para mis adentros: «¿Para qué estudiáis, muchachos? Jugad a las loterías, haceos futbolistas, sentaos a la puerta de vuestras casas o en los bancos de los jardines públicos, preparando a la suerte y a la fatalidad una cariñosa acogida.»

No sé si fué la larga permanencia árabe en nuestra Península o la fusión con las mil razas que a España venían a parar en sus largas peregrinaciones, porque en ella encontraban el *finis terrae*, lo que ha dejado en nuestras almas bastantes sedimentos de fatalismo. Dicen que somos muy cristianos y no lo dudo. Pero si como cristianos confiamos mucho en nuestras propias fuerzas, como hombres levantamos un altar en nuestra alma a la diosa Fortuna. Y todo se nos va en comprar billetes de lotería, en extender las manos a los gitanos para que nos lean en ellas la buena ventura, en observar las estrellas y los insectos para que nos predigan el porvenir, en pensar en el arte del estraperlo y del menor esfuerzo para llegar en pocos años a ser unos Cresos, en envidiar a cuantos ha sonreído la veleido-



*También el sombrero de copa puede hacer un excelente farol.*

sa fortuna, a quien maldecimos porque visita otras casas antes que la nuestra.

Dice el doctor Marañón que el vicio nacional más arraigado es el de la envidia. Puede ser. Este señor está acostumbrado a tomar el pulso nacional. Nos duele mucho ver la prosperidad de vecinos y compañeros. Y de aquí las infinitas calumnias y murmuraciones. Y ¿no estará también entre estas calumnias y murmuraciones el acusar de faroles a todos aquéllos que con ojos bizcos miramos en el candelero?

—¡Ah, cómo ha subido Fulano! ¡Vaya suerte, vaya padrinos!

—¡Y si valiera!—le contesta otro—. Figúrate que apenas sabe escribir. No es ni bachiller.

—Cómo se pavonea. No parece sino que está lleno de viento!—añade un tercero—. No conoce a nadie y mira a todos lados, cuando sube en su coche, como esperando que le admiren y le aplaudan.

En realidad don Fulano puede llamarse don Nadie. Apenas ha pasado por las aulas. No tiene carrera ni talento natural, sino soberbia y buena suerte. Es el fruto de estos tiempos. Pocos se hacen a sí mismos. Los más los hacen y los aupan otros. ¿Para qué sirve el trabajo y la inteligencia?

Don Jacinto Benavente, buen conocedor de la sociedad de nuestro tiempo, resume así nuestro punto de vista en un artículo de «A B C»: «Es mal de los tiempos que todo ande trastocado por razones económicas. Ni a los espectáculos pueden ir los que debieran ir, ni el teatro tiene su público, ni los toros el suyo, ni los que leen pueden comprar libros, ni los que pueden comprarlos los leen, ni viajan los que aprovechan los viajes para su salud o para su entendimiento, ni se divierten los que se divertirían, ni tienen autos los que de verdad los necesitan y, lo más triste, *ni hablan los que piensan ni los que hablan piensan lo que dicen*».

¡Qué magistralmente nos da don Jacinto esta nota de farolismo de la sociedad moderna: «NI HABLAN LOS QUE PIENSAN NI LOS QUE HABLAN PIENSAN LO QUE DICEN»! Es un trastrueque de valores en que los que piensan y hablan lo que piensan se han quedado en la llanura y los faroles han subido la montaña, pavoneándose y disfrutando a más no poder.

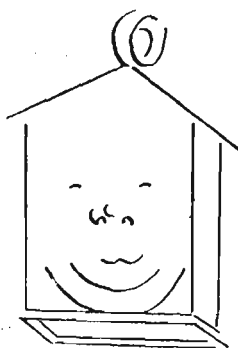
Antes la picaresca era un arte de pordioseros y de gaudules de ínfima categoría. La picaresca nacional se basaba en el hambre, que aguza admirablemente los sentidos y el ingenio, dando lugar a un género literario muy divertido. Hoy los pícaros no son Lázaros ni Justinas. Hoy los pícaros se visten de etiqueta y viven en lujosos palacios, frecuentan los mejores hoteles y recorren el mundo en ricos autos. No es el hambre, sino la ambición de figurar, el ansia de placeres, el deseo de mandar lo que impulsa la picaresca moderna. ¿Quién encuentra en esto un átomo de idealidad y de belleza como ocurría en la picaresca de nuestros mejores siglos?

En los mejores tratadistas de psicología nacional leemos que el alma española tiene una esencia ética, práctica, senequista, que caracteriza a nuestros hombres, a nuestra literatura, a nuestra historia. Que inventen otros—se suele decir—; nuestra teoría es la Ética y la Teología, dando al mundo ejemplos de caballerosidad, de nobleza, de religiosidad, de heroísmo. Y surgen poetas como Marquina y Pemán que entonan himnos de rara sonoridad en elogio de la raza de héroes y de mártires de la Religión y de la Patria. Hay quien ve en cada español un Cid, que lleva por el mundo en una mano la espada y en la otra la cruz. Pero la historia de España si tiene cimas inaccesibles, también tiene abismos. Es laudable que se exalten los hechos señeros, pero tampoco se deben olvidar, sistemáticamente, las intrigas y claroscuros que afloran en cada página de nues-

tra historia. Unas cosas y otras son educadoras. El exaltar solamente los grandes hechos puede conducir fatalmente a formar generaciones, de donde salen una serie de faroles que ocupan luego los puestos de mando, y en lugar de alumbrar los caminos y el porvenir de la Patria, hacen el ridículo ante los ciudadanos sensatos que a veces tienen que taparse los ojos y los oídos para no presenciar ciertas cabriolas que pueden competir con las de Don Quijote en Sierra Morena.

Ya sabemos que, al correr de los tiempos, el Cid se convierte en Don Quijote. La acción, el dinamismo y el afán misionero degeneran en locura, locura muy laudable en Santa Teresa, Ignacio de Loyola y misioneros del Nuevo Mundo, porque era una locura alumbrada por el espíritu divino. Pero son otros los tiempos. Hoy toda cautela es poca. Cuando el español regresó de Flandes se encontró con muchos españoles que se pavoneaban de haber clavado allí sus picas; cuando el español regresó de Italia se dedicó a escribir el Quijote; cuando el español regresó de América se encontró con un nuevo rico que ostentaba a todo el mundo sus dientes y cadenas de oro.

¿Para qué estudiáis, hijos míos? Compraos un billete de lotería, dedicaos al deporte del fútbol, o avivad vuestro ingenio en el arte del estraperlo.



## XVIII

### CARTA DE SALAMINA

En cierta ocasión me encontraba muy aburrido y decidí, como ser racional, sacudir mi aburrimiento. No todos tienen fuerza de voluntad para tales movimientos, pero como han dado en decir mis amigos que yo tengo una voluntad de hierro, he hecho el propósito de hacer honor a mi fama y no dejarles a ellos con su afirmación en el aire. ¿Qué creerá el lector que acudió a mi mente? Un recurso muy sencillo. Aprender griego. ¿Por qué? Un Catón lo aprendió a los 90 años. Sin duda porque estaba también aburrido de la vida. Y decidido a mi empresa, consulté con un amigo que tengo en Salamina, el cual me alentó mucho y además me dijo que estaba dispuesto a meterme el griego en el alma por correspondencia. Sus cartas eran y son muy saladas, con esa sal ática y mediterránea, que hace las delicias de



los buenos paladares. Comenzamos a cartearnos. Yo le contaba cosas de mi Gran Canaria y él me contaba cosas de su Salamina. Una vez recibí la siguiente carta, que, traducida del griego, no dudo que me agradecerán los lectores de esta *Farología*.

Salamina, 20 de Mayo de 1950.

S. D. . . . .

Mi querido amigo: Hoy me siento ciertamente con ganas de escribir para decirte cosas muy pintorescas, que en esta isla suceden de poco tiempo a esta parte. ¡Oh, cómo me agradaría charlar contigo en buena lengua greca sobre todo ello! Estoy por decirte que los pueblos, como los individuos, hay temporadas que padecen verdaderas epidemias. Aquí, de hace un año a esta parte, padecemos la epidemia de los homenajes. Apenas queda un individuo a quien no se le haya celebrado uno. A éste, porque es muy simpático, a aquél, porque es muy feo, a aquel otro porque ha escrito un libro, a este otro, porque pronunció una conferencia, al de más allá, porque ha desempeñado su cargo durante diez años sin faltar un día a la oficina, a don Mengano, porque es un hombre serio y pobre, a don Zutano, porque trazó un puente como buen ingeniero, al señor Pérez, porque es un buen padre de familia, al señor González, porque mientras desempeñó su empleo robó menos de lo que se acostumbra en tales casos, al señor Ramírez, porque enriqueció la lengua con una nueva palabra... ¡Figúrate tú! ¡Una nueva palabra griega a estas alturas!

Ya no faltaba sino dar un banquete a los limpiabotas y a las floristas, y los periódicos se han dado cuenta y ya han comenzado a darles bombo; pues, como ellos dicen, para algo han llegado estos tiempos de auténtica democracia. «¿Es que un duque—dice un semanario—, un orador, un poeta tiene más mérito ante la sociedad que un limpiabotas o que una florista? ¿No son éstas también funciones necesarias y, a veces, más útiles que soltar cuatro versos llenos de ripios o un discurso más pesado que el plomo?»

Me dices en tu última que estás escribiendo un tratado de *Farología*. Me parece un acierto; pero no ahí, donde apenas hay faroles. ¡Oh, si vivieras aquí! Te quedarías deslumbrado. Parece mentira que esto ocurra en la patria del orden, de la medida, de la moderación, de los

cánones estéticos. Pero, los hechos cantan. Hechos elocuentes y dignos de recorrer los cuatro puntos cardinales en alas de la fama. ¿Para qué es la prensa? Para informar, para orientar, para hacer, para educar la opinión. ¿Sí? Pues, entonces, la mejor manera de orientar la opinión es sacar del anonimato nombres y nombres, a quienes no conoce sino el gato de su casa, y darles a conocer a la opinión pública, para que les haga justicia y les dé el honor que se merecen. La sociedad es ciega, la sociedad padece apatía. Por otra parte, ¡hay tantos hombres que vivían ignorados entre nosotros, unos achantados por la envidia, otros víctimas de su misma humildad! Para eso está la prensa. Y cumple su oficio a maravilla. Tan es así que cuando en letras grandes y titulares llamativos aparece un nuevo nombre, algunos, en los cafés y tertulias suelen echarse las manos a la cabeza. «Pero, ¿cómo—dicen—, don Fulano un gran artista, un gran pedagogo, un gran orador, un gran poeta, un gran escritor, un honradísimo empleado, un ejemplar padre de familia? ¡Dios mío, y nosotros sin saberlo! ¡Qué calladito se lo tenía! A ver ¿algunos de ustedes saben cosas de don Fulano? Que las diga, que las cuente con todos sus detalles. Tenemos que conocer su vida, tan digna de admiración». Y la prensa arrecia en su campaña día a día. Y el nuevo personaje se va perfilando en la conciencia de sus conciudadanos. Las adhesiones crecen, las tarjetas del banquete se venden como rosquillas, y el hotel céntrico de la ciudad habilita salones y salones para el día del gran triunfo. El que antes era un pigmeo, un buen señor acaso del montón, es ahora una primera figura. Dicen que el buen periodista es aquél que mejor sabe hinchar el perro; pero aquí, en esta isla griega, creo que el mejor periodista es aquél que mejor enciende los faroles. (Toma nota para tu libro).

Se comprende en este país, donde tanta perfección alcanzó el arte plástico, que todo hombre aspire a tener una estatua. La estatua inmortaliza la personalidad. Pero que un ser racional, que dice llevar en su mente la luz divina o la chispa de Prometeo, y en su corazón ansias de supervivencia, aspire a comerse una fría langosta al son de cuatro frases huecas y peor sentidas en un hotel, rodeado de individuos más o menos adictos, algunos de ellos comprometidos y ahogando en el alcohol la pérdida de sus cien pesetas y el resentimiento contra la persona que lanzó la idea del banquete, eso sí que no se comprende.

Porque no sé lo que ocurre por esas ciudades, a orillas del Atlántico. Aquí te puedo asegurar que el noventa por ciento de los que asisten a estos banquetes-homenajes van arrastrados por el compromiso que no pueden eludir. Y es de ver cómo se trasparenta su interior contrarie-

dad, unas veces por sonrisas forzadas, otras, por una risita de conejo, no faltando quien devora manjares y licores, como antropófagos, ya que no pueden devorar a los organizadores. Y es lo que ellos dicen: «Hay que aprovechar las cien pesetas de la tarjeta». <sup>1</sup>

En esto de homenajes se dan cosas muy pintorescas. En nuestra antigüedad se llegó a un exceso incalculable. A Demetrio Falereo se le erigieron trescientas estatuas. ¡Ya eran estatuas para una sola persona! Yo no he perdido la esperanza de que aquí surja cualquier día un quídam a quien se le den también trescientos banquetes. A juzgar por los superlativos que dedica la prensa a algunos, nada tendría de particular. A no ser que el público, cansado de tanto adjetivo y de tanto faroleo, concluya por encogerse de hombros y administrar su propia persona con parsimonia y ponderación. Si no, vean ustedes lo que ocurre con los anuncios de las películas que se leen en las carteleras: la máxima atracción, una creación genial, colosal superproducción... total: pompas de jabón que el viento se lleva y que las gentes ni siquiera miran.

Esta es mi esperanza, querido amigo. Que algún día se imponga la sensatez, no por reacción natural y lógica de cada individuo, sino por exceso de faroleo, por acumulación de adjetivos despampanantes, por superabundancia de paja y escasez de trigo, que es también una manera de farolear.

Para terminar, te voy a contar una anécdota que ocurrió en una de las sociedades culturales de nuestra ciudad. Un día entraba en la misma un señor, que por cierto no era de los más asiduos, pero sí de los más serios y respetables. Desde luego te puedo decir que odia los faroles que tanto postín se dan con su supuesta ciencia o su arte donde quiera que existen papanatas que les aplauden. Cuando este señor entraba, salía del mismo local, muy pimpante y jactancioso, otro de los nuevos socios, muy enfundado en su manto griego que lo mismo puede ser toga latina—tal es su evolución—y, al pasar junto al señor, no se dignó saludarle ni aun con el más ligero movimiento de cabeza, a pesar de que le era persona muy conocida y digna de todo respeto. El buen señor se queda mirando para el conserje, y el conserje se queda mirando para él, con cara sonriente.

—No sé—dice don Fulano al conserje—que le deba yo algo a este señor.

—¿Usted se extraña? Pues eso lo hace con mucha frecuencia y no a usted solamente. Ahora, señor, me doy cuenta por qué los boto-

<sup>1</sup> (N. de T.: La cantidad de pesetas está calculada según el cambio de los dracmas griegos en el mercado libre).

nes de esta sociedad me dijeron un día que a este señor le llamaban *don Farol*.

Como ves, hasta los botones se dan cuenta en Salamina de que algunos hombres, más que hombres, son globos llenos de viento. Hasta la próxima, querido. Y adelante con los faroles.

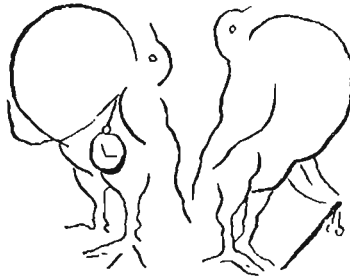
FEDERICO PAPÁGALOS

---

No sé si ha sido del agrado de mis lectores esta carta sobre homenajes y banquetes. A mí me pareció digna de mi *Farología* y por eso han tenido ocasión de leerla.

¿Consecuencia? Que en Salamina, como en Pekín, la langosta es una víctima propiciatoria de la enfatuación de los hombres. ¿Cuándo las langostas formarán un sindicato para defenderse de tanta agresión, al mismo tiempo que podrían dar empleo a doscientos empleados más?

Se puede dar cuenta el lector que es muy fácil aprender griego por correspondencia.



## XIX

### CARETAS Y PAPELONES

¿Todo el año es carnaval? Eso decía Larra. Y decía muy bien. Al menos así lo comenta González de Amezua en un artículo que publica «A B C». Cada día, al levantarnos—dice—nos ponemos todos una máscara invisible e imaginaria para andar por el mundo. «Gracias a ella, al entrar en él, llevaremos con nosotros como una doble personalidad; dentro, la nuestra propia, refugiada en lo más íntimo de nuestra conciencia, aquélla que nos susurra la verdad que ven nuestros ojos, por cruda y realista que sea; y otra, la que salvaguarda nuestra máscara y que habrá de servirnos para convivir con los demás». De esta máscara nos despojamos por la noche, y parece como que la colocamos a la cabecera de la cama, para ponérsola al día siguiente, cuando entramos de nuevo en la vida social.

Y ¿cuáles son los servicios que nos presta esta máscara? Muchos y muy útiles. La usamos «para cerrar nuestros ojos ante la realidad desnuda que vemos, para fingir cosas que no sentimos, poniendo freno a nuestra sinceridad, para no decir muchas veces la verdad cuando colegimos que molesta o mortifica». Es tal la confusión de valores que en el mundo reina, que la verdad se siente asfixiada por las zarzas de las burlas y la ironía. «En nuestro andar por el mundo tropezamos a cada paso con las grandes ficciones y mentiras, que a su vez se resguardan tras otras mascararas, similares a las nuestras, pero que no será lícito arrancar; con el amigo que se nos vende solícito y sincero, cuando tras su careta leemos su deslealtad y su envidia; con el hipócrita que predica la moral para escarnecerla después a todas horas». Que conste que esto, lo entrecomillado, es de González de Amezua. Allá él con sus afirmaciones. Yo delante de la cara de mis amigos no veo nunca caretas.

Otra pregunta. ¿Esto de las caretas es general? ¿La llevamos todos los hombres o hay algunos que no la necesitan para vivir en sociedad? La llevamos todos, absolutamente todos. Aquél que no la lleve no puede vivir. Le hacen la vida imposible. Le llaman excéntrico, loco. O se le compara con los animales, por lo brusco o brutal de sus expresiones. Los buenos modos, la cultura, la civilización nos imponen a todos un lenguaje lleno de eufemismos y palabras dulces. Nos obligan a callar y disimular los defectos y errores de los demás. En una palabra, a mentir. Y el que no miente es llamado incivilizado y soez.

Conclusión. Tenemos todos una doble personalidad. Una interior para nuestro uso particular y otra exterior para tratar con los demás.

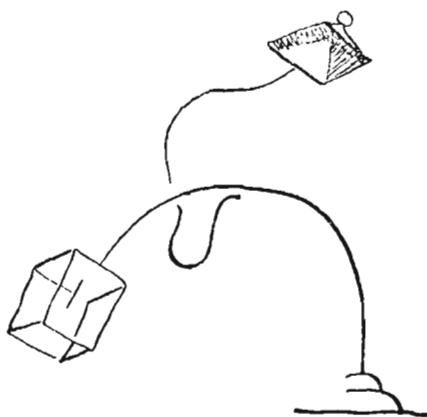
¿Cabén más personalidades dentro del *homo sapiens* y en circunstancias normales? El fundamento de nuestra duda se halla en las manifestaciones aparatosas y exageradas de

los faroles y papelones. El hombre farol se acuesta y se levanta, como los demás. ¿Coloca también, como los demás hombres, una careta a la cabecera de la cama para recogerla todas las mañanas al levantarse? Es decir, ¿se da cuenta de sus faroladas? ¿Necesita careta para producir sus faroladas? No lo sé. Puede que en algunos faroles haya conciencia más o menos clara e intencionada de la farolidad, pero casi, casi me inclino a creer que en muchos, en muchísimos, el soporte (la conciencia interior) y la máscara o personalidad exterior y farolera se hallan fundidos de tal manera que forman un todo único e indivisible, que duermen y se levantan juntos cada mañana. Yo creo que hasta sueñan juntos y son capaces de sonambulear juntos. ¿Es qué no se pueden dar faroles sonámbulos? El papelón es mucho hombre para llevar en el estómago o en el hígado otra personalidad.

Por consiguiente, el farol—no cierro la puerta a las excepciones—ha fundido en una la doble personalidad de los demás hombres—y así puede aparentar hacerla mucho más grande—anulando la interior y exagerando extraordinariamente la exterior. El orador farol se cree siempre un Demóstenes, el poeta farol desdeña a Dante y a Homero, el político farol contempla siempre a sus pies a Disraeli, el militar farol tutea a Napoleón... ¿Quién puede convencer a un auténtico farol de que es una nulidad, menos que una hormiguita? A todos los demás mortales nos queda el consuelo de que todo el año es carnaval. Y ello, ciertamente, nos endulza los mejores ratos de la vida, sobre todo cuando nos quedamos a solas con nuestra personalidad interior. ¡Qué de sonrisas asoman a nuestro rostro en nuestras solitarias meditaciones! Todo el mundo desfila ante nosotros bailando su farsa. ¡Y hay algunos que hacen tan ridículas piruetas! ¡Cómo se les ve el plumero a los muy farsantes! Este desfilarse de caretudos y papelones uno de los mejores

consuelos de nuestra vida. En cambio, los faroles, como están vacíos, como carecen de la doble conciencia, como son rígidos e inflexibles, como siempre miran hacia el vecino llenos de odio y de envidia, carecen de uno de los más gratos placeres.

Oremos por nuestros hermanos los faroles.





## XX

### FAROLES Y "FAROLES"

El farol como tema literario, no ofrece novedad alguna. Ramón Gómez de la Serna nos cuenta en su «Automoribundía», que un farol alumbró muchos de sus mejores ratos de inspiración. Fué tal el amor que les cobró a los faroles que los hizo «hijos de su conciencia». ¿Cómo? Muy sencillo. La vida literaria del gran humorista alcanza su mejor actividad durante la noche. Y como no podía trasladar su mesa de trabajo a la calle pública debajo de un farol, consiguió de la compañía de gas que le cediera uno para colocarlo en un sotabanco. «El chuzo para encenderlo—cuenta él mismo—no se vende. Es atributo que pasa de unos faroleros a otros y por fin consigo que me lo venda un farolero retirado. Soy feliz—añade—encendiendo al anochecer mi farol auténtico de las calles y las plazas, y me es grato leer

el periódico de la noche a la luz del farol de la esquina, y sin pasar el frío que tendría que pasar en la calle veo de otra manera más plástica y más real las noticias del mundo y el relato del crimen. El farol es hijo de mi conciencia. Lo tengo prohijado, como prohijé antaño una chimenea».

Como se ve Gómez de la Serna nos habla del farol al natural. Del farol sin comillas, de tipo corriente. Del humilde artefacto que alumbra las calles y que por su humildad, como las chimeneas o los adoquines, al tomar estado literario, puede ser materia de humorismo. ¿Cómo? Prohijándolo, haciéndolo hijo de su conciencia.

Pero ¿es posible que un simple farol ofrezca materia literaria a un humorista? Eso es lo que se preguntaron en cierta ocasión los habitantes de Gijón, cuando Gómez de la Serna les anunció el tema de una conferencia a la cual le habían invitado. Hablaré—les dijo—sobre «Los Faroles». «Parte del público—dice él—se indispuso conmigo, porque no comprendía el lirismo de los faroles». Sin embargo, afirma un cronista de dicha conferencia, que entre el público, que era numerosísimo, reinaba gran expectación. «Ramón—añade—aplica su visión y su curiosidad a los motivos más insignificantes de la vida cotidiana. Y de ahí, de este contraste entre la visión del artista y la humildad de motivo, brota su humorismo sano y alegre».

«Ahí es nada ver penetrar a un conferenciante de campanillas, como Gómez de la Serna, en un salón rebosante de público, de ese público distinguido de una capital de provincia, con un encendedor de faroles de gas en la mano a manera de báculo. El alborozo del público se desbordó turbado y regocijado por aquella insólita entrada del conferenciante».

Y es lo que dice Ramón. Hay que olvidar un tanto los temas fundamentales de la política y la violencia social para encontrar otros temas placenteros que aplaquen la saña

de la vida. «No se debe olvidar la belleza de la vida pura y sencilla». E hizo en dicha conferencia un canto al farol primitivo, con su encendedor de aceite, sustituido hoy por faroles arbitrarios, que se encienden y mantienen en una autonomía absurda. «Vió—añade el cronista de la conferencia—al farol horrorizado que presenciaba los crímenes de la calle, al farol que da cultura a los serenos, y a los cocheros, obligados a continuo velatorio, al farol de las citas y de las meditaciones».

El gran éxito de esta conferencia nos lo dice un ciego de nacimiento, según lo cuenta el mismo Gómez de la Serna. «Yo que nunca vi los faroles—dice el ciego—los estaba viendo. Lo mismo me pasó con las chimeneas». Y es que el conferenciante no hablaba de las cosas, las presentaba tal como eran para que hablaran solas.

De la misma manera se podría hablar de los quinqués, de las escobas de los barrenderos, de nuestras viejas tartanas, de las sartenes, de las cucharas de palo y de mil objetos humildes que, al pasar por el calidoscopio del humorista, adquieren valor literario inestimable.

¿Tiene razón Gómez de la Serna cuando aconseja que dejemos los asuntos elevados y trascendentales para ocuparnos de las cosas pequeñas y humildes, con las cuales «aplacamos» la saña de la vida? Sí y no. Desde luego los temas tratados por Gómez de la Serna producen alegría y placer en nuestro espíritu; pero ¿no hay también otras fuentes de humorismo que brotan precisamente al ser tratados asuntos fundamentales por pigmeos del arte y de la literatura? ¿Quién puede contener la risa al oír a cada paso hablar de investigaciones científicas, de filologías comparadas, de hipótesis astronómicas o geológicas con engolamiento doctoral y vacío? El humorismo ramoniano es inocente, de tipo lírico. El humorismo farolero es satírico. No tan sencillo y natural; pero tampoco despreciable. Es un hu-

morismo de base metafórica. Es decir, un humorismo de tercer piso, si se quiere. No tan elevado como las chimeneas, y que nace precisamente del afán de ocuparse de temas que se hallan más allá de las fuerzas del que los acomete. Un humorismo que brota al observar el contraste entre las campanudas pretensiones del autor y la pequeñez del que habla *ex cathedra* y el fruto que la realidad le ofrece.

Los faroles de Gómez de la Serna necesitan encendedor, tienen los cristales llenos de humo, pueden presentar abolladuras si han sufrido algún choque. Los faroles, materia de nuestra *Farología*, no tienen otros cristales que los de las gafas doctorales que llevan puestas los mismos faroles, y el humo lo llevan dentro de la cabeza, siendo incapaces de abolladuras, porque si chocan se rehacen más pronto que si fueran de goma. Para aclararlo supongamos que, a estilo de Gómez de la Serna, un conferenciante quisiera dar una conferencia sobre los faroles. ¿Qué haría? ¿Se presentaría ante el público llevando un encendedor de aceite? ¿Colocaría en el escenario un artístico farol? Podría hacerlo. El objeto farol es el soporte real de cuanto se diga de faroles y faroladas; pero el regocijo del público sería incontentible, si, en lugar de un farol, colocara a su lado un gigante o cabezudo vestido de etiqueta, con las gafas en la mano, el pañuelo en la otra, y en plan y ademanes doctorales para dirigir la palabra al público. El farol primitivo ha sido sustituido por una caricatura de tribuno popular. El éxito de la conferencia quedaría asegurado con muy poco trabajo. Y con esto me parece que queda aclarado un punto delicado de la historia de mi *Farología*. Recabo así para mí la originalidad de mi ensayo. Gómez de la Serna vió las cosas desde otro punto de vista.

## XXI

### LOS PINGÜINOS

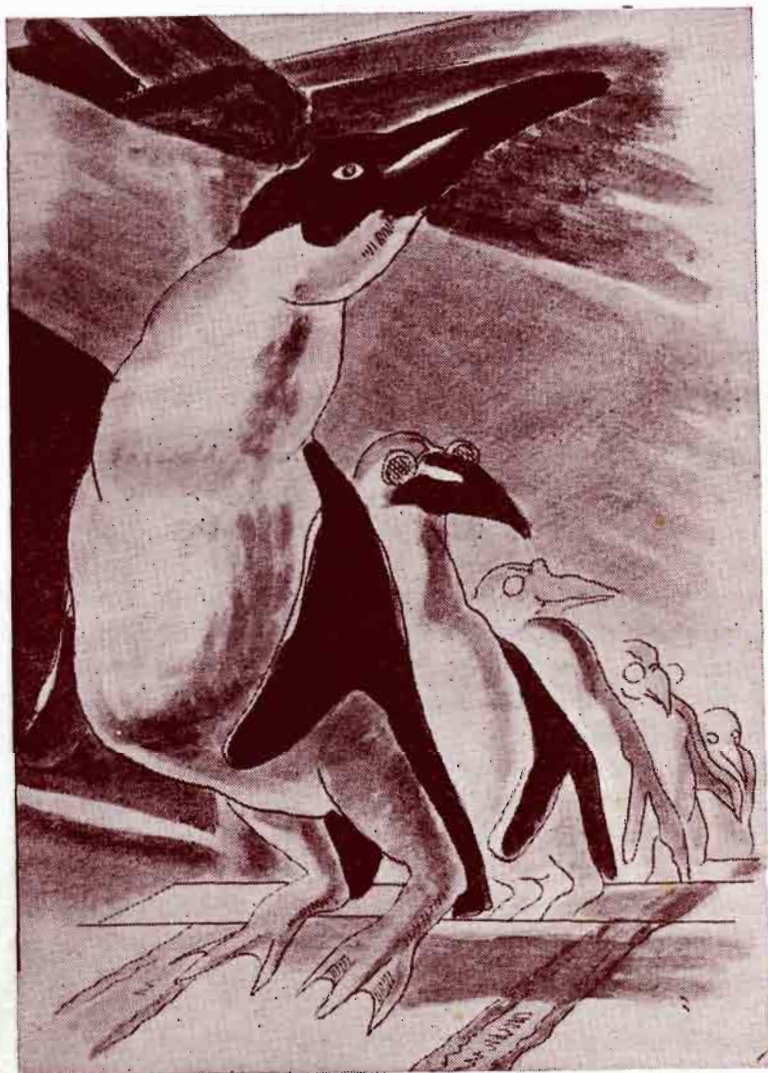
No es la primera vez que me ocupo de los pingüinos. Hoy cae en mis manos «A B C», en el que se destaca una fotografía de pingüinos, en fila india, erectos, muy dignos, muy prosopopéyicos. Y me dije: materia para mi *Farología*. ¿Que qué tienen que ver los pingüinos con los faroles? El mismo «A B C» nos da la respuesta. «Al pingüino—dice—le ocurre lo que a la vaca lechera de nuestra canción: que no es un pingüino cualquiera. El pingüino no tendrá toda la inteligencia que él deseara para su medro entre los demás animales de la creación; pero no se le puede negar la prestancia, el gran tipo de hombre representativo que le ha dado la naturaleza».

¿Ven ustedes? Al pingüino le falta inteligencia, seso, materia gris. Hasta ahí conviene con el farol. ¿O es que el

farol tiene inteligencia, sexo, materia gris? Dejaría de ser farol. Por otra parte, el pingüino tiene prestancia, gran tipo, el gran tipo del hombre representativo. ¿No es eso también el farol?

Sin embargo, sin embargo... Hay algunas diferencias, que me complazco en señalar, entre el pingüino y el farol. Ante todo quiero ser y me tengo por justo. *Suum cuique*. El pingüino parece nacido para un papel representativo, casi exclusivamente. Se presenta muy bien. Es muy decorativo. Si uno se llega a él, cuando intenta acercársele, parece como que el pingüino le dice: «Basta, no te acerques más. Mírame desde ahí todo el tiempo que quieras. Yo estaré así, erguido, en forma bípeda, con mis ojos fijos en ti toda una eternidad, si quieres. Pero, detente. Mírame a distancia. Soy un ser de escaparate. Mírame y no me toques. ¿Ríes? Ríete. Ríete lo que quieras de mí; pero yo no me muevo, ni me enojo. Nací para estatua. Carezco de dinamismo, de gestos, de nervios, de palabras. Pero mi quietud es expresiva. Tan expresiva que me parezco a algunos hombres, que por eso los llaman pingüinos, los cuales no juegan otro papel en el mundo que el de asistir a recepciones, dar la mano a los que llegan, presidir fiestas y procesiones, saludar ceremoniosamente a los extraños, dar una primera impresión de prestancia, respeto y admiración a los que los ven por primera vez. Estos hombres-pingüinos, vestidos de etiqueta, con cara sonriente, doblando e irguiendo el espinazo, guantes en mano, repartiendo miradas expresivas, producen a primera vista una sensación imponente. Pero si abren el pico, ¡ah!, entonces no dicen sino gansadas».

Si el pingüino fuera capaz de hablar y de razonar no diría cosas más acertadas que éstas. En efecto, en esto está la gran diferencia entre el pingüino y el farol. La misión del pingüino es callada, visual, representativa, de cuadro plástico. Todo lo más, se mueve en fila india, exactamente



*Pero todos mis respetos se los llevan los venerables  
pingüinos, que de vez en cuando y en fila india faro-  
lean por nuestras calles.*

como los faroles cuando van en procesión. En cambio, un farol, además de la buena figura representativa, de excelente *pose*, de rostro simpático y expresivo, de figura elegante y alta, de gestos y ademanes delicados, debe también hablar, expresar con palabras lo que tiene—de ordinario está muy vacío—en su interior, esparcir luz, para que pueda demostrarse experimentalmente su vaciedad, su vanidad espiritual, sus ansias de grandeza y sus ridículas aspiraciones.

De aquí que el papel del farol es más peligroso que el del pingüino. Un pingüino es o parece sordo y mudo. Y a esta sordomudez añade el pingüino la seriedad imperturbable. Y entonces, señores, el pingüino con medios elementísimos puede obtener triunfos resonantes.

Yo no sé si a ustedes les habrá pasado lo mismo. Cuando en sociedad me tropiezo con un señor de pocas palabras, de *pose* hierática como una estatua egipcia, de ademanes escasos y bien estudiados, de alma fría y tranquila y dueña de sí misma, de extraordinaria seriedad, que por muchos chistes que oiga apenas nos concede un imperceptible movimiento de labios, de miradas severas y horizontales, que habla sin mirarnos a la cara, que cuando nos mira parece que nos va a perdonar los últimos momentos de la existencia, que se cansa de que le elogien, pero él sin soltar prenda alguna, que nos concede la palabra por favor...; cuando tengo ante mí tales hombres, instintivamente me siento inclinado a considerarlos sabios, honrados, hacendosos, dignos de figurar en un santoral humano. Pero si, a veces, uno se siente un poco anarquista intelectualmente, con un poco de espíritu crítico en el cuerpo, no puede menos de preguntarse: Y ¿no será este señor un honesto pingüino? Al menos, existen muchas notas comunes entre estos señores reservones y los pingüinos. Yo lo que puedo decir a mis lectores es que si a la esfinge de Egipto le diera algún día por



hablar le tirarían piedras los chiquillos. Y por eso aconsejo siempre discreción. No creáis en más ciencia, ni en más virtud, ni en más honradez que en la que se demuestra con hechos. A los sabios inéditos hay que echarles del pedestal que el vulgo les ha erigido, sobre el cual están haciendo la figura representativa de pingüinos.



## XXII

### “LOS DIEZ FAROS” DEL SIGLO XX

En uno de los capítulos anteriores—no recuerdo cuál en este momento—hemos declarado la diferencia entre *faro* y *farol*. Lo que sí recuerdo es que allí decía que la palabra *farol* viene de la palabra *faro*, después de haberle prestado una *l* la palabra *fanal*. ¿Verdad que es muy rara la ciencia de las etimologías? Ahora insistimos sobre esta diferencia, a propósito de una encuesta realizada por «Les Nouvelles Littéraires», dirigida a doscientas personalidades francesas de especial relieve en las letras, las ciencias y las artes, sobre cuáles son los diez hombres más representativos de este medio siglo, que no se puede dar por transcurrido hasta el 1.º de enero de 1951. ¡Los diez hombres más representativos! A esos llama *faros* «Les Nouvelles Littéraires».

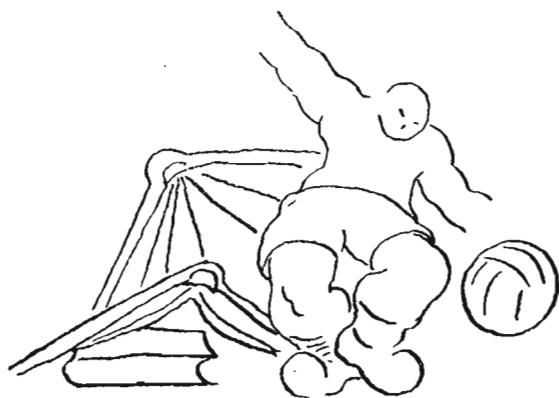
Nótese bien. La encuesta es sobre *faros*, no sobre *faro-*

*les*. Quede esto bien sentado. ¿Cuál ha sido la respuesta de las doscientas personalidades? He aquí el resultado: Albert Einstein obtuvo el 70 por ciento de votos; Henri Bergson, el 65 por 100; Marcel Proust, el 60; André Gide, el 56 por 100; Paul Valery, el 56 por 100; Louis de Broglie, el 56 por 100; Sigmund Freud, el 53 por 100; Pablo Picasso, el 53 por 100; Paul Claudel, el 52 por 100.

Es decir, que los franceses, de los diez faros, se adjudican siete. Y dejan a obscuras a muchas naciones. Francia ha sido siempre una nación muy alumbrada. Quedan sin faros los hispano-americanos, los americanos del norte, los italianos, Inglaterra... y la India. A los españoles, si queremos alumbrarnos, nos hacen la donación de Picasso. ¡Magnífica luz la de Picasso! Pero ¿es Picasso español? No estamos seguros si este faro, o lo que sea, ha renunciado a su patria. Desde luego estamos dispuestos a cederlo a quien lo quiera. De seguro que si él se considerara español no hubiese sido incluido entre los faros. ¡A qué precio alcanzan algunos la luz de faros! Para los señores de la encuesta nada cuentan, en Italia: Papini, Marconi, D'Annunzio; en Inglaterra: Fleming; en España: Cajal, Benavente, Falla... En fin, los franceses son los franceses, o sea, unos acaparadores de faros.

Y ahora, una iniciativa nuestra. ¿Qué sucedería si en Francia se hiciera una encuesta sobre los diez faroles más representativos de este medio siglo? Estoy seguro que todos serían extranjeros y ninguno francés. El mayor porcentaje de votos, estoy seguro, lo obtendría el presidente Wilson trayendo a Europa la buena nueva de sus catorce puntos, sobre los que asentaba como base inconvencible la paz del mundo. ¿Los otros? Quedan en libertad los lectores para emitir sus sufragios. Yo, de acuerdo con los franceses, me he permitido enumerar el primer farol. Casi, casi, podría insinuarles otro segundo nombre. Y voy a hacerlo para que

no me remuerda la conciencia. El segundo farol, para mí, es la señora viuda de Roosevelt. No dudo que en esta encuesta alcanzará los votos de todos los españoles. Con ello Francia debe quedar agradecida. Ya no quedan para ella sino ocho faroles nada más. ¡Ah! Como les regalamos a Picasso, no le restan sino siete.



## XXIII

### CHISPAS

A veces, el escritor que escribe de *Farología* recorre gran parte de su camino sin hallar materia prima para su libro. Fíjese el lector en la expresión *materia prima*, es decir, materiales para su arte, convertibles en materia artística, porque hay quien confunde la *materia prima* con la *materia en bruto*, y, como es bien sabido, materia en bruto, de tipo farolero, tenemos hasta la saciedad.

Pues bien, cuando uno pasa por esas sequedades artísticas tropieza, sin embargo, con frecuencia, con chispitas de farol que conviene aprovechar, porque son cositas que se leen y se digieren bien.



## Un pavo en Triana

Me gustaría tener la pluma de Erasmo para componer un elogio del pavo. ¿Por qué? Pues muy sencillo. En buena simbología farolera ¿cuál puede ser el símbolo más exacto del farol? Y conste que lo siento por el pavo. Animal inocente, que en vida tanto mueve a risa, y, recién muerto, tanto estimula nuestro apetito.

Pero, lector, no puedo más. Iba días pasados por Triana—*Ibam forte via sacra*—e hirió mi retina uno de esos hombres faroles, un farol tipo, que no se ve todos los días. He dicho, y repito, que los faroles abundan, como abunda la miseria y vanidad humanas; pero, la verdad, no pensé nunca tropezarme con ese hombre pavo, que exigía toda la acera de nuestra principal calle para él solo. Los hay acaparadores. Conversaba con otro señor, que, al lado de él, se sentía un ser diminuto. Y, al volverse, parecía un verdadero pavo, de plumas ampulosas y erizadas, con mocos colgantes y tambaleantes, con sonidos pectorales y barbolleantes de ampuloso engolamiento.

Y todo esto ¿por qué y para qué, Dios mío? ¿Por qué? Porque el viento infla. El humo y la vanidad estiran la piel, y la grandeza física, aunque esté vacía, agranda la personalidad. Y como personalidad viene de persona, y *persona* significa *máscara*... ¿Sabe el lector lo que es una máscara? ¡Ah, no me acordaba que hace tiempo que no hay carnavales, y por eso algunos los juegan todo el año!

¿Para qué? Muy sencillo. Para deleitar nuestros paladares. No creo que Dios críe los pavos para que se pavoneen en el corral ante las aves sus compañeras. Y los otros, los hombres pavos, que no los creó Dios sino que se han hinchado ellos mismos para regocijo de los hombres, para espectáculo y pasatiempo de los mortales.

Puestos en esta línea de buena lógica, propongo que estos hombres pavos sean seleccionados. Si no se puede de otra forma, armádoles trampas en plena Triana. Se les coloque al cuello un collar de oro que relumbre mucho, y llevados de cabestro como los osos, se les exhiba en los circos y lugares públicos. ¿No pretenden ellos que los vean? ¿No intentan exhibirse y pavonearse? Pues la sociedad debe utilizarlos como pasatiempo, y en provecho de los hombres. El estado está obligado a procurar por todos los medios el bien común. Uno de los bienes más importantes de la vida es la alegría, el buen humor, la euforia y bienestar. ¿No se afana el estado por proporcionar al ciudadano el alimento diario? ¿Es que el espíritu no necesita también sus distracciones para vivir? Suprimid los paseos, los cines, los teatros, los museos y las compras simuladas en las tiendas, y ¿qué sería de la sociedad? Una verdadera cárcel. Luego el estado debe procurar a los ciudadanos cuantos espectáculos contribuyan al regocijo y pasatiempo. Hay unos señores que se pirran porque los oigan, porque los vean, por estar exhibiendo continuamente su persona. ¿Por qué no se les requisan esos excedentes psíquicos para hacer de monos y de osos en el circo? Y no pueden alegar su racionalidad puesto que ellos, voluntariamente, han relegado a un rincón de su alma esta cualidad y hacen la ostentación del pavo.

Ante una cosa tan lógica y tan de acuerdo con el engranaje social, yo no he perdido la esperanza de leer en el «B. O.» un decreto ordenando y reglamentando la caza de hombres pavos y señalando los honorarios que han de percibir sus exhibidores en los lugares públicos y los beneficios que por este concepto corresponden a la hacienda pública. Yo, ministro de Hacienda, haría más. Inventaría títulos honoríficos para los hombres pavos. Por ejemplo, la gran orden del Pavo del Torrente, el toisón de oro del Pavo Almi-

rante de la Osa Mayor, gran maestro de la orden del Príncipe Verde, etc. Al mismo tiempo establecería unos uniformes muy vistosos. Unos serían todos rojos como cardenales, otros de azul como príncipes de ensueño, otros color oro... ¡Ah, cómo picaría la gente! Los ingresos del tesoro público se verían pronto repletos, cesando la imposición de tributos a los humildes ciudadanos a los que no gustan los colorines y exhibiciones.

Ya puede el Kempis hablar de la vanidad de vanidades. Ya puede Salomón desgranar sus sabidurías sobre el vestido de las flores y los campos. El hombre es un animal de corral, con alas pesadas, con mocos rojos, con lenguaje gutural y engolado, con pecho muy inflado, que le gusta pasear colorines y su cuerpo en forma de globo por la calle de Triana, para que lo vean. Es lo que dicen los hombres pavos:

—¿De cuándo acá se encuentra la vanidad entre los pecados capitales?

### **¿Dónde está la verdad?**

Acabo de leer en «A B C»: «De Gasperi anuncia una «Cruzada de la Verdad». Y ¿dónde está la verdad? Los cruzados de la Edad Media tenían por objetivo un lugar geográfico: Jerusalén. Por lejos que estuviera el punto de partida, se sabía donde estaba el término. Pero en esta nueva cruzada no hay nada de geografía. Nadie en nuestra Edad Moderna sabe dónde está la verdad. ¿Hacia dónde se dirigirá De Gasperi con sus huestes? Me temo que van a dar estos ingenuos italianos muchos palos de ciego.

Pero, en fin, si se empeñan, para alumbrarles el camino, suponemos que no les faltarán faroles.



## ¿Serrín o materia gris?

Se han hecho ya muchos chistes a costa del serrín. Para llamar a uno tonto o imbécil se le ha dicho que tiene la cabeza llena de serrín. Como si el serrín fuera un sustitutivo de la materia gris del cerebro humano. ¿En qué se parece la materia gris al serrín?

Hoy leo en la prensa que el serrín ha comenzado a cumplir otra misión muy importante. «Los compradores de diez mil pesetas de tabaco rubio se encontraron con que el contenido de los sacos era serrín». Esto nos parece más en razón. Tabaco rubio igual, o semejante a serrín, va mejor que esta otra igualdad: serrín igual materia gris.

¡Cuántos problemas nos ha venido a resolver el estraperlo!

## La tragedia de don Samuel

Don Samuel es un concejal intelectual. Es hombre leído, pero no escrito, por mor de que en el vivero le estropearon las líneas telefónicas del cerebelo. ¡Claro! Tenía que ser. Es algo fatal. En el vivero de faroles no se forman escritores, sino faroles.

Pero don Samuel disimula muy bien la avería de su cerebelo, que otros muy ladinos atribuyen a la falta de materia gris. Se ha cubierto con careta volteriana y en cada esquina se tropieza el pobre hombre con un presbítero. ¡Ah, y qué salados son sus chistes sobre los presbíteros y los curas! Y como el terminito cura le parece algo vulgarote, nuestro *petit* Voltaire—un Voltaire canario muy risueño—usa con delectación el de *presbítero*.

¡Se ve cada tipo! Lo que no se ve sino raras veces es a un Don Nadie que disimula la vaciedad de su cabeza echándole la culpa al vivero y adoptando una careta vol-

teriana con la que intenta farolear sin resultado. Aunque hay tres cosas que ninguna de ellas excluye a las otras dos: concejal, farol y volteriano. Se pueden dar las tres en la misma persona. Pero, aun para ser farol se necesita cerebro y no cerebelo.

### **Y el farol sobre la puerta**

Una tarde de agosto me dí a leer en busca de algo para mi *Farología*. Y cual no sería mi asombro, cuando leyendo una poesía de F. Gutiérrez en «Correo Literario», me tropiezo con este verso:

*Sentado ante la puerta de mi casa he visto pasar mi cadáver.*

¿Hablará en serio este poeta? Nosotros habíamos oído hablar del fatalista, árabe o judío, que, sentado a la puerta de su casa, esperaba ver pasar el cadáver de su enemigo. Pero ¿el propio cadáver? Es un caso curioso de doble personalidad: una viva y sentada, y otra personalidad muerta y caminando. ¡Cómo se reirá la una de la otra!

A esta escena cómico-macabra sólo le falta un detalle: una luz pálida de farol colgado sobre la puerta alumbrando tan extraño desfile.

### **Lo que ven los faroles**

Hoy casi no podemos imaginarnos lo que era antes la plaza de Santa Ana. Antes, es decir, cuando los faroles no eran eléctricos. A mí me gustaría volver a vivir aquellos tiempos, al menos por unas cuantas noches. Aquellos faroles sí que eran faroles verdaderos. La electricidad ha venido a quitar poesía a las cosas. A la luz de un antiguo farol los edificios ofrecerían una penumbra encantadora, por cuyos frontis se pasearían imaginarios fantasmas. El Ayuntamiento, sin la corona de estatuas, tendría aspecto de for-

taleza medieval. La Catedral sería un sueño de piedra de un famélico poeta. Y los perros dejarían sus lechos y, des-perezándose, después de ir de un lado hacia otro, allá des-pués de la media noche, corretearían unos tras otros, ju-guetones, hasta ser sorprendidos por el crepúsculo, en que, muy modositos, volverían a su seriedad de piedra.

Pero estos faroles que hoy contemplamos son unos fa-roles muy prosaicos. Puestos a sacarles algo para nuestra *Farología*, apenas hemos sacado una conclusión: los actua-les faroles de la plaza de Santa Ana ni son útiles ni son es-téticos. No parece sino que han sido colocados para hacer estadísticas de los personajes, personas y personillas que ante ellos desfilan. Y hay que convenir que como registra-dores de efemérides lo hacen muy bien. ¡Cuántas cosas ven y han visto estos faroles de la plaza de Santa Ana!

Yo no sé en qué consiste la sagacidad y fino tacto de su control. Pero creo que se trata de los perros, a los cua-les tienen como fieles auxiliares. Los perros tienen un olfato muy fino. Y mucho más los perros canarios. Cipión y Ber-ganza de Cervantes gozaban de una eximia ironía; pero estos perros canarios, de orejas largas, poseen gracia y so-carronería por arrobas.

A mí me gustaría oír un diálogo entre los perros y los faroles de la plaza de Santa Ana, sobre cosas y casos de la vida canaria.

—Oye, diría un perro, dicen que van a arrancar otra vez las palmeras.

—Sí, respondería un farol, eso dicen. Vamos a ver cuando terminan estos cambios.

—Aquí los que no cambiamos somos nosotros los perros. Somos consubstanciales con el paisaje de esta plaza. Hasta a vosotros, los faroles, les hemos visto cam-biar varias veces. Y yo creo que vosotros cambiáis por-que no sois de nuestra tierra. Venís de afuera, de la

península, por ejemplo. Mientras que nosotros somos canarios.

—Oye, pues sí que tiene gracia. Nosotros peninsulares y vosotros canarios. Creo que te equivocas. Ni tú ni yo somos canarios, sabes. Lo que pasa es que nosotros somos faroles y vosotros simples canes.

—Vosotros sois faroles. Y ¿qué?

—¿Qué? Que los faroles cambiamos a cada momento. Ese es nuestro sino. Hacerle competencia a los concejales. El farol que no cambia no es farol.

—Sí, por cierto. La cantidad de faroles y concejales que hemos visto desfilar ante nuestras narices. Si los colocáramos en fila india, cada concejal con su correspondiente farol, sería una procesión muy original, que creo que se extendería hasta el Puerto.

### **Los gatos volantes y otros trucos**

«Destino» ha planteado el problema de aumento de tirada de los periódicos. Alguien dijo que los periódicos languidecen por monotonía. Y al instante se empezó a buscar la manera de acabar con la monotonía y falta de interés de los periódicos. ¿Cómo? Inventando el mito de las alas de los gatos.

—Pongámosles alas a los gatos—se ha dicho—y los gatos volantes harán el milagro de romper la monotonía periodística y de multiplicar las tiradas.

Pero las alas de los gatos se han gastado velozmente y «Destino» se ha creído en la obligación de proponer otra iniciativa. «¿Por qué—dice—no se buscan buenos colaboradores, en vez de gatos volantes?».

Nosotros le vamos a dar a «Destino» la respuesta: Los buenos colaboradores no dan resultado en el arte farológico. Un buen colaborador no es lo mismo que un buen fa-

rol. Que sigan poniéndole alas a los gatos, y sino a... los ratones.

### **Lo que puede la vanidad**

En José Plá («Humor honesto y vago») leemos algo interesante para nuestro libro: «La vanidad es el móvil más universal de las acciones humanas».

¿Sí? Tiene razón entonces Fernández Florez en sus «Siete Columnas». Quitada la vanidad, faltaría uno de los siete pilares de la civilización.

Eso para que digan de los faroles. ¿Se habría descubierto la bomba atómica sin la vanidad?

Y ¿qué es la vanidad, según Plá? «La vanidad—dice—consiste en pavonearnos, en una y otra forma, por esta o la otra razón, ante nuestros semejantes, sin haberles pedido previamente permiso. Sospechamos que somos felices cuando disponemos de alguien que nos escucha, cuando tenemos un público grande o pequeño... ante nuestros monólogos tembloteantes».

Como puede notarse la *Farología* tiene una raíz humana muy profunda.

### **Los faroles ¿deben ser grandes?**

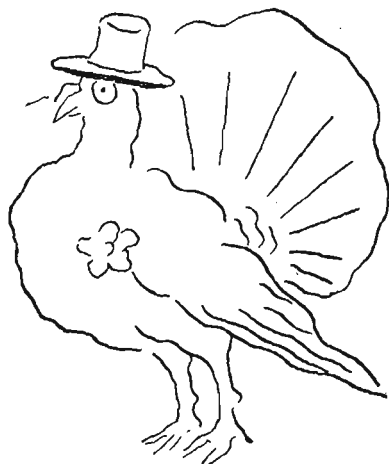
Los faroles están de enhorabuena. Acaban de descubrir en Estocolmo un método para duplicar el tamaño de los conejos. A lo que el lector me dirá: ¿Pero qué tienen que ver los faroles con los conejos? Nada hay más opuesto al farol que estos tímidos animales. Y, sin embargo... la ciencia lo acerca todo. Incluso puede relacionar los conejos con los faroles.

Utilizando el número de cromosomas hábilmente, se puede duplicar el tamaño de un conejo. Hay la esperanza

de que por el mismo método se pueda duplicar de tamaño cualquier planta o cualquier animal. Y como hemos quedado que el hombre, por su género próximo, es animal. Y como hemos quedado también en que del hombre al farol fácilmente se pasa, teniendo una buena provisión de humo y vanidad... resulta, que duplicando el tamaño del hombre será duplicado el farol. O sea, lo que queremos demostrar. Que del conejo al farol hay un magnífico puente.

Pensemos, lector, lo que serían algunos faroles con tamaño doble. ¡Imponentes! ¡Irresistibles! Porque hay que convenir que una cualidad primaria del farol es la magnitud. ¿Podrán ustedes concebir un farol pequeñito? Imposible. Un liliputiense metido a farol sería extraordinariamente ridículo. En cambio un farol grande, de gran prestancia, buen tipo, sin peso específico, triunfa con sólo su presencia.

Acojamos, pues, con júbilo esta noticia de los faroles gigantes.



## XXIV

### CAPÍTULO RESUMEN

Entre los muchos defectos que algunos críticos han encontrado a mis obras está el que al final de las mismas no hago un resumen de conclusiones generales. Creo que tienen razón. Por esta vez les voy a complacer, al mismo tiempo que pongo remate a mi *Farología*.

1

¿Qué es un farol? Un farol puede ser muchas cosas. Todo, incluso crítico literario.

2

Farol viene de faro + l. Esta l puede ser la l inicial de

la palabra *luna*, de donde se deriva el adjetivo *lunático*, *lunática*. Y así queda resumido el capítulo I de la *Farología*.

3

¿Mi definición de farol? Un edificio muy hermoso, de magnífica fachada, de espléndida arquitectura, habitado por ilusiones tontas, extraordinarios proyectos, buenas palabras, esperanzas, promesas..., y alguna que otra rata en los oscuros rincones.

¿Qué es un farol, pues? Un hipócrita inofensivo; pero pretencioso.

4

Una campanada, muy frecuentemente, no suele ser sino una farolada sin consecuencias, seguida de elástica sonoridad.

5

El farol no nace, pero Maquiavelo lo hace.

6

Si en el mundo hubiera nada más que un poquito de lógica, ¿cuántos ejemplares cree el lector que vendería yo de mi *Farología*?

7

El farol es el ser de la naturaleza que menos horror tiene al vacío.



8

Hay un clima en el que se producen faroles de luz blanca, y hay un clima en que se producen faroles de luz roja. Ambos alumbran muy bien en agosto.

9

No es buen farol el que no es artista de la palabra. La palabra, ya grave y cadenciosa, ya en forma de catarata, es un recurso magnífico para encubrir la pobreza de pensamiento.

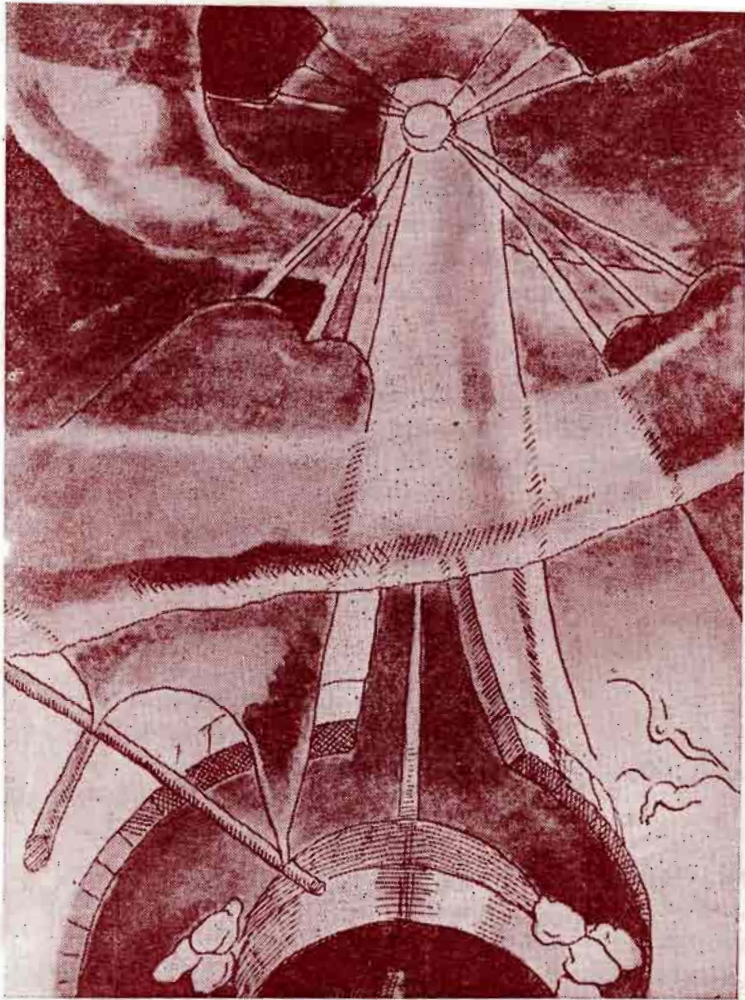
10

¿Resumen de las cualidades de un buen farol? Ante todo, diplomacia, cualidad que incluye presencia despampante, pose mayestática, buenas y fáciles palabras y no menos buenas reticencias; hablar engoladamente, saber ocultar la falta de talento con gestos, ademanes y chistes oportunos, que al buen catador le indican que los aposentos del cerebro están vacíos, por lo que al farol le es necesario algún que otro respiradero, como válvula de escape para la salida de humos y gases, según definición de la Real Academia.

11

¿Han visto ustedes, por casualidad, esos globos que durante las fiestas suelen remontarse por los espacios? Unos son rosados, otros verdes, otros de color naranja, otros amarillos..., y todos llenos de humo menos pesado que el aire.

Son angelicales faroles que han terminado su misión



*Y de máquina tan colosal no sale sino un indecente  
rollón.*

en este mundo, o sea, endulzar con su presencia la vida de los mortales, y se marchan triunfantes y polícromados a su limbo, en espera de sucesivas reencarnaciones.

12

Un consejo: Cuando entres en una librería procura ir provisto de un aparatito que acaba de inventar un investigador español para averiguar el peso específico de los libros. Basta acercar el aparato a su portada y en una escala *ad hoc* se acusa, al instante, la densidad de sus ideas.

Este maravilloso aparato nació de la necesidad de distinguir el buen libro en medio de esa cantidad de toneladas de papel impreso que, envuelta en celofán y en forma de lujosos libros, nos brindan actualmente los escaparates y anaqueles de las librerías.

No se puede confundir el peso específico con el peso bruto de un libro. Cada invento en su propia época.

13

—¿Has leído las obras de don Antonio?

—¿Qué obras?

—Sus novelas, sus comedias, sus poesías, sus discursos, sus artículos periodísticos...

—¿En qué librería se venden?

—No, no están en las librerías. Ni aún manuscritos. Los lleva todos *in mente*.

—Oye, y ¿qué es eso de *in mente*? Debe ser una cartera imponente. ¿No? Con el genio bestial que dicen que tiene...

—No seas burro. *In mente* quiere decir, en la imaginación, en el pensamiento, en proyecto.

—¡Hombre! ¡Está bien! En la imaginación tengo yo también un viaje a la luna; pero... En la imaginación puede llevar cualquiera una biblioteca. ¡Vaya farol!

14

¿Saben ustedes por qué hay primaveras en que no florecen los faroles de Barcelona? Porque en su Ayuntamiento no existe un concejal traga-presbíteros. Estos concejales hasta se ríen con luz fluorescente. ¡Con razón las muchachas huyen de ellos!

15

Pretendía un redactor de «Destino» fumarse una caja de excelentes habanos por cincuenta pesetas y se llevó el chasco. El celofán lo engañó. Mi hombre, entonces, se venga así en su periódico: «Aunque los puros canarios se vistan de celofán serán siempre puros canarios».

El fumar bien, amigo redactor, es un placer de dioses y no siempre están al alcance de uno las mejores marcas canarias.

Desde luego, el vestido de seda no está bien para los monos. En pelito y gracias a Dios. Aún con celofán el mono resulta muy cursi.

16

Del celofán podíamos hacer esta greguería: el celofán es el eufemismo de las cosas; ¡pero resulta tan cursi!

Las mentiras envueltas en celofán parecen verdades.

Otra cursilería: el celofán superlativa todo lo que dicen los grandes personajes.

17

¿Qué es lo que más educa, la verdad histórica de la historia patria sobre las glorias nacionales, sin omitir desastres y torpezas, o la farolada constante y sonante de una oratoria hueca y vacía, hasta convertir los hechos señeros de nuestros antepasados en lugares comunes?

18

¿Que qué tiene que ver el griego con la langosta? Lea el capítulo XVIII de esta obra. ¡Cuánta utilidad reportan las lenguas clásicas! Si no que lo digan los dueños de hoteles.

19

Son tan presuntuosos los faroles que, a veces, no se dan cuenta de que lo son, y en ello está su mayor castigo, porque carecen de la sonrisa que ilumina el rostro de los demás mortales al contemplar el desfile de farsantes que nos ofrece la vida. Como son farsantes no pueden ser al mismo tiempo espectadores. ¡Pobrecitos! ¡Qué espectáculo se pierden!

20

No es el mejor farol el que mejor alumbra, sino el que mejor farolea.

21

¿No será un cargo de conciencia comparar un simpático pingüino con un farol? Sin embargo, sería un espectáculo

149

culo muy divertido contemplar un desfile de pingüinos en dos filas por nuestra plaza de Santa Ana.

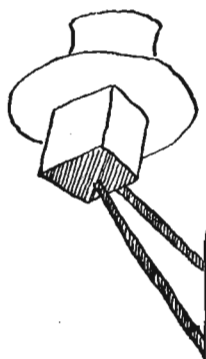
22

¿Quiéren saber ustedes concretamente cuál es la diferencia entre *faro* y *farol*? Norteamérica lo sabe desde hace años. Nos envió el célebre Wilson, y Europa le envió un faro: Einstein.

Aquél nos trajo los catorce puntos y éste le llevó la bomba atómica.

Si ahora quisiera exportarnos a la señora de Roosevelt, ¿a quién le daríamos en cambio?

*Santa Brígida, 30 de septiembre de 1950*



I N D I C E

	<u>Página</u>
<i>A modo de preludeo</i> . . . . .	5
I Pre-farología . . . . .	13
II Definición . . . . .	17
III Mi definición . . . . .	22
IV La campana y el farol . . . . .	28
V La pedagogía del farol . . . . .	34
VI Importancia de esta asignatura . . . . .	40
VII La causa eficiente . . . . .	47
VIII Clima y ambiente . . . . .	51
IX La palabra . . . . .	55
X Cualidades del buen farol . . . . .	60
XI Misión providencial . . . . .	66
XII Me he comprado un libro . . . . .	73
XIII Faroles insulares y ultrainsulares . . . . .	77
XIV ¡No han florecido los faroles! . . . . .	89
XV Nuestros cigarros y el papel celofán . . . . .	94
XVI Más sobre el celofán . . . . .	99
XVII Nosotros, los españoles . . . . .	103
XVIII Carta de Salamina . . . . .	110
XIX Caretas y papelones . . . . .	115
XX Faroles y «faroles» . . . . .	119



XXI	Los pingüinos . . . . .	123
XXII	«Los diez faros» del siglo XX . . . . .	129
XXIII	Chispas . . . . .	132
XXIV	Capítulo resumen . . . . .	142

*Este volumen se acabó de imprimir el día 1  
de Diciembre de 1951 en la Imprenta  
“Artes Gráficas“ de  
GOYA-EDICIONES  
Santa Cruz de Tenerife  
(Canarias)*

